

Libro I: Abismo - Saga Antiguos

Sandra D'Ambrosio

Sandra C. D'Ambrosio



Saga Antiguos

Capítulo 1

Prólogo – Herencia de un moribundo

"Me levantaré como una semilla y alzaré vuelo con las alas de un cóndor,

Veré más allá con los ojos del águila.

Caeré sobre ti como la lluvia implacable que anega los campos

Y regaré tus pies cual río embravecido. Nada podrá detenerme.

Esta es mi tierra y cada brizna de pasto me pertenece.

Podrás llevarte mi vida, derribar los árboles y secar los ríos.

Pero antes verás sangrar tu raza y extinguirse tu descendencia

Porque ninguno de los míos ha de ofrecerse a la entrega sin luchar."

Manifiesto Rumeraute

Esta historia viene del tiempo antes del tiempo, de un mundo antes del mundo tal cual se lo conoce ahora. Quienes conocieron ese territorio, ese mundo que les resultaba ajeno y con el tiempo los cobijó como hijos, dicen que el sol brillaba mucho más y que las aves cantaban melodías que jamás podríamos concebir. Dicen los antiguos que el agua tenía otro sabor y que corría de manera diferente entre las rocas de los colores más extraños jamás vistos. También han contado que los árboles eran más frondosos, que sus verdes eran maravillosos y su madera, inquebrantable como el valor y el orgullo de quienes pisaban aquellas tierras. Pero incluso allí el fuego dejaba cicatrices.

Ha llegado hasta mis días la voz de los antiguos, contando que el mundo era diferente porque eran distintos los ojos que lo miraban. Los seres que portaban aquellos ojos también se diferenciaban de la figura humana que conocemos: eran enormes, con cuerpos marcados por la caza y el don de la guerra corriendo por su sangre desde el primer día en que comenzaban a ser. Gran parte de los habitantes de aquel mundo evitaban la violencia, únicamente en los casos más extremos. Por eso, en aquellas tierras reinaba una paz expectante. Porque, como dicen los antiguos, sus almas

eran puras y no hacían uso de la fuerza a menos que la memoria de sus antepasados o el futuro de sus niños estuvieran comprometidos. También los había más pequeños, con almas simples y cordiales, con un don para mirar a través de los demás y comprender sus necesidades. Su grandeza se medía en la bondad de sus actos simples y no en la sangre que derramaban.

En general se trataba de personas de bien que labraban sus tierras, que cazaban para alimentarse y vestirse y, cuando conseguían una presa, rogaban su perdón a la madre naturaleza por arrebatarse la vida de uno de sus hijos. Algunos dormían sobre la arena que cubría sus playas y se abrigan bajo las palmeras que filtraban las gotas de lluvia en las estaciones de las tempestades. Había quienes se refugiaban en cuevas, porque eran temerosos de la ira de los dioses. Otros, en cambio, fabricaban techos con hojas grandes cuidando que los árboles no sufrieran el impacto, las quitaban de sus brazos con cuidado y los entrelazaban para hacer tejidos que los cubrieran de los elementos. Ciertos pueblos levantaban caseríos, con paredes de troncos gruesos y techos de ramas y cubrían las estrellas, el frío viento y las gotas de lluvia con cueros curtidos. También con cueros curtidos y troncos levantaban sus hogares algunos, con sus pisos de esterillas y se calentaban a la vera de un buen fogón. Finalmente, había quienes en las tierras altas del norte preferían dormir bajo el manto del cielo, porque aceptaban de buen grado el clima que los dioses les regalaban.

Sin embargo, no todo eran almas piadosas en aquellas tierras, muchos preferían aislarse de todo y no permitir a nadie atravesar sus territorios y eran capaz de todo por evitarlo. Pero uno de aquellos pueblos, el más peligroso de todos, aguardaba una mínima chispa de discordia para convertir la pureza y belleza de tales tierras en regueros de sangre y lágrimas. Y si esa discordia tardaba en llegar, no tenían reparos en ser ellos quienes la generaran. Habían tomado el camino de la soberbia y la dominación. La grandeza de sus guerreros y la sapiencia de sus miembros más experimentados eran un arma peligrosa, puesto que podían advertir peligros u ocasiones de reinar sobre las demás aldeas. Habían tomado por costumbre la esclavitud, la sodomía y la carnicería. Era sobre este pueblo que descansaban todas las batallas de aquel bello mundo, que se mantenía pacífico pero expectante, aguardando el momento en que los belicosos decidieran volver un infierno las vidas de las gentes de paz.

Eran esos hombres, violentos y majestuosos, tan soberbios para pensar que eran tan cercanos a los dioses que podían dominar sobre todos los demás. Estos habían perfeccionado el arte de levantar sitiadas más resistentes, apoyadas en pilares de piedra y paredes de barro cocido. Hogares que habían construido en el sur de aquellas maravillosas tierras, entre una vegetación frondosa y la vera del mar. Con el tiempo, las paredes de barro se reemplazaron por bloques de piedra que llevaron hasta alturas impresionantes para que todos pudieran ver su supremacía.

Parlamentaban más cerca del firmamento, porque creían que así estarían al amparo del consejo de los dioses. Este pueblo había logrado mantener su yugo opresor sobre los demás y eran frecuentes los tributos que debían ser pagados en su honor a cambio de protección contra la ira de los dioses o la propia.

Aunque eran eventuales los enfrentamientos entre estas dos facciones, tan opuestas entre sí, la mayoría de aquellos pueblos desarrollaban su vida sin mayores altercados. Vivían por el hoy, respetando el ayer y sin grandes pretensiones sobre el mañana. Aceptaban la muerte como una mano amiga que los acompañaba hacia el final del camino, donde los ancestros esperaban ansiosos y de brazos abiertos a sus hijos. Eran, naturalmente, estos pueblos pacíficos los que vivían sometidos a los caprichosos deseos de los esclavistas y, aun así, quienes más agradecían a los dioses cada día de sus vidas por poder respirar ese aire puro. En este juego de paz y guerra, fueron los desprotegidos quienes vieron caer sus pueblos, morir su gente, arder sus campos. Pero nunca voltearon sus rostros a los dioses, excepto aquellos que se creían por encima de ellos. Y así prosiguieron sus vidas, hasta que el fuego llegó.

Dicen que la historia de este, nuestro mundo, se originó en aquel que permanecía fuera del tiempo. Que los verdaderos héroes despertaron allí con la llegada de los monstruos de allende. Que fue allí donde el tiempo se quebró y comenzó a existir. Los mundos chocaron y convergieron en uno más opaco, más fútil. Allí fue donde murió la magia y la naturaleza perdió sus colores, aromas y diversidad. Fue allí y en aquel momento que la naturaleza perdió la potestad sobre los hombres.

El mundo antes del mundo dejó de existir solo un momento. Varias vidas de hombres, pero solo un aleteo de mariposa para los colosos astros. En ese cataclismo se perdieron pueblos que ya nunca más volverían a florecer y nacieron otros que nunca debieron haber existido. La malicia tomó parte en los corazones de los hombres y la gracia de la vida se decoloró, se marchitó. La muerte se volvió poco a poco una enemiga que arrebatava a las almas sus existencias antes de tiempo para llevarlas, ya no hacia los ancestros, sino al abismo donde la nada las oprimiría hasta la eternidad.

Dicen los antiguos que esta historia antes de la historia nunca será conocida por multitudes, no habrá libros donde los niños puedan conocer cómo la vida se convirtió en una fruta podrida antes de la cosecha. Pensarán que su sol opaco es el más brillante que habrá conocido el universo y que las aves cantan melodías bellísimas, pues nunca conocerán las maravillas de aquel mundo del que jamás sabrán nada.

Pero mientras un descendiente de los señores de los abismos entre los mundos pueda resistir victorioso ante la muerte, aunque sea solo uno, esta historia no perecerá y será contada entre las almas que descienden

de aquellos sobrevivientes al desastre. Una gota de sangre del linaje de aquellos pueblos bastará para mantener viva la memoria de lo que nunca debió haber sucedido, de cómo dos mundos que jamás debían cruzarse terminaron afectándose mutuamente.

Allí comenzó la historia, tal como la conocen ahora todos los niños del mundo. Nunca se les ha dicho, ni nunca se les dirá lo que sucedió entre el blanco y el dorado, entre la guerra y la paz, entre la desidia y la esperanza. Este mundo actual se poblará con gentes que no son culpables ni merecedores de aquellas gestas.

Fue ley de los antiguos no dejar registros más que con la melodía de las palabras, que vuela con el viento y se escurra entre la hierba. Que los recuerden más allá de un cuero quemado, pues este no puede expresar con claridad lo que hubo acontecido. Temo, lamentablemente, que mis días se acaban y no puedo perpetrar ese linaje por más tiempo. Temo que ya nadie quedará para que se recuerde entre los nuestros lo que acaeció por aquellos días de locura, muerte y desesperación. La memoria se perderá y ya nadie comprenderá por qué debemos resguardar lo que fue nuestro por derecho.

Me he vuelto muy anciano ya, las palabras se me escabullen. No me quedan dientes y mi lengua está muy reseca para seguir hablando por más tiempo. Aunque las palabras me sean escasas para poder relatar fielmente los hechos de antaño, he de dejar registro entre mis despojos mortales. Trataré de ponerle palabras al silencio, silencio al dolor y dolor a los recuerdos. Los recuerdos volarán sobre esta tierra desolada, reviviendo antiguos colores, sonidos y aromas. Prometo traer en palabras que ustedes conozcan, los pensamientos de aquellos que fueron, para comprender quienes son ustedes hoy. Sé que no debiera, que estoy contrariando el deseo de aquellos que obraron con coraje y articularon palabras con sabiduría, que estoy tomando un camino diferente al que los antiguos aconsejan. Pero no puedo ni quiero dejar en el olvido la memoria de mis ancestros. Hubiera deseado dejar descendencia para que continúe con la tarea de inmortalizar a aquellos hombres y mujeres, pero ya es tarde para arrepentirse.

Junto a la tinta dejo mi sangre y mis últimos suspiros. Solo espero que quien encuentre estas, mis palabras, las utilice como alas que lo ayuden a viajar en el tiempo, hacia aquel mundo del que surgí y que jamás podré ver. Ese mundo sin nombre, ese mundo eterno en la memoria y en su herencia.

Capítulo 2

Capítulo I – El premio

Las olas hacían traquetear la enorme nave. Era difícil mantenerse en pie, eso solo significaba una cosa: aguas turbulentas. Ellos tenían la creencia que, si a los pocos nudos de navegación el mar se embravecía, era buen augurio. Debieron haberlo pensado mejor.

Cosas de la vida y de los humanos de aquel mundo desmerecido, que no se conforman con un grano de arena al que no pueden atender propiamente, pero desean todo el océano. Era frecuente y, probablemente, lo sea hasta el fin de los tiempos, cuando quiera que eso ocurra.

La cuestión, sin demasiados rodeos, era buscar la expansión; una insana y desesperada expansión. El mundo les había quedado chico, los súbditos eran insuficientes y las gentes simples estaban comenzando a rebelarse a la servidumbre. Por otro lado, estaba la necesidad de gobernarlo todo, de explotarlo todo. Si en sus tierras aún seguían encontrando vetas de oro después de tantos siglos, ¿cuánto podrían encontrar en tierras vírgenes? ¿Qué nuevas maravillas tendrían al alcance de la mano? Sin mencionar la posibilidad de encontrar piedras preciosas, las ya conocidas o unas totalmente irreales para sus escuetas mentes. Y alimentos, los más variados y desconocidos alimentos que podrían llegar a encontrar en tierras nuevas. Todo eso, luego debería trabajarse, lo cual los llevaba de vuelta a la cuestión inicial: necesitaban esclavos, servidumbre que hiciera lo que ellos rechazaban hacer. La esclavitud fue, entonces, la punta del ovillo. No hablo por resentimiento o dolor, sino con los ojos de un hombre que vivió demasiados años como para ver la esencia de las cosas. Ellos eran como plagas de insectos, todo lo abarcaban y lo devoraban con avidez. Luego mascullaban palabras que convencían a cualquiera que los monstruos éramos nosotros. Pero no quiero demorar más este relato con mis pensamientos.

Estaban, entonces, planteando como seguir su vida que se había vuelto monótona, porque todo lo tenían y necesitaban más, cuando a algún alma ladina se le ocurrió que quizás deberían explorar el mundo más allá de lo conocido. Lo conocido, de un modo u otro, era insuficiente, difícil de tomar o incluso, peligroso: demandaría demasiado esfuerzo en luchar con pueblos casi tan avanzados como ellos o realmente no valía la pena el esfuerzo. No es que no lo hubieran intentado antes, por eso estaban seguros de que la clave estaba en la expansión del mundo. Si encontraban algo "nuevo", las posibilidades eran ilimitadas y probablemente valdría el

esfuerzo.

Así fue como el joven comodoro John Trace fue encomendado a una misión de extrema relevancia. Pusieron bajo su mando una pequeña flota de exploración para surcar los mares en busca de algo que valiera la pena, solo explorar. Si encontraban algo de lo que estaban buscando, su misión concluía al regreso, dando aviso del descubrimiento. De lo demás se encargarían barcos de guerra abarrotados de soldados de la corona, armas de asedio y algunas personas con habilidades persuasivas en caso de encontrar habitantes o galeras de carga por si las tierras estaban libres de la mano del hombre.

Trace sabía que la gloria no sería suya, sino de quien trajera el premio a casa. Sin embargo, sintió que una vida de esfuerzos, sacrificios y carencias a bordo de uno u otro barco en los fríos más terribles y los calores más extremos, lejos de su tierra y su familia, habían dado frutos al fin. Era la oportunidad que había soñado desde el día que comenzó como grumete en aquel barco maloliente, perteneciente a una pequeña flota comercial. Su felicidad era casi plena. Casi, porque existía un gran inconveniente: ya había pasado media vida soportando estoicamente el hecho de vivir alejado de los afectos. Pero ahora había contraído matrimonio con una modesta pero no por eso menos bella joven y todo marchaba bien, hasta que había sido llamado al servicio de la corona y debía irse sin una idea precisa del tiempo en que permanecería ausente. Y aún más, porque ella estaba esperando un retoño, fruto del mutuo amor que se profesaban.

Entonces, otra mente brillante le recomendó llevar a su esposa y su descendencia con él. Doblemente agradecido por su fortuna, John Trace no cabía en sí. Nunca la vida había sido tan perfecta ni las cosas le habían resultado tan simples y positivas. Cuestiones del destino. Por fin los vientos soplaban favorables para este joven que recibía de buen grado lo que él creía merecer con tanta justicia. Y, por cierto, los vientos eran tan favorables que, aquella mañana que zarparon en busca de lo desconocido, despedidos por toda una comitiva de grandes señores y una fanfarria que ya los contaba como victoriosos mientras el barco se alejaba de la costa, John Trace besaba a su esposa sintiendo que no habría modo de sentirse más feliz.

Igualmente, satisfecha y feliz se sentía Elora Windfield. Había vivido una vida de altibajos como hija de un comerciante pesquero, hasta que un joven prometedor, aspirante a comodoro, había pedido su mano. Allí se encontraba en ese momento, frente a la promesa de un gran descubrimiento, junto a un hombre que había resultado encantador y amoroso; y eso ya era demasiado. Para completar la plenitud de aquellos días, esperaba un pequeño milagro con latidos propios. Y aunque se había despedido de su humilde progenitor con lágrimas en los ojos y la incierta promesa de volver a verlo, había solo una palabra que podía describirla:

afortunada. No había otro modo de ver su vida en ese momento.

Pero no todo eran sonrisas. Trace sabía que meter a su esposa en una embarcación atestada de hombres que no tocarían tierra por tiempo indeterminado, podía ser peligroso. Por eso, Elora iría siempre acompañada de un docto en medicina y de un soldado que la corona muy amablemente había dispuesto para su protección. Deberían guardar encierro constantemente en un camarote seguro cuya puerta solo podría abrirse por dentro. Elora estaba al tanto de todo y, aunque con cierto reparo, aceptó de buen grado las medidas con tal de no separar a John de ella y el retoño. No sabían si la criatura esperaría al regreso para nacer porque desconocían la duración del viaje y el embarazo iba bastante avanzado.

Así fijaron rumbo hacia el sur. Cuando salieron a mar abierto, las olas comenzaron a encrespase y la algarabía llenó los corazones del joven comodoro, su encinta esposa y la tripulación de ese y los otros dos barcos más pequeños. Todos, navegantes muy experimentados en su arte de surcar las aguas, se sentían confiados, tranquilos. Elora estaba acostumbrada a la navegación en mar abierto y percibía tanta experiencia y calma al servicio de la navegación, tanta habilidad sorteando las olas apenas zarpar, que jamás se le cruzó por la cabeza que una tormenta los llevara al naufragio.

Había a bordo unos pocos hombres experimentados en la milicia, provistos con armas de fuego y filo. No sabían lo que podrían llegar a encontrar si realmente arribaban a tierras inexploradas. De todos modos, la orden era huir ante la mínima señal de peligro. Llevaban provisiones para un año de viaje, pero también cargaban redes de pesca para no extremar la supervivencia al límite. Contaban también con muchos toneles de agua y cubas para acopiar lluvia en caso que el líquido vital llegara a escasear. Todo esto, a modo de previsión, ya que la corona había hecho demasiado hincapié en la orden de regresar en ocho meses, en caso de no hallar nada de interés. ¡Tantas vidas y tantos linajes habrían agradecido si se hubiera regresado ante la primera eventualidad! Pero esas cosas no pueden preverse, menos aun con la cerrada visión de aquellos hombres que solo tenían la expansión entre ojos. Por lo tanto, así se trazó el plan de navegación y así se hizo.

En principio todo iba bien, demasiado bien. Porque como sucede constantemente entre los hombres que pululan este mundo, si las cosas van muy bien un tiempo, luego van bien, luego se vuelven monótonas, rutinarias, las almas se inquietan, se sienten oprimidas y comienzan a volverse hostiles. Para esas ocasiones de estabilidad desbordante, llevaban en las bodegas una buena provisión de aguardiente de caña. Si la situación se volvía tensa e insostenible, se abría un tonel, los marineros bebían, se divertían con payasadas, algunos se pasaban de copas y se trezaban a puño limpio, caían rendidos por el exceso de alcohol y ahí

terminaba todo. Como es de imaginarse, en aquellas situaciones se confiscaban todas las armas bajo llave para evitar peores riñas. Al otro día, algunos despertaban con una sensación de placidez por el divertimento y otros languidecían por el malestar que dejaban la ebriedad y los puñetazos. Pero para entonces, ya se había roto la monotonía y las llamas se aplacaban por un tiempo. ¡Gentes muy suspicaces aquellas que habían trazado el plan de navegación junto a Trace!

También llevaban entre la tripulación mujeres de reputación dudosa, de aquellas a las que acuden los hombres cuando la soledad los asedia. Así son las creencias de aquellos hombres, que toman por compañía a un desconocido para intentar suplantar afectos. Pero la realidad era que el hecho de llevar a una mujer en el barco, como era el caso de Elora, podía ser motivo de discordia y estas mujeres podrían aligerar la carga y la soledad de los demás tripulantes.

Cargaban también con jaulas abarrotadas de palomas mensajeras que llevarían cuenta del curso y las novedades a bordo. También serían un gran recurso en caso de alguna eventualidad en el viaje, navegantes hostiles que cruzaran el paso, enfermedades, vientos poco favorables y otras situaciones excepcionales. Eran el nexo que unía a los excursionistas y la corona y que trazarían el rumbo a seguir de la flota de guerra en caso de ser necesario.

A medida que los días transcurrían, como era natural, el vientre de Elora se hinchaba en su correcto crecimiento. Llevaban a bordo, como dije, un docto en medicina que estaba pendiente pura y exclusivamente de la salud tanto de Elora como del pequeño ser que crecía en su interior. Eventualmente, atendería alguna otra afección o accidente de los demás tripulantes, pero su prioridad era Elora. John estaba atento a todo lo que sucedía en su barco, así como en lo demás: controlaba al cartógrafo y su trabajo, hablaba constantemente con los tripulantes, los milicianos, con aquellos que se encargaban de menesteres tales como alimentar y limpiar los ropajes de todos los que iban a bordo. Pedía informes a los capitanes de los otros dos barcos por medio de las palomas mensajeras, guardaba la llave de las armas en los días de esparcimiento, solucionaba los pequeños roces entre los hombres para no llegar a mayores. ¡Tanto que hacer! Pero eso era lo que había esperado a lo largo de su carrera marítima desde el día mismo en que puso un pie en un barco. Por lo tanto, eso lo hacía sentir pleno. Aun así, no descuidaba a su esposa en ninguna circunstancia. Fueron los días más completos de su vida y sabía que los recordaría hasta el día de su muerte. Pero presumía que aquello estaba tan lejos que prefería no pensar en tales circunstancias y ocupar su mente en cuestiones más urgentes.

Así fue como tanto bienestar y trabajo fueron los responsables de que nadie notara en un primer momento que los vientos comenzaban a hacerse más aguerridos con el paso de los días. Pronto llegaron a un

punto en que los hábiles navegantes comenzaron a preocuparse, hasta una tarde en que el cielo se tornó negro y una densa niebla se cernió sobre ellos, no podían ver más allá de donde llegaban sus manos y se encontraron batallando en medio de la tormenta más feroz que habían experimentado jamás. Elora, habituada a las tormentas en mar comenzó a sentir temor. No sabía muy bien por qué, pero presentía que aquella no era una simple tormenta. Por tanto, comenzó el verdadero trabajo del médico que se le había asignado. Su camarote se hallaba en un nivel intermedio del barco con víveres, agua abundante y todo lo que el docto podría llegar a necesitar para mantener la salud de la joven y su hijo. John bajaba a verla varias veces al día, pero ya no quedaba tiempo para descansar. Su deber era mantener la mente fría y evitar que los remeros y demás tripulantes cayeran en un estado de locura o, peor, la desidia.

Desde que todo había comenzado, las palomas que fueron enviadas con mensajes habían regresado aterradas o se perdieron en la tempestad. Dejaron de soltarlas con la secreta esperanza que los vientos amainaran levemente para poder enviarlas después. El cartógrafo había dejado las mediciones para comenzar a rezarle a su dios personal y a los ajenos, abrigando la fe que nunca había profesado con demasiado fervor.

Tres días con sus noches vivieron la tortura de enfrentarse a la furia del viento y el mar embravecido. El joven comodoro cada vez veía menos a su esposa debido al arduo trabajo de mantener a los hombres en la cordura. Algunos ya habían comenzado a desesperar. Hacía rato que había dejado el timón en manos del capitán de navío, Erick Mercier, para disponerse a apuntalar a gritos el ánimo de los marineros y hasta hubo de tomar en varias ocasiones los remos. Después de tanto esfuerzo por mantenerse con vida, las naves entraron en un interminable torbellino y ya nada pudo hacerse, ellas estaban a la deriva y al capricho de los vientos, y el agua que había invadido cubierta barría los cuerpos de los hombres que se habían dejado vencer por la fatiga. Otros, más cobardes y desquiciados, habían saltado por la borda para poner fin a aquella pesadilla que estaban viviendo a plena conciencia. John se retiró abatido junto a Elora para morir juntos, tomados de la mano a ratos, otras veces abrazados y unidos en la desesperanza. Sistemáticamente, él acariciaba el vientre de su esposa y suplicaba perdón a ella y su vástago por haberlos llevado a una muerte sin escapatorias. Elora besaba su frente, jurando que no era su culpa que una tormenta los matara a todos.

Cuando todo se creía perdido ya y los barcos comenzaron a girar endemoniados sobre su eje, todo se detuvo. El cartógrafo, con los ojos enrojecidos y su voz ronca de tanto suplicar a los dioses, miraba desencajado el astrolabio y la brújula: los artefactos habían enloquecido. No supieron en aquel momento, y ya nunca más habrían de saberlo, que habrían entrado en un rulo, una fisura en el tiempo, entre el mundo que conocían y otro al que jamás debieron haber entrado. Cuando abandonaron el temor para encontrarse con la incertidumbre, vieron un

cielo azul, de un azul que nunca antes habían visto, y un mar de colores imposibles en toda la gama de los verdes. Entre el reciente temor y el descubrimiento de algo asombroso, sus ojos fijos en colores y formas nuevos, no cabían en su asombro. No sabían que habían entrado por el portal del tiempo a un mundo que lo cambiaría todo.

Capítulo 3

Capítulo II – La incertidumbre

— ¡Los mares son nuestros! —vociferó el capitán de navío y todos vitorearon en su apoyo. Todos menos Trace.

—No tan rápido, Mercier —La voz del comodoro se notaba afectada—. Ya ven que nuestra suerte puede cambiar de un momento a otro.

Todos lo miraron con recelo, como si hubiera contraído locura repentinamente. Pero a pesar de la juventud que John portaba, no significaba que por eso fuera menos inteligente. Sabía que lo que había sucedido no era normal, las tormentas no terminaban como esta: de la misma abrupta manera en que había comenzado y con un cielo azul impecable. Él también se hubiera creído mentalmente desestabilizado si no fuera por el lamentable estado en que se encontraban tanto las embarcaciones como la tripulación.

Otro escéptico era Ronald Brandt, el cartógrafo. Su brújula indicaba el norte hacia el lugar incorrecto o ellos habían virado drásticamente el rumbo en la tormenta, lo cual era mucho más probable. Habían iniciado un viaje hacia el sur y ahora se dirigían hacia el norte, no podía pedir que se cambiara el rumbo sin estar seguro. Esperaba la llegada de la noche para guiarse por las estrellas, pero extrañamente, la posición del sol declaraba un reciente amanecer, cuando debían ir alcanzando el crepúsculo.

Todo en ese extraño lugar parecía diferente: la intensidad del sol, su desplazamiento por el cielo, los colores sorprendentemente diferentes a todo lo que conocían. Ni Trace ni Brandt habían visto en su vida un mar de ese verde esmeralda límpido. A pesar de la paz que parecía rodearlos luego de la tormenta, ninguno de los dos se encontraba totalmente tranquilo, algo en el aire alteraba sus nervios.

Dos niveles más abajo, Elora comenzaba a sentir su abdomen tenso. El docto hizo las mediciones de rutina para corroborar que no se estuviera adelantando el momento del parto.

—Todo está bien, señora Trace. La tensión obró este malestar. Debe calmarse, la criatura puede sentirse afectada por su ansiedad.

Pero Elora sabía que había algo más que la tensionaba, no solo la tempestad a la que se habían enfrentado. Un sentimiento desde lo más recóndito de su ser, como el advenimiento de una catástrofe. Pero calló

sus sentimientos esperando equivocarse mientras su esposo intentaba mantener a raya las ambiciones y las sombras que estaban despertando en las almas de sus tripulantes.

—Si los cálculos de Brandt son los correctos, estamos volviendo sobre nuestros pasos —declaró incómodo John.

—Viremos hacia el sur y retomemos curso entonces —Mercier se mostraba ansioso y beligerante como nunca se había mostrado desde que se puso al servicio del comodoro—. Estamos perdiendo el tiempo. Y ¿quién nos puede asegurar que Brandt no se equivoca?

—No podemos volver sin verificar la posición de las estrellas. Yo confío en los conocimientos del cartógrafo. Ya he navegado junto a él y debo decir que no podrían haber puesto a nadie mejor a nuestro servicio —resopló John exhausto. Ni él mismo estaba seguro de lo que estaba declarando. Confiaba en Brandt, pero todo resultaba tan confuso que depositaba en él semillas de incertidumbre y desazón—. Debemos esperar hasta la noche. Reduzcan el curso al mínimo, si detenemos completamente los navíos, será imposible ponerlos en movimiento otra vez. Los remeros están exhaustos, tomen turnos de descanso.

—No estoy de acuerdo, señor.

—Y respeto eso, Erick, pero la decisión está tomada. Hagan lo que les digo.

Trace fue terminante y la tripulación obedeció, pero no por eso significaba que estuvieran de acuerdo con él. Comenzaron a aligerar el ritmo en que los remos se desplazaban por el agua verde esmeralda y algunos fueron a descansar. El descontento de Mercier y los demás comenzó a gestarse. Habían perdido muchos hombres en la tempestad y los que quedaban se encontraban en un estado lamentable.

Todo el día pasaron descansando algunos, cumpliendo labores en silencio aquellos y muchos otros rumiando pensamientos venenosos en contra de John. El aguardiente no aplacaba las almas ni traía ideas, las prostitutas no lograban complacer las bajas pasiones de los tripulantes. Trace sabía que caminaba por el filo del abismo, pero no veía cómo huir de la situación. No podía dejar de pensar en el peligro que corrían él y, sobre todo, su familia. Pero, ¿qué hacer? ¿Matar a todos y tirarse junto a Elora por la borda? No lo haría, y al amanecer del día siguiente lamentaría no haberlo hecho.

Pensó también en algún momento que se estaba volviendo realmente loco. Las horas se le hacían largas, el sol remoloneaba extrañamente en su avance por el cielo. «Si es locura lo que me embarga, preferiría que me abrace completamente» se repitió hasta que la primera estrella salió en el

cielo. El firmamento habló, les dijo que habían errado el curso y debían volver sobre sus pasos. Mercier adoptó una expresión de superioridad y desdén ante su superior y Trace debía aceptar que había perdido la partida.

Otra vez las caras de recelo, que se renovaban ante cada cambio de turno. Optó por bajar al camarote y compartir momentos con Elora sin sacar de su mente la plena seguridad que él estaba en lo correcto, que tenía razón, aunque los hechos demostraran lo contrario. Toda aquella gloria que había creído alcanzar, la cúspide de su carrera, se le escapaba de las manos como arena seca. Pero sabía que sus conocimientos, su experiencia no le mentían: algo había enloquecido los instrumentos de medición de Brandt y los había puesto en mal camino. No logró, a pesar de todo el cansancio acumulado en su cuerpo y su mente, pegar un ojo. Su estado era bastante lamentable para cuando comenzó a clarear.

El sol volvió a aparecer penosamente en el cielo cuando el vigía dio aviso de tierra a la vista. Trace respiró aliviado. Tocar tierra probablemente amansaría a las fieras. Pero aún estaban lejos de atracar. ¡Y ese maldito sol que demoraba su camino por un cielo de color saturado! El calor aumentaba a cada hora que pasaba y el alcohol que habían bebido en espera de la lectura de las estrellas no ayudaba con la deshidratación que los estaba asediando. El agua no calmaba la sed desmesurada de sus cuerpos y la impaciencia hacía mella en las almas de los tripulantes.

Elora estaba cada vez más afectada. Era como si ella hubiera quedado atrapada en la tormenta. Trace creía que, si él había caído en la locura, su amada esposa estaba completamente perdida en ella. El médico no decía nada, pero por sus gestos y ademanes, creía por su parte lo mismo, pero Elora notaba como la miraban y sabía que estaba más cuerda que muchos otros. Algo malo se gestaba. No temía morir, pero sí temía por su retoño, que pagaría santo por pecadores. Los dos hombres estaban afanados en tratar de calmar los ánimos de la joven cuando un cimbronazo los enmudeció a los tres. Tras un momento de confusión, Trace se puso de pie y salió corriendo hacia las escaleras que lo llevaban a cubierta, en un impulso de esperanza y desesperación en partes iguales. Al llegar a cubierta, descubrió una extensión de tierra no muy basta, sujetando la quilla del barco. Habían atracado, pero no tenía idea donde estaba. Los hombres vitorearon nuevamente y comenzaron a reclamar al aguardiente y las prostitutas para celebrar, se olvidaron de la sed y de la prudencia.

El capitán de la flota vio que el lugar al que habían arribado era paradisiaco y tuvo que refrenar el impulso de su gente por desembarcar, aunque él mismo hubiera querido recorrer sin demora aquellas playas de una belleza extraña e incomparable. Había surcado muchos mares y conocido muchas costas, pero nada se asemejaba a lo que sus ojos percibían, hasta el aire se le hacía extraño. Fue por eso que la prudencia le decía que debía esperar, algo parecía anunciarle problemas. Por eso

mismo, Trace se mantenía expectante. Las próximas horas serían cruciales en sus vidas, porque él sabía que aún podrían acontecer peores males que una tormenta que los deje desorientados por días.

La sala estaba vacía, solo un alma cortaba el espectral ambiente. Vincent Lamarc daba golpecitos con la yema de sus dedos mayor, índice y pulgar intermitentemente sobre la mesa de caoba donde se tomaban todas las decisiones importantes, aunque muchas de ellas las terminaba definiendo él mismo. Fue él quien había propuesto surcar los mares en busca de nuevas tierras, para incrementar las arcas y la mano de obra esclava. Muy pocos estuvieron en desacuerdo y la mayoría de los que votaron en contra de su idea no eran más que una panda de cobardes. ¡Estúpidos señores! Como si ellos fueran a poner un pie en un barco. Lamarc sabía que el éxito de todo plan consistía en dar órdenes y dejar que los subordinados hicieran el trabajo sucio. Como ese pobre idiota de Trace, que había aceptado su misión sin miramientos y había zarpado con una sonrisa en la boca sin saber que podría encontrarse.

—Tú traerás a tu tierra el éxito y el poderío económico que estas tierras necesitan para dar prosperidad a su gente —le había dicho el día en que los barcos zarparon del puerto rumbo a lo desconocido.

—Me honra con sus palabras, Gobernador Lamarc. No voy a defraudarlo.

—Sé que no lo harás muchacho. Ahora ve y prepara a tu esposa para un largo viaje. Debes saber que estamos poniendo en tus manos el éxito de esta nación, pero también un futuro promisorio para ti y tu familia.

Para tranquilizar al pobre joven que estaban enviando a la incertidumbre misma, habían cargado en los barcos jaulas con cientos de palomas mensajeras que habrían de llevar y traerían mensajes de rumbo, descubrimientos, dificultades. Trace creía que la información iría y vendría, pero la realidad era que solo llegarían a puerto para informar a los señores como iba la travesía. No pensaron en ningún momento en socorrerlos o dar la orden de abortar la misión que estaban llevando a cabo llegado el caso de necesitarlo.

Lamarc saboreaba su brandy mientras recordaba al iluso de Trace, lleno de dicha, y pensaba planes a futuro. Trace no tendría cabida en ellos, tras éxito o fracaso, puesto que solo era un medio para un fin. No lo odiaba, no lo estimaba, simplemente le daba lo mismo. Lo único que necesitaba de él era un descubrimiento. Si ese joven esperaba llenarse de gloria y

dinero a su regreso, Lamarc tendría que despertarlo de ese sueño, ya que solo habría gloria para los altos mandos. Todos esos pensamientos y cálculos deambulaban por su mente cuando su subordinado más cercano, Everett Cline, se presentó con urgencia. Venía fregando sus manos como las moscas que posan sus patas sobre la mugre y las desgracias. Tenía las pupilas dilatadas por la codicia y una sudoración profusa estropeando sus galas. No llegó a golpear la puerta cuando Vincent Lamarc ya se sintió perturbado por su presencia. El hedor a humanidad hizo fruncir el ceño al gobernador, que se encontraba en pleno trance entre el éxito y el sopor que le ocasionaba el brandy en grandes cantidades. Cline le era útil, por eso no lo había mandado a la horca, pero odiaba sus modos y su falta de clase. Era un pobre diablo, un piojo resucitado y un obsecuente que ensuciaría a su propia madre por conseguir la simpatía de su señor. Forzado a abandonar sus cavilaciones, sonrió por dentro imaginando los sueños del subordinado tras el éxito de la expedición, otro pobre iluso creyendo posicionarse que caería brutalmente en la realidad.

—Ha llegado una paloma, mi señor.

—No avances un paso más y cuéntame las nuevas desde allí.

El subordinado se detuvo unos segundos, pensando cual era la razón del extraño pedido de su superior. Pero pronto lo dejó pasar. Las excentricidades de un viejo pomposo no tenían cabida en sus planes a futuro.

—El ave traía un mensaje de tranquilidad por las buenas condiciones del viaje y de expectativa por un posible descubrimiento. Se estima que fue enviada unos dos días después que las naves hubieron zarpado.

—Pero eso fue hace doce días.

—Lo sé, mi señor -respondió Cline—. Quizás no estaba bien entrenada, o quizás perdieron el rumbo y la pobre ave quedó desorientada. Imposible saberlo, sería prudente esperar algún otro mensaje.

Lamarc quedó en silencio un momento, evaluando distintos escenarios posibles para los tres barcos. La cortesía forzada entre los dos hombres era evidente. El provecho que uno esperaba sacar del otro era recíproco.

—Es extraño, pero al menos sabemos que están bien por el momento. Dos días, veinte. ¡Qué más da! Si se encuentran con algo interesante lo sabremos a su tiempo. Si no vuelven, será una triste pérdida, pero lo que realmente importa es el curso que llevan. ¿Lo tenemos?

— ¡Claramente! Con más precisión de lo esperado. Trace sabe lo que

hace.

—Ya lo veremos, todo a su tiempo. Puedes retirarte.

El subordinado hizo ademán de irse, pero Lamarc reconsideró sus ideas.

— ¡Momento, Everett! —Cline se frenó y suspiró exasperado antes de girar sobre sus talones de modo un tanto brusco, aunque con una sonrisa falseada—. La próxima vez que te presentes ante mí con tal desagradable aroma, haré que te extirpen las bolas. Ahora si te puedes ir.

Cline se retiró, pero en su interior iba maldiciendo a su señor, estúpido anciano. Sabía que lo iba a hacer a un lado cuando no lo necesitara más, pero él no esperaría tanto. Lamarc volvió a reencontrarse con su cómoda soledad, saboreando victorias. La derrota no tenía cabida en sus planes. Si esta expedición fallaba, ya tenía planeadas otras más, con diferentes rumbos. La expansión del poder iba a llegar de algún modo, y él no se detendría hasta conseguirlo.

Capítulo 4

Capítulo III - Augurios

Ogenwa era un hombre enorme, más que cualquiera que hubiera nacido en esas tierras, por tanto, le resultaba natural mirar a todos desde arriba. No carecía de soberbia y se sentía seguro de su hombría y su atractivo, pero también era consciente de su poder. Aquel día estaba sentado en su lugar de mando, un alto sitio que lo dejaba por encima de todos los demás, incluso de sus asesores, más alto y magnánimo de lo normal, parecía un titán frente a simples mortales. Estaban parlamentando como resolver el descenso de los tributos. La gente le temía al pueblo belicoso de Ogenwa, los Chará-wisúes de las costas sureñas y trataban de cumplir con sus deberes para con aquel antaño gran guerrero y ahora déspota señor, pero la falta de lluvias de la última primavera había hecho menguar las cosechas de las aldeas que se adentraban en las llanuras. Esto también había afectado al ganado, por demás raquítico por la falta de pasturas aptas para los animales que los alimentaban y vestían.

Pero eso a Ogenwa no le interesaba, no era su problema. Si no pagaban los tributos con buen ganado y cosechas, lo pagarían con sangre. No porque le preocupara la prosperidad de su pueblo, tenía en su poder silos con grano y carne salada para alimentar bien a los suyos durante unos cuantos meses, siempre y cuando él quisiera hacerlo. Simplemente, lo hacía porque podía. Había llegado al punto en el que comenzaría a planear un ataque liviano, a modo de amenaza. Llevaba mucho tiempo sin guerrear y estaba comenzando a aburrirse. Porque aun siendo rey de su gente, él era esencialmente un guerrero y si moría como rey, más aún era ley que debía morir con un arma en sus manos. Ese era su destino porque así los dioses lo habían escrito, aunque él ya no perdía el tiempo en escucharlos como tampoco lo hacía con los pobladores de las tierras norteñas. Aquellos necios pueblos lo enfermaban: vivían con poco y se mantenían felices con pequeñeces insignificantes. Él no los comprendería jamás, pero sacaba de eso el máximo provecho posible. Sin embargo, cuando el alimento escaseaba, él se sentía pleno. Nuevamente el advenimiento de la guerra, esa sensación de estar al filo de la muerte, pero a la vez, la seguridad de salir ganando siempre. No es que necesitara una razón para asediar a los pueblos del norte, solo le gustaba ese perverso juego de dejarlos vivir sus vidas con tranquilidad para asestarles un ataque sorpresa que no podrían contener, ni aun estando prevenidos. Nadie superaba a los Chará-wisúes en batalla, eran guerreros preparados que superaban en cantidad a cualquier otra aldea y sus rencillas y orgullo no les había permitido a estos pueblos unirse contra el opresor. También habían perfeccionado sus armas y eso generaba una diferencia abismal. Y mientras aquellos miraban las estrellas y creían poder interpretar los

signos de los dioses para volverlos a su favor, el pueblo de Ogenwa creía llevar sangre de los mismos dioses en sus venas. Solo un señor norteño había sido capaz de dar pelea, el líder del pueblo más cercano cuyos guerreros podían rivalizar sin problemas con los sanguinarios sureños de Ogenwa, pero hacía años se había replegado a una vida de sumisión.

En simultaneo, las demás aldeas habían aprendido a defenderse un poco más, aunque no contaban con la misma resistencia, la aptitud para la guerra ni las armas y eso beneficiaba al jefe Chará-wisú en su deseo de conseguir rivales de su talla y batallas más encarnizadas, en las que sabía que finalmente resultaría vencedor. La guerra era su juego preferido y le gustaba jugarlo en serio.

Ogenwa era, por descendencia, el señor de los Chará-wisúes y había mamado la soberbia de sus ancestros. Le habían enseñado que la guerra y la grandeza de su sangre eran inapelables. Por eso veía a los demás pueblos como escoria. No podían compararse a la perfección y la suprema inteligencia de su gente. Los demás eran subordinados que dejaban libres para que hicieran por ellos los trabajos que la gente de su pueblo no debía hacer, simples serpientes que él podía aplastar con su pie cuando lo deseara. Ahora estaba reflatando ese deseo de pisarlos.

La última vez que planeó un ataque, había asesinado a todos los ancianos de la tribu Zapai del sur, habitantes de las cuevas a la vera del mar, y a sus guerreros. Dejó con vida solo a los hombres capaces de trabajar para pagar los tributos que él exigía, y capturó mujeres y niños que serían esclavos perfectos para los trabajos que darían deshonra a su gente, como limpiar la mierda de los cenagales. Y todo por haberse negado a cumplir con el tributo en piedras preciosas. Las cuevas de los Zapai, tras la masacre de su gente, fueron saqueadas y de sus brillantes paredes solo quedó un lejano recuerdo.

Meditaba el rey que pueblo sería elegido para ser saqueado, diezmado, violado y defenestrado cuando un sirviente, pequeño entre los miembros de aquel concejo, un mísero siervo descendiente de aquellos pueblos saqueados, llegó corriendo. Estaba exhausto, pues había subido los doscientos escalones que llevaban al trono solar desde la explanada donde comenzaba la cuesta, como si el diablo en persona fuera tras él.

Ogenwa lo miró con aquellos fieros ojos negros, sorbió de la pipa de especias sin dejar de mirarlo y le hizo un gesto a un guardia que se hallaba a un costado del mensajero, quien golpeó al pobre hombre sin piedad en la parte posterior de sus muslos con el canto de la lanza que portaba. El jefe se puso de pie, estirando toda su amplia humanidad para bajar los escalones que lo separaban del resto de los consejeros. Una vez en su mismo nivel, seguía siendo el más alto del recinto y los miraba desde arriba, orgulloso de sí mismo y de la progenie de la que procedía. Si los Chará-wisúes eran grandes de por sí, la sangre de Ogenwa era de

hombres titánicos. El enorme señor se acercó peligrosamente al mensajero que había caído de rodillas por el azote y temblaba como una cría recién nacida, lo agarró del cuello y lo levantó en el aire como si fuera una hoja, con la mirada altiva, el ego impenetrable.

—Rata de canal, llegas como una furia, irrumpiendo en este consejo y perturbas mis pensamientos. Espero al menos que lo que tengas para decirme sea importante o mandaré a hacer armas con tus huesos.

El disminuido mensajero sabía que lo que Ogenwa le estaba diciendo no era una simple amenaza, sino una advertencia, por lo que trataba de hilar palabras para calmar la furia de su señor.

—Sakima... iaghgggggh!

La presión sobre su cuello apenas le permitía respirar. No quería demorar sus palabras porque comprendía lo que pasaría si Ogenwa perdía la paciencia. Pero el dolor solo le permitía emitir un gemido lastimero que logró enfurecer más los ánimos del enorme señor de guerra. Tras un imperceptible gesto con los ojos, el rey dio orden a tres guardias para que comenzaran a apalearlo hasta que terminó suplicando que lo dejaran hablar, escupiendo sangre. El jefe de aquel pueblo hubiera mantenido la orden de golpearlo, pero ante tanta insistencia por parte del mensajero, no pudo evitar que su curiosidad despertara.

—Deja de chillar, inservible. Voy a darte el invaluable beneficio de dejarte hablar. Más vale que lo que tengas para decir sea realmente importante o te apalearán hasta que despidas tus vísceras por la boca y no te quede otra opción que morir.

El pobre mensajero intentó tomar aire para hablar, pero una costilla rota le provocó un dolor aún más punzante que el de mil escorpiones picándolo y le provocó un estertor que le hizo escupir más sangre y un diente que le había roto uno de los guardias. Ogenwa lo miraba con desprecio, pero esperaba ansioso que aquel gusano pudiera pronunciar las palabras que tanto demoraban en salir. Finalmente logró el mensajero recobrar el aire necesario para comenzar a hablar.

—Hay algo acercándose, sakima. Por el agua —Un hilo de baba y sangre corría por su rostro, su cuello y se perdía entre las sucias vestiduras—. Son tres, enormes y tienen brazos que las empujan hacia aquí.

— ¿A qué te refieres con "algo"? ¿Una persona, un animal?

—Nunca vimos nada igual. No sabemos que pueda ser, ni buscarle un parecido con nada que hayamos conocido antes —El hombre tomaba aire con mucha dificultad para poder seguir hablando antes que Ogenwa perdiera los estribos—. Solo puedo decirle que viene hacia nosotros y los

augures han comenzado a llorar lágrimas de sangre. Dicen que lo que viene trae un mal más allá de donde su propio entendimiento puede llegar.

—Los augures viven llorando sangre por cualquier estupidez que se les presenta. La verdad es que esa sangre salta de sus ojos porque nunca predicán nada certero —Era la voz de Chowanoc, mano derecha y capitán de Ogenwa—. Lloran porque reciben golpes en castigo por sus errores. Y tú llorarás también por traer chismorreos de esos viejos inútiles.

Ogenwa comenzó a considerar las palabras de aquel mensajero. Sabía que lo que Chowanoc decía era en parte verdad. No lloraban sangre por sus visiones, sino por sus errores. Pero también sabía que en el pasado algunos antecesores habían desoído a los augures y habían quedado al borde de la ruina propia y de su reinado. Estaba completamente seguro que no había fuerza humana en aquel mundo que pudiera contra la fuerza guerrera y opresora de su adelantado pueblo, pero había influencias externas que el intuía no poder enfrentar. De todos modos, tomar un poco de aire para ver aquel extraño espectáculo le sentaría bien. Bajó con parsimonia los escalones que llevaban de su trono a los niveles inferiores, donde permanecían los consejeros de menor rango. Tras él iba otro menguado siervo, manejando la capa hecha de piel de doce venados cuya sangre había bebido el día que fue coronado como señor supremo de los Chará-wisúes. Chowanoc se perfiló frente a él para coronar su cabeza con cabellos negros como el carbón con un cráneo y piel disecados de zorro, el cual lo imponía frente a todos los demás como el gobernante supremo. Siguió camino, saliendo al exterior, no sin antes hacer ademán a los guardias para que se llevaran al sangrante mensajero fuera de sus aposentos reales.

Desde la altura en la que se encontraba la pequeña terraza en medio de la edificación de bloques de roca donde se detuvo, tenía una vista privilegiada. Esa altura le permitió ver algo que jamás había conocido en su vida: eran tres objetos colosales que, como le había advertido el mensajero, eran impulsados por muchos brazos largos que iban empujando el agua y traían las moles hacia donde él se encontraba.

A medida que esos bultos se acercaban, Ogenwa iba trazando los pasos a seguir. Dio orden para que le trajeran los cristales preciosos transparentes para ver hacia la lejanía. Desde aquella altura y con la ampliación que le brindaban aquellos artilugios pudo ver que, sobre la superficie de aquellas moles, había movimiento. Forzó un poco más su vista para darse cuenta que se trataba de personas que iban y venían. Una sola idea ocupaba su mente: dominación. No le importaba quienes eran, de donde venían o qué querían. Él solo veía esclavos nuevos bajo su yugo.

El cimbronazo inicial lo descolocó y lo obligó a perder estabilidad y la poca cordura que había acopiado en las últimas horas, junto con la prudencia que él creía poseer en una situación de ese tipo. Corrió desbocado hasta la borda y miró primero hacia abajo y luego en lontananza, donde se detuvo impresionado. Su misión era encontrar y él la había cumplido. Pero no estaba seguro de qué se trataba. Fijó su vista adelante, hasta donde la visión se tornaba difusa y vio detrás de un monte apretado contra el cielo de ese azul que le causaba dolor de cabeza, una mole de bloques de piedra. Era una edificación o un monumento, como aquellos que levantaban en honor de hombres de poder o grandes hazañas, él no sabría cuál de las dos sería. Pero podía comprender, a pesar de la distancia, que era escalonada y su cima estaba coronada por algún material reluciente, como el oro. El brillo potente del sol daba cuenta de ello.

Detrás y a los lados de John Trace se encontraba la tripulación y la misma Elora que había ido tras sus pasos con la dificultad que le proporcionaba su abdomen de ocho lunas. El bullicio era ensordecedor, entre gritos de admiración, vítores, y murmullos. Pero él no oía más que el latido de su corazón y la voz de su esposa cuando llegó a su lado y lo abrazó.

— ¿Dónde estamos John?

—No lo sé, Elora. Pero esto vinimos a buscar sin saber de qué se trata.

Siguió mirando el horizonte, ahora abrazado a su esposa. Y sintió admiración y temor porque ¿acaso podía asegurar frente a qué o quienes estaba parado? ¿Le habían advertido o sugerido qué podría encontrar? Nada de lo que le habían dicho se acercaba siquiera a lo que sus ojos veían. Porque, más allá de aquella mole, mucho más atrás y nublado por la bruma, había montañas cortadas abruptamente por montes interminables. La extensión de aquel lugar no parecía vasta, pero sí lo eran sus bruscos cambios de paisajes. El mar rodeando todo y ese azul doloroso de fondo. La visión más bella y terrible que John pudo observar en su vida.

Pero un movimiento desenfocó su mirada y la hizo dirigir al monte más cercano, en donde pudo ver la humanidad acercándose hacia ellos. Gentes de piel dorada y curtida, escasas de vestiduras, enormes. Se colocaron en dos líneas en dirección al barco con uno de ellos al frente, justo al centro de las dos líneas. Y cuando llegaron a la playa, en esa misma formación se

quedaron, expectantes. John supo que el momento más esperado y posiblemente peligroso estaba por comenzar.

Capítulo 5

Capítulo IV – Entre los árboles

John se sintió pequeño, insignificante. Tantos años creyendo que era un hombre especialmente alto y fornido entre su gente, para descubrirse casi un niño junto a esos hombres que lo recibían sobre la arena seca y blanca como la nieve. Los cantos de las aves eran ensordecedores. Nunca había escuchado tanta variedad y cantidad de melodías, nunca volvería a oír nada igual.

Mercier había quedado al mando del barco principal hasta su regreso y al cuidado de su esposa. No confiaba totalmente en él como no confiaba a nadie que no fuera él mismo el bienestar de Elora. Pero creía imprudente llevarla desconociendo las intenciones de aquellos extraños seres.

El hombre que tenía delante habló con naturalidad, sin esforzarse en lo más mínimo, emitiendo una voz potente y profunda. Habló fuerte y claro sobre los trinos de miles de aves diferentes. Pero John Trace no comprendía nada de lo que le decía, era obvio que hablaba un idioma diferente a cualquiera de los que él pudiera conocer.

Desconcertado, miró a sus acompañantes: dos oficiales y cuatro milicianos que iban disimulando las armas que portaban en caso de necesidad. Le devolvieron en una mirada el mismo desconcierto que habían recibido de él y la expectativa de si debían atacar, huir o confiar. Hizo un sutil gesto a sus hombres para que se mantuvieran en calma. El emisario seguía hablando y John decidió negar con la cabeza y explicar que no comprendía. Imaginaba que aquella persona tampoco entendería sus palabras, pero así al menos sabría que hablaban idiomas diferentes. Dio resultado. Aquel colosal ser humano seguía moviendo sus labios, emitiendo sonidos en un idioma incomprensible, pero señalaba hacia la gran construcción que John había observado al llegar. Pareció dar una orden y otros dos hombres de piel dorada se acercaron desde el final de la formación, ofreciendo un odre de piel con lo que seguramente fuera agua y frutas.

Hay ciertos códigos sin palabras que parecen trascender las culturas. John tenía ante sí lo que evidentemente era una invitación. Sabía que no tenía más opciones que aceptar y tratar de comunicarse con aquellas personas, para eso había sido enviado. El emisario comenzó a dirigirse hacia los monumentales árboles, instándolos a través de gestos y señales a seguirlos. Sus hombres también le siguieron para emprender camino a lo

que para los navegantes era desconocido.

John se descubrió una vez más sorprendido por la magnificencia y las gamas de colores en todo lo que conformaba a aquellos parajes, desde el cielo hasta sus habitantes. Los árboles parecían refulgir con tan brillantes colores bajo aquel cielo que deslumbraba y maravillaba en partes iguales. Los hombres que los escoltaban se veían oscuros, pero no tanto como aquellos pobres esclavizados en su tierra, y en la leve oscuridad de aquellos rostros descubría facciones angulosas y expresiones de orgullo y gallardía, acompañados de torsos musculosos y brazos bien torneados. Sintió en su interior el remordimiento de cargar con armas ante aquellos hombres sencillos, que daban la sensación de encontrarse desprotegidos, aunque fuertes, que parecían estar invitándolos amablemente a descubrir su mundo.

John Trace pecó de inocencia, no tanto como de soberbia. No era hombre de intenciones taimadas, pero se sintió un ser superior ante aquellos rudimentarios hombres que aparentaban vidas simples. La soberbia marcaba su sangre, aunque no era su intención, pero quizás no tanto como solía marcar a la sociedad de la que formaba parte. Sintió en ese momento que habían perdido el tiempo y que quizás debió dar orden de desembarcar a todos los tripulantes. Lamentaba no tener a su lado a su amada Elora al momento de volverse inmortal en la memoria de su gente por el descubrimiento que tenía ante sí. Pero ya era tarde para lamentarlo, por lo que siguió con paso firme bajo la sombra de aquellos colosales árboles, la oscuridad acentuándose a cada paso, el aire pesado oprimiendo su pecho y ellos acercándose en las tinieblas.

Entonces todo sucedió muy deprisa. Porque cuando la visión se tornó prácticamente imposible, John oyó un siseo cortante y gritos ahogados. Unos segundos después, su vista se amoldó a la oscuridad reinante y notó que el grupo de desconocidos se había duplicado. Y vio manos sosteniendo... ¿armas? Volteó y descubrió que sus hombres se hallaban en el suelo, quietos o dando los últimos espasmos antes de morir. Eran armas.

No tardó en lamentar sus decisiones.

«Estúpido infeliz. Pusiste el pie en la trampa con una sonrisa victoriosa en los labios.», evaluó John. Cerró los ojos por una fracción de segundo para ver la hinchada figura de Elora. «¿Qué he hecho?» Pudo verse tendido, muerto, no le importó. Vio a Elora con su vientre desgarrado. Cayó de rodillas y comenzó a llorar. «¡Llévala contigo, imbécil! No te quepan dudas que estará más segura que en tierra, junto a su padre.»

Lo tomaron por debajo de sus brazos y comenzaron a arrastrarlo por el monte. Giró para ver el momento exacto en que los dorados descubrían

las armas de sus hombres.

«Si nos creen asesinos, ¿quién podría negárselo? Todos lo somos, yo acabo de sentenciar a muerte a Elora y a nuestro hijo.»

Luchó, mucho, tanto como su resistencia se lo permitió. Pero no tenía chances ante aquellos colosales seres. Lo arrastraron mientras reían en su cara, eso si podía comprenderlo. Así fue que llegó descarnado en las rodillas ante un señor, el señor de aquel pueblo. Lo delataba su porte y la manera expectante en que todos lo miraban. A los ojos de John, solo dos detalles lo diferenciaban del resto: un cadáver de zorro sobre su cabeza y un bastón recubierto por dientes. John sentía sus ojos desgarrados por el ardor, las lágrimas habían mojado sus vestiduras. El hombre del bastón habló con voz áspera y sin excesos de expresión, tan seguro de sí mismo que daba miedo. Seguían cargando a John por los hombros hasta dirigirlo a un poste para dejarlo atado allí. El líder se acercó y expresó su desprecio acompañado de palabras que, en oídos de Trace, sonaban incoherentes. Su discurso duró unos pocos segundos hasta que finalmente agotó sus palabras y se alejó de allí. Dejaron a John solo con su dolor, no por sus huesos saliendo de su carne allí donde las heridas que le habían ocasionado el arrastre y los tirones de los dorados comenzaban a infectarse por la mugre del camino, sino por la certeza de haber llevado a su esposa y a su hijo a la muerte.

Todo lo que restó del día estuvo allí, el sol oprimiendo su piel y resecaando las lágrimas en su rostro. Sentía el dolor recorriendo cada fibra de su ser, pero no era un dolor físico, poco le importaba su sangre regando la tierra de aquel mundo maldito. Le dolía la impotencia de sentirse un iluso: iluso por llevar a su esposa como si se tratara de un viaje de placer, iluso por dejarse llevar por una invitación de seres desconocidos. Iluso, inocente, soberbio. La noche prevaleció luego, mientras él languidecía entre cansancio, dolor y pena. Ya no quedaban lágrimas por derramar y su garganta estaba desgarrada de gritar el nombre de la mujer que amaba. Lo despertaron las armas, tintineando unas contra otras, mientras sus portadores se adentraban en el monte, con dirección hacia la costa. Alguien se acercó y le arrojó agua sobre su rostro desfigurado: querían que estuviera despierto para que contemplara el advenimiento de los sucesos, atento, para que viera como había llevado a los suyos hacia un final prematuro.

El tiempo transcurrió lento, pero al fin el sol ganó la batalla al resto de las estrellas y se impuso implacable sobre el destruido cuerpo y el ánimo minado de John, para que viera el horror a la cara y a plena luz del día. No supo cuántas horas pasaron, no importaba, sabía que no habría más amaneceres que valieran la pena, vivo o muerto nada podría enmendar el error que cometió. En lapsos, su mente desvariaba. Creía ver a Elora envuelta en llamas, reprochándole con la mirada. Otras veces, veía a su esposa y su hijo convertidos en humo, disipándose por el aire entre

chispas y alaridos de dolor.

En raptos entre la cordura y la demencia vio a aquellos oscuros seres de piel y alma salir de entre los árboles. Sus sonrisas ladinas hacían resaltar los blancos dientes en sus rostros tostados. Llevaban a sus hombres reducidos a la nada, maniatados y desangrados. Arrastrados y descarnados como él. En una explosión de adrenalina intentó soltarse de sus ligaduras, quebrando sus muñecas. El dolor fue terrible, pero nada parecía opacar el de su alma. Y si gritó no fue por su cuerpo maltratado, sino porque se sentía frustrado, seco por dentro como un árbol enfermo.

Iba a caer de rodillas una vez más cuando toda la potente luz de aquel sol despiadado rebotó en la profunda palidez de Elora, mancillada de sangre y barro, con su vientre hinchado y las lágrimas dejando surcos en la mugre de su rostro. La escoltaban dos oscuros, con sus mugrosas manos agrediendo su nívea piel. John perdió por completo la cordura, no entraba en su mente pensar que aquellos seres se satisfacían en su sadismo. Tras ellos, había otros dos apuntando con lanzas a la espalda de la mujer, como si fuera necesario! Esa joven estaba abatida por el terror. Sin embargo, caminaba libremente, sin ser forzada como los demás, que fueron llevados a fuerza de golpes o arrastrados por la tierra fuera de la visión del comodoro.

El líder volvió a aparecer. Entonces Elora si fue empujada para que caminara hacia él. En el camino, ella miró a John con los ojos enrojecidos. A pesar de la mugre, de las lágrimas, del terror en sus ojos, seguía siendo la criatura más deliciosa que había conocido. Intentó gritar con todas sus fuerzas, emitiendo solo un débil gorjeo lastimero. Aun así, John logró comprenderla, podía leer en sus labios como si de un libro abierto se tratara.

«Lo siento, John...»

Tomaba su vientre y rogaba con su mirada que no se enojara con ella. ¡Pobre criatura! Si supiera que dentro del corazón de John había cualquier cosa menos enojo hacia su esposa. Había culpa, dolor, miedo, pero no ira. La amaba, ¿cómo podría enojarse con ella, más aun sabiendo que era él la había expuesto al peligro? Quiso responderle, pero la voz había abandonado su garganta varias horas antes, agotada por clamar su nombre.

Fue en ese instante que hubiera querido arrancarse los ojos, y lo habría hecho de ser posible, si no hubiera tenido las manos atadas y las muñecas quebradas. A la retaguardia de los oscuros que venían escoltando a Elora, venía Mercier. Caminaba sin ser forzado, sin soldados que lo llevaran obligado. El semblante que vestía era serio, pero la vergüenza pudo más cuando cruzó miradas con John. Muy poco le tomó al comodoro para darse cuenta que había sido traicionado por su capitán de navío. Debió saber

que no solo no podía confiar en él cuidado de Elora, sino que aquella sublevación en altamar había sido la semilla de la traición que sobrevino ante la aparición de los dorados. Iluso una vez más, por confiar en quien no debía. Se maldijo a si mismo mientras sus heridas infectadas comenzaban a heder.

John volvió su vista al líder de aquellos asquerosos hombres para ver que llevaba consigo a Elora abrazada por los hombros, a la fuerza. Se habían acabado las concesiones y la ceremonia. Una mujer es una mujer, en cualquier mundo. Reparó en ese momento que había visto en ese lugar pocas mujeres, diferenciadas por la forma de su cuerpo, ya que alturas y vestimentas eran comunes para todos. Eran pocas mujeres, muy pocas. Ensimismado en aquellos pensamientos, no advirtió el cuchillo hundiéndose en su abdomen hasta que sintió frío y un regusto metálico. Ya era tarde para él, estaba condenado. Pensó que quizás, solo quizás, su querida Elora sobreviviera. Rogó al dios y a los santos ante los que había jurado amor eterno por Elora, que la protegieran tras su muerte. Trató de guardar en su mente el recuerdo de su belleza para que lo acompañara en los últimos momentos de su vida, mientras Elora era sacada de su vista y llevada con el jefe de aquellos grandes hombres. Las palabras se agolparon contra su lengua sin sonar. No pudo articularlas, escaparon por su aliento y se convirtieron en aire.

«Perdóname tu a mí.»

Después, todo se volvió negro y la vida de John Trace llegó a su fin.

Capítulo 6

Capítulo V – Pequeño entre grandes

Ajachay era un joven pequeño. Si lo viéramos con los ojos puestos en como son los hombres hoy, probablemente pensaríamos que era enorme. Y quizás a su modo lo fuera, pero para ser un Rumeraute resultaba pequeño. Probablemente, su condición lo hiciera ver aún más menguado de lo que su humanidad aparentaba.

Él era hijo del jefe de la tribu Rumeraute, había sido concebido bajo los preceptos de poder y supremacía de casta y se suponía que eso debía significar grandeza y valía. Porque cuando Ahdik, su padre, dejara el mundo tangible para encontrarse con sus ancestros, debería sucederle e incluso superarlo. Debía continuar guiando a su pueblo hacia la prosperidad y protegerlos de la mano opresora de los Chará-wisúes, como venían haciéndolo todos los jefes hacía incontables generaciones. Esos despiadados seres del pueblo de Ogenwa eventualmente vendrían aullando gritos de guerra, con sus vestiduras ostentosas y sus armas perfeccionadas, tratando de esclavizarlos. Desde hacía muchos años que las cosas eran como Ajachay las conocía, todas las aldeas que vivían en paz con la tierra y los dioses, debían luchar constantemente para sobrevivir a aquel pueblo déspota que arrasaba con sus recursos, sus territorios y sus mujeres. Porque aquellos fieros hombres creían haber sido maldecidos por los mismos dioses de los que creían haber heredado su poder con linajes de escasas mujeres. Perpetuar su sangre se dificultaba generación tras generación. Habían elegido el camino de la violencia en vez de la lógica táctica de pactar matrimonios. Pero todo lo que aquellos hombres conseguían era a filo de lanza y puntas de flecha. Y si, hasta ahora Ahdik y sus antepasados habían evitado masacres y esclavizaciones masivas entre los Rumerautes, se esperaba mucho más de Ajachay, puesto que Ogenwa era más despiadado que otros reyes.

Esa era la razón por la que Ajachay debía nacer grande y valiente, frío y hábil para la guerra, un líder nato. Pero él había nacido pequeño entre los de su sangre y, a medida que las estaciones de cosecha habían ido sucediéndose, daba más y más indicios de que era un hombre pequeño y siempre lo sería. Dicen los antiguos que, por aquellos tiempos en que sus tierras les eran permitidas y sus vidas valían más que los territorios que pisaban, los dioses eran benévolos con aquellos que por amor los respetaban y que, si algo le había sido negado a los hombres, otra cosa le sería dada por aquellos dioses para compensar sus carencias. Probablemente estuvieran en lo cierto porque Ajachay nunca sería un Rumeraute aguerrido y enorme, pero era rápido como el viento que baila entre los juncos, sigiloso como la serpiente que acecha su presa en la

oscuridad y la quietud y hábil de entendimiento como el zorro viejo.

Por eso, hacía años que había dejado de ser la esperanza de su pueblo y el guerrero que su padre necesitaba para convertirse en el espía que los alertaba en caso de peligro y que los tenía constantemente informados sobre los movimientos de los Chará-wisúes. Tarea noble, igualmente, puesto que su intervención los había salvado de la aniquilación en más de una oportunidad. No eran infrecuentes las veces en que gente de otras aldeas los visitaban para escuchar las noticias que Ajachay traía del sur y, aunque Ahdik miraba con recelo a su hijo atendiendo necesidades de otros pueblos, el joven era atento y trataba a todos por igual. El hijo del cacique Rumeraute era joven a pesar de su extensa sabiduría. Los ancianos habían insistido en que formara parte del consejo, pero Ahdik se opuso firmemente, ya que no era su línea de herencia la que debía ocupar ese lugar. Era un deshonor que su sangre se sentara a parlamentar en vez de tomar parte más activa de los hechos que involucraban la seguridad y el bienestar de su pueblo.

A pesar de su sabiduría y habilidad física, lo que más hacía brillar a Ajachay por sobre los demás era su lado humano: era un alma gentil que muchas veces obraba en pos de la justicia sobre la razón que el reconocía como válida pero no primordial. Por lo tanto, era el favorito de las matronas, que descubrían en él a alguien que, sin poder de armas ni grandeza corporal, aseguraba el futuro de sus hijos y nietos con artes más sutiles. Sus manos se ponían en acción y él no se avergonzaba cuando era necesaria su ayuda para el nacimiento de un Rumeraute, tampoco dudaba en tender una mano cuando los sanadores lo necesitaban. No era un gran cazador, pero si hábil en faenar animales de gran tamaño, imposibles de ser manipulados por las mujeres de la aldea. Los guerreros de su pueblo lo miraban por arriba del hombro, susurrando burlas por creerlo poco digno de los hombres de aquella tribu, excepto Lahnen, que más que un amigo era un hermano hasta donde llegaba su memoria. De todos modos, sus oídos se aguzaban en cosas más útiles que las burlas de los guerreros, como el vuelo repentino de una bandada de pájaros que podría significar una nueva carga de los Chará-wisúes contra sus vidas cotidianas.

Aquella mañana, cuando el sol aún no había trepado por el cielo, Ajachay despertó alarmado. Su alma le había advertido peligro y lo había traído de regreso desde el sendero de sus sueños. Quizás fuera el silencio sepulcral el que lo alertó o un viento que traía un aroma cobrizo consigo. Lo cierto es que tuvo la certeza que era momento de hacer lo que mejor se le daba: espiar. Había dos cosas que podían traer consecuencias nefastas: una era la sequía, pero ella ya los estaba asediando hacía mucho tiempo; y la otra era el pueblo que los tenía a todos bajo constante asedio, los Chará-wisúes, por lo que se decidió a dirigirse a sus tierras.

Salió de su tienda y tomó una daga en el camino. Los pocos que estaban despiertos a esa hora eran los cazadores que se aprontaban para cumplir

con sus faenas. Lahnen no estaba allí, así que nadie prestó atención a la escurridiza figura del joven escabulléndose. Comenzó a correr como solo él podía hacerlo. Atravesó la llanura donde se emplazaba su hogar hasta que la vegetación se hizo más profunda primero, impenetrable luego, dando paso a un cañaveral enmarañado. Comenzó a deslizarse entre las cañas cual animal al acecho, sin hacer el menor ruido temiendo encontrarse con algún cazador del pueblo enemigo. El silencio era total y la luz de la luna iluminaba todos los intersticios de aquella profusa vegetación. Pasó el tiempo y en su camino el sol se alzó y declinó y la vegetación fue mutando en su avance. Siguió adelante incansablemente, hasta que sus ojos vislumbraron las primeras edificaciones de los esclavos de Ogenwa. Eran chozas precarias que dejaban filtrar el viento helado de las estaciones frías y el calor inclemente de las temporadas de caza.

Se acercó con sigilo hasta una de ellas y oteó entre las cañas que conformaban las paredes para descubrir tres soldados manteniendo a raya a unos diez esclavos. Nada que Ajachay no conociera de aquel pueblo esclavista, salvo por la palidez de la piel de los esclavos. Estaban muy golpeados y vestían ropas extrañas rasgadas, embarradas y ensangrentadas. Ajachay supo por esos indicios que habían luchado recientemente para evitar el cautiverio con resultados negativos. Había entre ellos gentes con el pelo como el trigo, como el cacao o el ébano. Pero lo que más llamó la atención de Ajachay eran sus pieles tan claras y que algunos de ellos tenían ojos de colores extraños, colores que estaban reservados para el mar.

Siguió camino hasta llegar a hurtadillas hasta donde los soldados de Ogenwa se guarecían de la noche y bebían agua picante para nublar su juicio por unas horas y olvidarse de las matanzas que debían correr por sus manos. Estas edificaciones eran un poco más elaboradas, por lo que le tocó observar entre los delgados resquicios de troncos gruesos. El joven Rumeraute tenía muy en claro que no había mejor confesión que la de un hombre con la mente distorsionada por las bebidas fermentadas. Todos los poblados de aquel mundo hablaban lenguas muy similares, muestra que habían surgido de un grupo humano en común, por lo que el entendimiento no era un problema en esas tierras. Pero el matiz que ofrecía el sopor de la bebida a las palabras de los soldados, complicó un poco su tarea. Hablaron de cosas intrascendentes por un buen rato y Ajachay ya estaba pensando en retirarse antes que el sol apareciera y revelara su presencia. Pero entre tanta incoherencia, comenzó a escuchar algo que le resultaba interesante.

—Ya era hora de ponernos en acción. Hacía mucho que no nos premiaban con tanta agua picante y venado.

—Ogenwa está contento, consiguió un buen botín. Estos pequeños descoloridos mitigarán un poco su terrible ánimo. Quizás por un tiempo

nos deje beber y comer así.

—Yo apostaría mis sandalias a que esa mujer de vientre hinchado nos dará un respiro. Es diferente y puede que eso mantenga ocupado a Ogenwa por largo rato. Es extraña, pero muy hermosa.

—Apuestas sobre lo seguro. No sé de dónde vienen, pero esa mujer es la personificación de nuestra tranquilidad. Dicen que trae una semilla del infeliz risueño que bajó primero de la mole que los trajo hasta aquí.

—No importa de donde vengan ni su vientre hinchado. Mientras espera el nacimiento del cachorro, podrá entretenerse. Luego dejará su semilla en ella y tendrá su descendencia.

—Eso es seguro. Pero los augures ya expresaron su descontento. Dicen que es un mal augurio.

—Como si nuestro orgulloso rey fuera a escuchar a esos viejos decrepitos.

Ajachay no necesitaba saber más. Había una mujer en cautiverio y sería ultrajada si no era rescatada lo antes posible. No la conocía, pero algo en su interior lo alertaba y lo impulsaba a compadecerse de ella. Decidió arriesgarse un poco más, acercándose a la guarida del lobo en persona.

Escaló con dificultad las amplias elevaciones escalonadas que llevaban a la sala del consejo desde donde Ogenwa dirigía todo. Oculto por la oscuridad que todavía pujaba contra la luz del día y los altos árboles que circundaban la enorme edificación, el Rumeraute logró llegar a la cima para descubrir que estaba vacía aún. Descendió ya algo extenuado y se acercó a los aposentos reales. Era la edificación más reforzada junto a la sala del consejo, levantada sobre bloques de piedra, aun así, podía ver entre ellos una línea muy angosta de la escena que se desarrollaba dentro. Había dos soldados flanqueando la entrada, mientras el líder de la aldea trataba de obligar a una mujer a alimentarse. Ajachay no dudaba que se trataba de la mujer de vientre hinchado de la que había oído hablar. Solo podía verla de espaldas, pero se notaba su figura ensanchada por el retoño dentro de su vientre. Podía oír la frustración en las palabras y verla en los movimientos de Ogenwa, quien estaba acostumbrado a que todos acataran sus órdenes.

—Si no comes, vas a morir y contigo esa semilla.

Pero la mujer parecía no comprender sus palabras. O incluso no prestarle atención. Ajachay se vio en la necesidad de acercarse un poco más al peligro y posicionarse a un lado de la edificación, de modo de poder ver a la mujer de frente. De ese modo, pudo verla con relativa claridad, iluminada por el rojizo reflejo de las llamas que ardían en el interior. Su

corazón se aceleró. Los generales habían estado en lo cierto cuando dijeron que portaba una belleza extraña. Tenía el cabello más claro que había visto en su vida, como el trigo de primera cosecha, adornado con unas ondulaciones que él jamás había visto y que le daban una gracia extra a su rostro níveo e inocente. Y sus ojos, ¡podía ver un pedacito del mar en aquellas bolillas! Un verde que solo el mar podía imitar.

Pero lo que más impresionó a Ajachay fue la tristeza que vestía en cada centímetro de su rostro. Toda su expresión estaba embargada por la pena y parecía que no tenía intenciones de tomar más alimento que el dolor que llevaba en su corazón. Decidió en ese mismo momento que debía salvar a aquella mujer, aunque no la conocía, algo dentro suyo le decía que el destino de esas tierras dependía de ella, para bien o para mal. O quizás el ímpetu de la juventud le decía que la quería a su lado. En cualquier caso, se escabulló sigilosamente entre los árboles que se unían en un profundo monte hacia el oeste de las tierras Chará-wisúes, ya estaba apareciendo el sol y era un peligro volver sobre sus pasos yendo directamente hacia la llanura. Debía desviarse, bordeando la costa, cruzar a nado el Gran Río Sur y avanzar hasta el Río Rumeraute antes de poder virar hacia el este, donde moraba su gente. Salió cuando ya era día pleno a las arenas blancas y siguió su plan para llegar a su aldea. No podría salvarla solo.

Capítulo 7

Capítulo VI – Implacable

—No voy a arriesgar la vida de mi gente por tu capricho hacia un demonio de piel descolorida.

—Impartes nombres con soberbia y no has visto lo que yo vi: pureza. Dime, ¿qué harías si una de nuestras mujeres fuera la cautiva, padre?

—Ajachay apretaba con furia sus puños, conteniendo toda la rabia que solo su padre lograba despertar en él.

—No es de los nuestros y por lo que me dices, no es de ningún pueblo conocido. Nunca olvides que, además de tu padre, soy el jefe de este pueblo. No hagas preguntas como si pudieras juzgarme.

— ¿Debo llevar mi inquietud hasta el consejo? —El joven tomó la sabia decisión de no prestar atención al afán de su padre en desmerecerlo como guerrero y líder futuro de su gente—. En tal caso, sabes que ellos me estiman y no dudarán en darme su apoyo.

—Tú sabes que hacer, pero no te servirá de nada. El futuro y bienestar de mi gente están bajo mi responsabilidad —Ahdik hizo una pausa para calmar la exasperación que le producía hablar con su hijo—. Eres mi hijo y he de amarte hasta el final. Pero no sabes nada de mandatos ni de probabilidades de ganar una batalla. El consejo no hará declinar mi decisión.

—Por ti, el final debería ser pronto, así puedes liberarte de tu obligación de amarme como padre —Hizo un ademán, como alejando sus pensamientos oscuros, para no desviarse sus prioridades—. No te pido una batalla, te pido apoyo, gente que me acompañe en las sombras.

—Ni una palabra más, Ajachay. Vete y olvida tus ansias de heroísmo. La paz en estas tierras muchas veces fue mantenida gracias a tus habilidades, pero no te creas jefe por eso. Ni trates de apelar a mi decisión victimizándote, no lograrás que cambie de opinión.

—No estaba victimizándome, ataa'. No es mito ni novedad que no te agrado, nunca fui motivo de orgullo para ti. Pero esto no se trata de nosotros. Estás tan ciego que no podrías ver la verdad, aunque la plasmara frente a tus ojos.

Pero Ahdik le dio la espalda y ya no quiso escucharlo más. Caro había resultado el precio de mantener una relativa paz entre su gente y duro

soportar las pérdidas que eso había ocasionado. No estaba dispuesto a seguir perdiendo a los miembros de su aldea. Le dolían las palabras de su hijo, pero sabía que tenía razón, nunca le había demostrado que lo amaba porque siempre lo había disminuido por su carencia de alma de guerrero. Sin embargo, ayudarlo en lo que le estaba pidiendo podría ponerlo en peligro, y no podría soportar perderlo también a él.

Ajachay salió de la tienda de su padre furioso y frustrado. Pero él era un hombre pequeño y persistente. No agacharía la cabeza para dejar que su padre marchitara sus convicciones ni que la injusticia prevaleciera. Llevaba años viendo como la balanza se inclinaba siempre a favor de los sanguinarios, era hora de tomar acciones. No sabía nada de la muchacha ni de la gente que vino con ella, pero conocía a los Chará-wisúes y sus ideales con demasiada convicción. No podía permitirse mirar para otro lado cuando su pueblo había sufrido en carne propia la muerte y la esclavitud que aquellos belicosos guerreros traían eventualmente.

Por otro lado, desafiar a Ahdik se había vuelto una costumbre e incluso muchas veces había sido beneficioso para todos. Sabía que no habría modo de hacerlo sentir orgulloso, pero contrariarlo era una vía muy sencilla de dejarle en claro que él estaba allí y aunque no quisiera aceptarlo era su hijo y su esencia no cambiaría por el orgullo que no lo dejaba ver más allá de su propio pueblo. Decidido, se alejó con sus ágiles pasos al claro donde los ancianos solían pasar gran parte de su tiempo.

El Círculo del consejo era una tradición y se la respetaba por esa razón, pero hacía muchos, muchos años que había dejado de ser la voz preponderante en las decisiones de los jefes tribales. Ahdik no era el primero en hacer oídos sordos a sus advertencias. Ajachay creía que ese error era fatal, puesto que los había llevado a reducir el poder de los Rumerautes en aquellas tierras, haciéndolos el blanco preferencial de los Chará-wisúes. Además, los ancianos que conformaban el consejo, se destacaban por su sabiduría, no eran elegidos al azar ni puestos por el poder de la sangre. Pero en todos aquellos pueblos, hacía siglos que los sabios habían perdido el respeto con que se los miraba antaño.

El intrépido joven sabía, o creía conocer, cuáles eran las fibras más sensibles en las razones de los ancianos. Imaginaba que, al escuchar sus palabras y poner en la balanza una paz inestable y la justicia, le darían el apoyo que él necesitaba para convencer, sino a su padre, al menos a algunos guerreros a formar parte de su causa.

Se acercó al grupo de hombres en silencio y con intención respetuosa. Él si los valoraba por lo que eran, por lo que significaban y no por la línea de sangre que corría por sus venas. Eran personas que llevaban muchas estaciones de cosecha perdurando, eran ágiles de mente como para tener una respuesta o un consejo ante cada interrogante. Ajachay discrepaba con su padre, así como en tantas otras cosas, en su idea que eran

personas de mentes cansadas y reseca de tanto sentarse al sol a esperar indicios. Él sabía tanto como ellos que esos indicios, a veces sutiles, eran cruciales. Se detuvo silencioso y con actitud respetuosa a un costado, esperando un rato, otro más largo y uno aún más extenso. Pasaron horas y él se quedó prácticamente petrificado mientras los ancianos permanecían con sus ojos cerrados, viendo con los ojos de la sabiduría y el alma, tomando señales de lo imperceptible.

— ¿Qué busca el pequeño Ajachay entre estos pobres viejos? —Preguntó uno de los ancianos, cortando con el silencio y la quietud.

Lihui era, en el Consejo, el hombre con menos estaciones de cosecha sobre sus hombros y que, por lo tanto, era más hábil para comunicarse con las personas ajenas al grupo. Al pasar el tiempo, los hombres que se dedicaban a la contemplación se ensimismaban a tal punto que perdían la capacidad del habla. El joven por fin pudo relajar su postura y se dispuso a hablar, sabía que no debía interrumpirlos por mucho tiempo, así que fue directo al punto.

—No es grandeza lo que busco.

— ¿Qué es la grandeza para ti, joven susurro?

—Grandeza es lo que el agua nos ofrece, brillar de manera tan potente como para iluminar todo un mundo. Lihui, estoy muy lejos de parecerme a un río, la luna o el sol.

—Tu padre se equivoca respecto a ti. No tienes madera de guerrero y nunca la tendrás, menos aún de líder. No debería intentar forzar lo vano. Tu sabiduría debería conducirte hasta este claro para iluminarte a nuestro lado — Ajachay se removió nervioso, esa conversación se había repetido infinidad de veces.

—Es mi necesidad lo que me condujo y si pueden iluminarme sería más de lo que puedo pedir.

—Eres joven aún y vistes todo con disfraces de fiesta. Sabes que me refiero a que deberías formar parte de este consejo.

—Lo sé bien, Lihui y me honras. Pero para ser sincero contigo y hasta conmigo, prefiero contemplar los misterios del mundo en movimiento. Además, mi padre no desea que desaire su linaje de grandes guerreros y poderosos jefes sentándome a contemplar los misterios de la vida. Aunque ustedes saben más que nadie que sus ideas son totalmente ajenas a las mías.

—Y es por eso que estás aquí... —Había tomado la palabra Nawat, uno de los ancianos con más estaciones de cosecha, el modo en que pronunciaba

las palabras daba cuenta del gran esfuerzo que hacía para hablar—. Vienes a pedirnos... algo que va en contra de los deseos de... tu sangre.

—Todos mis deseos van en contra de mi sangre. Pero creo que la justicia debería ser preponderante cuando se trata de gente oprimida por el pueblo enemigo.

—Aquí no encontrarás respuestas que te satisfagan, Ajachay —Lihui retomó la palabra para aliviar el esfuerzo sobrehumano de Nawat al hablar—. Hay fuerzas desconocidas pujando por despertarse allí donde reside tu primitivo deseo.

«...tu primitivo deseo», las palabras quedaron resonando en su mente, pero continuó con su empresa.

—Entonces debo comprender que debemos dejar a estas gentes desconocidas sucumbir a los deseos de Ogenwa y su séquito.

—No podemos evitar que sigas el impulso de tu corazón. Solo hacerte saber que abrirás una puerta que no podrá ser cerrada jamás.

—Quizás ese sea mi calvario y mi único camino posible. Puede que sea la llave que abra la puerta a nuestra destrucción —Ajachay había cerrado sus ojos, tratando de imaginar cual podría ser el destino incierto que podría acarrear una mujer menuda y triste, porque incluso él había sentido lo mismo al verla, pero se le hacía inverosímil. Volvió a abrir los ojos—. O quizás esa puerta ya se abrió y yo deba germinar la semilla de nuestra salvación.

—Hay verdad en tus palabras y más grandeza de la que deseas ahora o que puedas desear en el futuro. Tus obras nos cambiarán a todos, para bien o mal. Nosotros no hemos de ser quienes impidan que tu destino sea cumplido, pues sería como intentar sofocar las llamas con más fuego. Pero estás solo y, en el fondo de tu alma, ya sabías qué respuesta te esperaba antes de acercarte a nosotros.

Lihui calló y Ajachay supo que ya no había nada más por decir o por ser escuchado. Tenía la seguridad de ser muy pequeño, pero también sabía que muchas veces una pequeña semilla se convierte en campos de trigo a través de los años. Y él se conformaba siendo semilla, porque así había sido toda su vida: pequeño y persistente.

Tomó el camino de regreso envuelto en el mismo silencio que lo había acompañado antes. Pero este silencio venía ahora de la mano de varios pensamientos. Él debía aceptar las palabras de Lihui, sabía perfectamente qué iba a recibir del consejo incluso antes de dejar la techada de su padre, pero también tenía en claro que ese era un paso que debía dar indefectiblemente para impulsarse a sí mismo a una cruzada en la que

tendría que tomar parte solo. O quizás no completamente solo.

Recién en ese momento, debatiéndose entre soledad y compañía, recordó las palabras de Lihui, lo que él temía y quiso ocultarse a sí mismo por vergüenza. Lihui le había hablado de deseo primitivo. Era verdad, no podía seguir engañándose, deseaba salvar a la mujer de ojos verdes para protegerla, pero también deseaba sentirla entre sus brazos, envolverla en el calor de su propio cuerpo. Se había sorprendido al principio por aquella sensación primigenia de desearse yaciendo junto al cuerpo de una mujer, nunca lo había experimentado a tal punto. Pero su sorpresa había sido eclipsada por una erupción de deseo incontenible ante la belleza y la fragilidad de aquella extraña criatura. Todo el camino de regreso a sus tierras, desde que había dejado a la mujer en manos del lobo, fue tratando de reprimir sus deseos.

Cuando ya se había desviado lo suficiente de su camino regreso a la aldea, luego de cruzar el Gran Río Sur, decidió hacer un alto para descansar cuerpo y mente. Fue solo un tiempo breve en que su mente voló y se sintió asediado en sueños por aquella piel nívea y había despertado empapado por el sudor y la excitación. Se avergonzó en la soledad del mar, con un río a sus espaldas y otro al frente, como si la luna, único testigo de su sentir, pudiera juzgarlo. A la vergüenza infundada le siguió la ira contra el pueblo esclavista y luego la convicción de la urgencia por liberar a aquella mujer antes que Ogenwa intentara mancillarla, porque deseaba ser él quien la desposara y amarla como en su sueño.

Había una creencia en su pueblo, una mujer desflorada ya no era apta para ser amada nuevamente. Le parecía una completa estupidez antes de conocer a la muchacha de cabellos color trigo, ahora le parecía completamente inconcebible. Dicen los antiguos que los Rumerautes tenían los ojos conectados al alma y que difícilmente volvían a amar con la misma intensidad que la primera vez. Ajachay fue retrato fiel de esa creencia, pues en su deseo ponía toda la convicción de arriesgar su vida de ser necesario, a ganar o perderlo todo por lo que sus ojos habían descubierto en aquella aldea de bárbaros, por la creencia de haber encontrado el principio de la vida en medio de la muerte hecha pueblo.

Capítulo 8

Capítulo VII – Un hermano

Las horas pasaban penosamente para el Rumeraute. No podía darse el lujo de perder tiempo mientras se le venían a la mente las situaciones por las que podía estar pasando esa mujer. Pero sabía que necesitaba de la noche para ocultar sus rebeldes acciones. Además, le daba tiempo para aprontar todo cuanto fuera a necesitar para lo que tenía planeado. Y lo que Ajachay necesitaba con extrema urgencia era hablar con su único amigo.

Caminó sigilosamente por las techadas. La gente de su aldea no estaba acostumbrada a verlo caminando por allí durante el día. Sabían que podía andar de pasada para informar algo, pero no caminando de un lado a otro ocupado en extraños menesteres. Ajachay se escabullía de las miradas, sabiéndose culpable de un crimen que aún no había cometido. Pero para ser honesto, muy pocos lo miraron y se preguntaron por su presencia, el resto lo ignoró como siempre.

Lahnen estaba de regreso de su jornada de caza con las manos vacías y el humor negro como el carbón. Pero ver a su amigo, con el que había compartido toda su vida, le produjo una sonrisa sincera. Hacía lunas que solo lo veía pasar de lejos, no recordaba que era lo que habían hablado la última vez que pudieron pasar tiempo juntos y no tenía idea que era lo que había estado ocupando su tiempo.

—Hermano, dichosos los vientos que te traen.

Ajachay respondió con una leve reverencia y le palmeó el hombro. No hacía falta más, ellos sabían cuánto se estimaban mutuamente. Pero se apresuró a responderle antes que Lahnen comenzara a divagar, no había tiempo.

—Hermano, no me trae el viento, sino la urgencia. He de cometer una locura y vengo a involucrarte en ella.

Lahnen dejó rápidamente el arco cuyo tiento estaba engrasando con cebo de jabalí y se acercó más a Ajachay, con un gesto de preocupación y toda la intención de ayudarlo.

—Después de todo lo que hemos vivido juntos, no creas que puedes dejarme fuera de lo que sea que te resulta tan urgente. Te sigo.

—No es sencillo, nunca hemos hecho nada parecido. El punto es que no sé cómo ni hace cuanto, pero los Chará-wisúes han tomado nuevos cautivos.

— ¿Nuestros? Debes hablar con tu padre. Hay que hacer algo.

—No —Lo tomó del brazo con expresión seria para que lo dejara hablar. Lahnen solía enfervorizarse con facilidad—. No es gente nuestra ni de otro poblado conocido. Es gente que nunca vi y sabes cuánto he recorrido estas tierras. No son de aquí, eso es claro. Son... diferentes.

El cazador frunció el ceño tratando de comprender lo que estaba escuchando. Se preguntaba, si no eran de allí, de dónde se suponía que venían. No había visto más que mar bordeando las tierras y los pueblos que se habían aventurado en él con balsas daban testimonio que solo agua había más allá del continente.

— ¿Los dioses?

—No creo que los dioses tengan algo que ver en esto. Además, no se trata de nuestros dioses. Son humanos como tú y yo, pero con pieles y cabellos más claros. Como sea, necesitan nuestra ayuda.

—Hermano, déjame ver si entiendo bien lo que me dices —Estaba tan confundido que debía repetir lo que había oído—. No sabes quienes son, que hacen aquí ni cómo llegaron; pero los quieres ayudar.

— ¡Debo ayudarlos! No comprendes. Hay con ellos una mujer.

—Eso lo explica todo... —La sonrisa en el rostro de Lahnen denotó complicidad.

— ¡No! —Ajachay notó lo ansioso que se sentía y suavizó el tono—. No es como piensas, eso no es todo. Ella... creo que trae una semilla en su vientre.

Todo gesto de incertidumbre y de complicidad en el rostro del cazador fu reemplazado por uno de desconcierto. Hizo una pausa en sus ideas para tratar de entender a su amigo.

—Voy a hacer de cuenta que no he escuchado «eso no es todo» y te diré que esto es realmente serio, te has vuelto loco, hermano. ¿Hablaste con tu padre sobre esto?

—Lo hice y, como podrás ver, no lo tomó muy bien. De ser así, él estaría dando una orden. Yo vengo a pedirte que me ayudes. Debemos liberarla... liberarlos a todos.

—Sabes que pondría el cuerpo para frenar una flecha que va en dirección a tu cuerpo, así como sabes también que te ayudaré sin pensarlo demasiado, aunque eso sería lo más prudente. Pero déjame decirte que estás doblemente loco. No solo planeas llevarnos a una muerte segura, sino que todo esto lo vamos a hacer por personas que no conocemos, así como tampoco conocemos sus intenciones.

—No olvidemos la parte que, en caso de éxito, los traemos aquí y mi padre clava mi cabeza en la punta de una lanza por desobedecer su mandato.

—Eso será digno de ver, así que cuentas con mi ayuda.

Ajachay lo miró seriamente, para luego reír entre dientes. Lahnen lanzó una risotada como solo él solía hacer, con toda sinceridad. A pesar de todo, aún eran jóvenes y tenían actitudes de jóvenes.

—Dime cómo lo haremos.

—Vendré por ti al anochecer. Piensa una excusa para los tuyos, puede que a ti si te extrañen — Comenzó a caminar hacia donde se encontraba su techada, pero giró su rostro hacia Lahnen—. Deberías llevar ese arco y unas cuantas flechas. Nunca se sabe...

—Loco y misterioso. Vaya amigo me han brindado los dioses.

—Los dioses están en los cielos. A mí me conociste porque solo no eras nadie, yo te necesito para que frenes las flechas. Una amistad puramente práctica — agregó riendo mientras se alejaba.

La realidad era que no concebía su vida sin Lahnen. Era de los pocos que lo tomaba en serio entre los guerreros y cazadores y le había ofrecido su amistad sin miramientos, burlas ni condiciones, era su familia. Lahnen apreciaba de verdad a Ajachay y francamente agradecía tenerlo en su vida, porque nunca hallaría alma más pura entre su gente. El cazador permaneció de pie, viéndolo alejarse, con una sonrisa en los labios. Ajachay le había alegrado el día y le había eliminado todo rastro de mal humor.

— ¿Qué van a hacer? —Una voz conocida a su espalda lo sobresaltó, no lo esperaba. Era Wenai, uno de sus hermanos—. Están pensando en hacer algo malo.

—Wenai, ¿Cuándo será el día que dejes de oír conversaciones en las que no estas invitado y de espiar lo que no te corresponde? — Lahnen sonó exasperado, como cada vez que su hermano se metía donde no lo

llamaban—. Por lo sigiloso, pareces hermano de Ajachay, no mío.

—Yo manejo la lanza mucho mejor que él y soy mucho más pequeño.

—Sí, un pequeño metiche. Ve a jugar con Napayshi y Equiro.

—Nosotros también estamos aquí — Otra voz conocida que salía detrás de la techada que Lahnen compartía con su familia—. Es verdad, van a hacer algo que va contra las reglas.

Napayshi, no podía ser otro que su hermano menor. De pronto, Lahnen cayó en la cuenta que debía convencer a los niños que no estaban conspirando contra las órdenes de Ahdik. Tuvo que improvisar, aunque no se le daba muy bien.

— ¿Qué? ¡No! ¿Qué fue lo que escucharon?

—Ajachay decía que Ahdik iba a clavar su cabeza en una lanza — respondió Napayshi, era pequeño, desgarrado y tenía expresión pícara. Pequeño, pero inteligente.

—Pequeños sabandijas, vamos a cazar. ¿Qué creían? ¿Qué íbamos a ir a meternos en problemas? Somos tontos, pero no tanto. Sigán buscando ranas y dejen de meterse en cosas de grandes.

En ese momento, se asomó Equiro, más pequeño aún. No había dicho nada, porque era más tímido que Napayshi, era amigo de ambos hermanos desde que amaneció a la vida. Miró a Lahnen, que le devolvió una mirada hostil, como advirtiendo que ni se le ocurriera abrir la boca. Ante ese gesto, Equiro puso cara de desentendido y comenzó a apartarse para irse a otro lugar donde no amenazaran con atarlo a un árbol. Napayshi miró a su hermano mayor con desconfianza, pero fue la persistencia y la imprudencia de Wenai las que se unieron en palabras.

— ¿Nantai va a matar a su hijo, el que no entiende nada de caza, por ir a cazar y dejará su cabeza como aviso?

— ¡Niño estúpido! No entiendes nada de bromas de gente mayor, por eso no debes escuchar lo que hablan. Y tampoco tengo por qué darles tantas explicaciones. Váyanse los tres, antes que pierda la paciencia y el buen juicio.

Los tres niños se fueron riendo entre ellos, satisfechos por haber contrariado a Lahnen, cosa que lograban con demasiada frecuencia. Pero Wenai no era tan fácil de convencer como Napayshi y Equiro que eran aún muy pequeños y menos desconfiados por lo que, luego de alejarse unos metros de allí tomó a los dos pequeños del brazo y los escondió de un

tirón tras otra techada, aun cerca de la suya.

—Veremos si lo que dice Lahnen es cierto.

—Déjalo tranquilo y hagamos otra cosa — sugirió Napayshi, prudente.

—Puedes irte si quieres, yo me quedaré.

—Yo también tengo un amigo que me necesita, como tu hermano —susurró Equiro, que solo hablaba con las palabras justas.

Finalmente, los tres se quedaron fisgoneando. Las horas pasaron y nada significativo ocurrió. Lahnen había ido hasta el río a quitarse la mugre del intento fallido de caza y se había dedicado luego a juntar ramas para convertirlas en flechas, nada fuera de lo normal, salvo por la cantidad que estaba preparando.

Wenai era pequeño, aunque verlo actuar y escucharlo cuando hablaba engañaba a los sentidos. Tenía ocho estaciones de cosecha solamente, pero su determinación y modo de expresarse hacían creer que contaba con unas cuantas estaciones de cosecha más. Sumado a eso, la falta de miedo que otros niños evidenciaban a su edad y la facilidad con la que se metía en problemas, hacía que fuera conocido por todos. En sus andanzas, arrastraba a su hermano menor y a Equiro, que no lo dejaban ni a sol ni a sombra.

Napayshi había pasado por un par de lunas su sexta estación de cosecha. Aunque era un niño menudo y flacucho, ya podía evidenciarse en él un futuro de gran cazador, tal como su hermano mayor, o quizás un buen guerrero. Manejaba bastante bien el arco y la lanza, a pesar de su corta edad. A veces era intrépido, en otras ocasiones, era más prudente. Tenía grandes ojos, negros como el carbón y una vista que lo dejaba ver más allá de donde la vista de cualquier Rumeraute pudiera llegar.

Equiro era diferente. No era un niño tonto, sino que daba cuenta de su escasa edad, ya que era el más inocente del grupo. A su existencia le faltaban tres lunas para llegar a la quinta estación de cosecha. Pero si algo lo caracterizaba era la fidelidad hacia sus amigos y un corazón bondadoso. Él solo aceptaba ir a cazar ranas con los hermanos para luego ponerlas en libertad luego que ellos las atraparan. Sus ojos marrones eran curiosos y muchas veces lo habían llevado a arrastrar a Wenai y Napayshi a ayudar a las niñas con sus tareas, aunque los otros dos refunfuñaran. No era tan ágil, era regordete y lento, pero siempre se las arreglaba para seguirle el paso a sus amigos. Pero, además, Equiro había perdido lo que quedaba de su familia cuando era muy pequeño, en el mismo ataque que había muerto el padre de Lahnen, Wenai y Napayshi. Fueron tiempos de desazón y dolor, pero Tahanea, tras haber perdido a su esposo decidió que criaría como su propio hijo a Equiro. Por eso, era un miembro más de

la familia.

Equiro y Napayshi eran diferentes, sí. Pero eso no impedía su amistad y allí donde estuviera uno, se podía encontrar al otro. Y ambos vivían tras la sombra de Wenai y de él habían aprendido sus modos y su manera de expresarse. Por esa razón, era muy curioso verlos a ambos, uno flacucho y el otro rellenito correteando por la aldea tras los pasos de la estilizada figura de Wenai, hablando igual que él como adultos.

Y allí andaban los tres, esperando que Lahnen diera muestras de lo que había estado planeando hacer, cuando el anochecer llegó y con él Ajachay, con un fardo de cuero, lleno con quien sabe que cosas. Desde donde ellos estaban no pudieron escuchar lo que hablaban, por lo que decidieron seguirlos cuando ambos partieron.

Llevaban horas caminando. Ya se habían detenido a descansar y retomaron la marcha. El sol se alzó y declinó en su trayecto. Los pequeños iban caminando a una distancia prudencial de donde iban marchando Ajachay y Lahnen cuando Wenai comprendió a donde se dirigían; no iban de caza, eso estaba claro. Ningún Rumeraute coherente se adentra a cazar en las tierras de los Chará-wisúes. La noche se profundizó cuando los cinco entraron en la aldea de aquellos belicosos señores.

Wenai no era un niño miedoso, pero cierta prudencia le dijo que adentrarse en la zona de viviendas era peligroso, casi una marcha hacia la muerte. Por eso decidió mirar de lejos que hacían los dos adultos que se habían parado peligrosamente cerca de la línea de casas de los extremos, Napayshi y Equiro se quedaron a su lado. De lejos vieron como Ajachay abría su fardo y sacaba unos cuantos objetos.

Capítulo 9

Capítulo VIII – Las estrellas se velaron

Si Wenai hubiera sido más grande de lo que era, hubiera concluido en que lo que Ajachay y Lahnen habían planeado tenía como finalidad encontrarse con los ancestros antes que su tiempo llegara. Pero como no lo era, se quedó pasmado sin entender ese despliegue de locura que, para él, no tenía sentido.

La aldea de los Chará-wisúes, conocida como Malpayne, estaba dispuesta de manera tal que los esclavos quedaran en el exterior, allí moraban con los soldados encargados de su custodia. En el círculo contiguo al de las rudimentarias viviendas de los esclavos, se hallaban las viviendas de las gentes comunes, luego las de los soldados, la realeza y finalmente, protegido por todos esos círculos, los aposentos reales y la mole desde donde Ogenwa y sus súbditos gobernaban. Formaban un semicírculo delimitado al sur por un intrincado monte, donde se ocultaban los soldados que protegían la frontera entre Malpayne y la playa.

Entre los objetos que Ajachay llevaba en su fardo, había unas vasijas que contenían aceite extraída de los granos, de ese líquido oleoso se sacaban varios provechos, pero a Ajachay solo le interesaba uno de ellos. Con ese aceite empapó unas tiras muy largas hechas con filamentos de caña entrelazados, que luego colocó de pabellón en pabellón, en donde reposaban los soldados. A pesar de la magnificencia con la que habían aprendido a desarrollar construcciones en aquel pueblo, los esclavos, aldeanos y soldados moraban en rudimentarias viviendas de madera y adobe. La soga bordeaba los cimientos de cada edificación y cuando todo estuvo dispuesto, se adentraron al corazón mismo de Malpayne, donde había unos cuantos soldados, con la mente tan nublada por el agua picante que no darían problemas. Los Chará-wisúes estaban seguros de su supremacía bélica, pero debieron preocuparse más por hombres escurridizos. Aquel paraje nombrado "fuerte" en lengua de los Chará-wisúes, estaba pronto a ser vulnerado por el ingenio de dos jóvenes que en ocasiones normales preferían la paz a diseminar muerte. En ese punto, los niños perdieron de vista a Ajachay y Lahnen.

El plan no estaba mal elaborado, si se tenía en cuenta la rapidez con la que había sido ideado y que fue ejecutado solo por dos jóvenes. Sin embargo, dividieron bien las tareas porque no les llevó más de media hora, en extremo silencio y cautela. Habían dispuesto tiras aceitadas bordeando cada pabellón de los soldados, cuidando que nada de ese líquido tocara las viviendas de los esclavos. Ajachay se las había apañado para conseguir los elementos suficientes para cubrir el área. Era un plan

tan simple que daba miedo. Ambos tenían muy en claro que podía resultar en éxito rotundo o en un fracaso total. Por eso habían encomendado sus destinos a Iliniwek, que era el dios al que los Rumerautes se encomendaban cuando necesitaban ser guiados por el camino correcto en tiempos de incertidumbre y prudencia, aun en la imprudencia misma. Nada más oportuno para aquellos dos jóvenes que se estaban jugando a todo o nada por una mujer que no conocían, ni que intenciones traía. Pero, a fin de cuentas, liberarían esclavos y eso ya era una buena obra por sí misma.

Llevaban un buen rato aprontando todo lo que necesitaban para desarrollar el descabellado plan cuando Wenai se hartó de esperar que algo interesante sucediera. Desde donde él y los pequeños estaban, solo los veían caminando de aquí para allá, pero eso no había cambiado al pasar los minutos y la impaciencia se apoderó de él.

—No pienso esperar un minuto más. Mi hermano está en peligro y parece no notarlo —Se puso de pie en un envión de mal humor y en un acto de sensatez, Equiro lo tomó del brazo y lo volvió a ocultar entre la maleza.

—Somos muy pequeños —sentenció el menor de los niños.

—Ustedes lo son, yo soy más grande y puedo usar la lanza.

— ¿Cuál? —Intervino Napayshi en un susurro—. ¿La que dejaste justo al lado de nuestra techada?

Equiro emitió una carcajada silenciosa. Wenai solía darse aires de adulto y de buen guerrero. Tanto Equiro como Napayshi estaban seguros que así sería un día, pero ahora se trataba solo de un niño con unos pocos años más que ellos. Pero él seguía creyéndose jefe del pequeño grupo del que formaba parte, por lo que se sintió ofendido con las palabras de los niños.

—Volvamos —sugirió Equiro, que a esa altura ya sentía un poco de miedo, como era natural en un niño de su edad.

—Vuelvan ustedes, yo me quedo —Wenai era más orgulloso incluso que Ahdik, no sería fácil de persuadir. Napayshi lo sabía bien.

—Salimos tres, volvemos tres — respondió.

Durante toda aquella discusión, los dos Rumerautes adultos prácticamente habían terminado de preparar todo. Hicieron uso de su agilidad, trepando un alto y frondoso árbol que se hallaba entre el círculo de edificaciones de los soldados y el de la realeza. Estas últimas estaban aceitadas también, pero las tiras tejidas no habían alcanzado. Ajachay había imaginado eso, por lo que llevó trozos de maderas para trabar las puertas de aquellas viviendas. Llegados a ese punto, todo dependía de la puntería de Lahnen y

la velocidad y destreza de Ajachay. Lo pensó una vez más antes de dar la orden a Lahnen, sabía que no habría vuelta atrás para lo que iban a hacer. Pensó en todos los muertos y esclavos de otras aldeas y se sintió un poco menos culpable. Asintió.

—Hermano, júrame que esta mujer vale la pena para que perdamos la vida tan ridículamente —Lahnen solía utilizar el humor para distender situaciones complicadas y esta parecía hacerle honor a su necesidad de hacerse el cómico. Pero no tenía dudas que, si su amigo lo había arrastrado hacia una muerte prácticamente segura, era porque valía la pena de verdad.

—Lo vale y más, hermano.

—Bueno, cuando todo esto concluya, si es que salimos con vida, hazla feliz.

Ajachay golpeó la cabeza de Lahnen con el fardo, ahora medio vacío, en un gesto de agradecimiento. Luego rieron en silencio mientras una mirada cómplice se cruzó entre ellos. Amigos, en todos los pueblos, en cualquier mundo, todos actúan igual. Se sienten tan protegidos por el otro que minimizan los peligros, incluso una muerte inminente, con tal de atravesarlos juntos.

Lahnen se puso serio repentinamente y Ajachay asintió, entendiendo que estarían dando inicio a la cruzada. Todo fue vertiginoso desde ese punto: Lahnen posicionó una flecha y tensó el arco, Ajachay frotó una yesca y la pequeña chispa fue suficiente para que el aceite que bañaba la punta de la flecha ardiera con rapidez. Menos de un segundo transcurrió entre que Lahnen soltó la flecha y que esta impactara en el blanco. Era difícil por la distancia a la que se hallaba y las ramas y hojas tapando parcialmente su visión, pero lo consiguió. Ajachay nunca dudó de su precisión. El fuego recorría ahora uno a uno los cimientos de las barracas para ser invadidas en cuestión de segundos por un humo denso. Antes que la línea circular de fuego se cerrara, ambos descendieron del árbol y atravesaron el círculo de la realeza. Habían caminado unos cuantos pasos sigilosos cuando estas edificaciones se unieron a la danza de las llamas. Segundos después, soldados ahogados por el humo o con sus cuerpos en llamas comenzaron a salir de los pabellones a correr sin destino.

Ellos seguían avanzando y estaban a pocos metros de la mole y los aposentos reales cuando la realeza comenzaba a gritar en las edificaciones, presos de la torpeza que despertaba el miedo. Tardaron unos cuantos minutos en violentar las puertas para luego continuar gritando fuera, enloquecidos por el humo del hongo que juntaban los bloques de adobe, en llamas, con la visión nula. Todo ese caos indefectiblemente hizo eco en el centro mismo de Malpayne. Cuando Ogenwa salió de sus aposentos, alarmado por los gritos y las corridas, vio

fuego hasta donde llegaba su vista. Miró al cielo, buscando una explicación, quizás en medio de tanta locura esperaba ver a los dioses que los habían maldecido. Solo pudo ver estrellas veladas por el humo.

Wenai vio primero un resplandor tenue, que se fue acentuando y desplazando hacia los costados. Luego comprendió que era fuego y fue allí donde despertó el instinto Rumeraute de socorrer al que lo necesitaba. La novedad era que ese instinto iba destinado a los Chará-wisúes. No a los déspotas, asesinos y esclavistas, sino al pueblo llano que nada tenía que ver con los detestables actos de sus señores. Pero también a los esclavos, un grupo conformado por gentes de varios pueblos, incluido el propio.

—Ayúdenme a salvar a esa gente. Despiértenlos, traten de hacerlos salir antes que el fuego los alcance a ellos.

No hubo réplicas ni bromas. No había tiempo ni era momento de actuar como idiotas o como niños pequeños, aunque lo fueran, sino como verdaderos Rumeroutes. Poco a poco fueron liberando entre los tres a los esclavos con ayuda de los aldeanos que ya habían sido liberados primero. Sin embargo, hubo muertes. Pero una muerte era una liberación a veces, y entre el fuego y el caos, los señores de los Chará-wisúes no podían ver lo que sucedía en los círculos exteriores. Y aunque hubieran advertido que había esclavos y aldeanos huyendo de su supremacía, en ese momento eran más importantes las vidas de soldados y nobles que preocuparse por el cautiverio de esclavos y el ultraje de los aldeanos.

Ogenwa hizo lo que Ajachay y Lahnen esperaban que podía hacer cualquier ser humano en su lugar, incluso un gran señor déspota como él: tratar de salvar las vidas de los suyos, que le pesaban más que una mujer desconocida. Salió a salvar sus vidas, olvidándose de ella.

Fue en ese momento que Ajachay salió del refugio donde había permanecido, en la oscuridad y alejado del tumulto de cadáveres y gente agonizando. Corrió hacia los aposentos reales, con Lahnen cubriendo sus espaldas, dispuesto a matar a cualquiera que pusiera en peligro la vida de su amigo o, si era necesario, poner su propio cuerpo para frenar una flecha que fuera dirigida hacia Ajachay.

Llegaron a los aposentos y se ocultaron fuera del resplandor del fuego que ya había invadido toda la aldea y que trepaba por los árboles, convirtiéndolos en trampas naturales que despedían ramas y frutos ardientes y caían sobre los Chará-wisúes, inadvertidos. Se acercó con cautela a los aposentos de Ogenwa, cuidándose de no ser sorprendido por algún soldado. Entró en ellos, y por fin pudo ver a Elora en persona. Estaba en el suelo, sollozando con el rostro marcado por las lágrimas. Tenía sus vestiduras, las mismas con las que Ajachay la había visto, sucias y desgarradas por la fuerza. Supo instantáneamente que había estado a un paso de ser violada, a pesar de su estado avanzado de

embarazo.

Se sintió invadido por la ira y por las ganas de contener a la mujer en un abrazo sentido, para contenerla en su ataque de nervios. Pero no había tiempo que perder, por lo que la puso en pie y la tomó del brazo, tratando de tapar su pálido cuerpo lo mejor que podía. Tomó unas pieles del suelo y la cubrió con ellas. La tomó de las manos y le dijo que debían salir con urgencia. Ella no reaccionó, seguía llorando y tenía los ojos cerrados con fuerza. Ajachay comprendió que ella no sabía que le estaba diciendo, que probablemente no hablaban el mismo idioma.

Tiró de ella para obligarla a salir, pero comenzó a gritar. No distinguía Rumerantes de Chará-wisúes. Por el dorado de la piel de Ajachay creía que era uno de aquellos que había quitado la vida a John. Todos eran los asesinos de su esposo y estar frente a uno de ellos la había petrificado. Gritaba y lloraba, temiendo que este otro fuera a violarla como había intentado hacer el otro hombre oscuro minutos antes. Estaba ajena a lo que sucedía y no quería moverse, pero Ajachay tiró con más fuerza y la sacó de los aposentos de Ogenwa. Sus gritos femeninos e histéricos se diferenciaban de los nobles que agonizaban. Por eso, al salir al exterior, algunos soldados la oyeron y se acercaron para notar que dos hombres estaban yéndose con la prenda de su señor.

Lahnen se había mantenido oculto en las sombras y dejó que se acercaran para quitarles la vida con un cuchillo que había llevado entre sus ropas para utilizar en caso de necesidad. Comenzó a rematarlos en la oscuridad hasta que Ajachay y Elora entraron al monte. Recién en ese momento comenzó a seguirlos a toda velocidad. Tras de él iban dos soldados que habían descubierto los cuerpos de los demás. Ya en el monte, los esperó para degollarlos oculto en la negrura de aquel cerrado monte.

Ajachay se había detenido a pocos metros, con Elora desmayada en el suelo. El esfuerzo de gritar atemorizada y la corrida a la que había sido forzada por el dorado la habían llevado al límite de sus fuerzas, ya menguadas por la angustia y la falta de alimento. Aprovechó su silencio para recobrar aire. Todo había sido tan rápido, tan demencial. Lahnen llegó hasta él, oteando en las sombras, esperando encontrarse con los soldados que usualmente recorrían aquella extensión arbolada. Pero todos habían ido a Malpayne, a socorrer a su señor y su gente. No había nadie y solo podían oírse los gritos de la aldea y el ruido de la combustión que dejaban tras de sí.

Dejaron en el camino hacia la playa todos los indicios posibles que llevaran a la gente de Ogenwa a creer que el ataque había partido de allí. Porque no bastaba con salvar a la mujer, había que evitar venganzas. O al menos, demorarlas. Quedaron pasmados al ver los barcos que permanecían fantasmales, escorados a estribor y enmarcados por los cuerpos de aquellos que se resistieron al asedio de los Chará-wisúes sin

éxito.

Fueron muchas las jornadas que le tomó recorrer todo el camino de vuelta a sus tierras. Dejaron los barcos que encontraron a medio hundirse y se dirigieron hacia el norte, bordeando la orilla del mar, tratando de alejarse lo más posible de Malpayne. Hablaron teorizando sobre qué podían ser esas moles de madera, tumbadas en la orilla. Imaginaron que tenían algo que ver con la mujer, porque nunca habían visto nada parecido. Pero siguieron avanzando, borrando su paso del camino, ahora tenían que evitar dejar cualquier tipo de rastro. Finalmente volvieron a pisar territorio Rumeraute, con una mujer ahora muda y que caminaba junto a ellos sin voluntad propia.

Capítulo 10

Capítulo IX – Caos

Volver a pisar territorio Rumeraute era comenzar a pensar en el probable éxito del plan que habían diagramado juntos. A diferencia de los Chará-wisúes, el pueblo de Ajachay no tenía un nombre para aquellas tierras ni para la aldea. El suelo donde se afianzaba un Rumeraute era Rumeraute y no necesitaban nombres para distinguirla. Era tierra, base para los hombres, sustento de su alimento y hogar de los cuerpos que iban a desintegrarse cuando las almas los abandonaban para descansar junto a los ancestros.

Habían hecho todo ese trayecto en silencio. En el fardo de Ajachay había algunos alimentos, pero se habían acabado rápidamente, por lo que volvieron a depender de la habilidad de Lahnen con la caza. Pero realmente a Ajachay no le preocupaba demasiado más que por el bien de la mujer, que parecía debilitarse y no quería comer. Estaba siempre pendiente de ella, que se había vuelto una criatura que se movía por la plena voluntad de Ajachay, que la llevaba mitad en brazos y mitad a tirones cuando sus brazos se fatigaban. La pálida no comía, no hablaba, no miraba a los ojos de quien le hablaba. Él había intentado hacerse comprender por la mujer que había rescatado, pero a ella parecía no importarle ningún tipo de comunicación.

Lahnen estaba cansado de todo, pero lo soportaba por su amigo. La criatura que cargaban con ellos no había parado de gritar hasta que se quedó sin voz. No sabía bien por qué, pero temía que nunca fuera a apreciar el tremendo sacrificio que Ajachay había hecho por salvarla. Pero de algo estaba completamente seguro, la vida de Ajachay nunca volvería a ser la misma. De hecho, si seguía sin dormir ni comer, abocado en conseguir alguna reacción de la pálida, estaría más cerca de la muerte que de la vida.

También le molestaba pensar en su futuro. Era totalmente consciente de las represalias que podrían llegar a tomar los Chará-wisúes cuando lograran recuperarse del golpe. Sin embargo, solo se trataba de adelantar lo inevitable, porque pronto o más tarde, ellos vendrían a asediarlos de todos modos. Y, aunque no estaban orgullosos de haber asesinado personas de un modo bastante cobarde, al menos sabían que Ogenwa habría de perder tantos guerreros que cualquier golpe que asestara sería mucho más fácil de repeler.

No, no era eso lo que le preocupaba. Temía la reacción de Ahdik, al notar que su palabra había sido desafiada con descaro. En este punto, se

declaraba a si mismo completamente egoísta, no temía por el futuro de su amigo. Sabía que Ajachay soportaría un destierro y que en cualquier lado encontraría un hogar. Probablemente, sería más respetado que entre su gente, tal era el respeto con el que lo trataban los miembros de las otras aldeas. Pero él no se imaginaba su vida sin saber de su amigo y tendría que ir tras él para cuidarlo, porque se sentía tan responsable como él de lo que habían hecho. Pero sus hermanos no eran menos importantes. Ya habían perdido a su padre y no se permitiría dejar a su madre a ocupar tres funciones. No, él debía estar allí para alimentarlos y protegerlos.

El cazador entendía que para Ajachay, la mujer valía cualquier destierro, aunque no comprendía tanta determinación frente a alguien que no conocía. Pero también temía lo que ella implicaba para el futuro de los que lo rodeaban. Tiempo después, sabría que no había estado tan equivocado. No se había detenido a pensar en todo esto antes de aceptar unirse a esa locura y ahora lo lamentaba. Pero que podría haber hecho más que acompañar a su amigo o dejarlo partir solo hacia una muerte segura. De hecho, aun se preguntaba cómo habían logrado sobrevivir a tan descabellado plan.

—Hermano, si no cuidas tu cuerpo y mente, no sé cómo pretendes cuidarla a ella —se aventuró a decirle una noche, mientras Ajachay masticaba desganado un trozo de venado y reaccionó con un intento de sonrisa.

—Gracias, hermano. No te lo he dicho, estoy en deuda contigo. No podría haber hecho esto sin ti.

—Si quieres quedar a mano, come un poco más y duérmete. Yo cuidaré de la pálida.

Esa fue la primera noche desde lo de Malpayne que había dormido; molesto, de a lapsos no muy largos, pero había tomado un descanso al fin. También comenzó a alimentarse mejor, pero no dejaba de intentar conseguir algo de la mujer: un gesto, una mirada diferente. Parecía una corteza vacía, muy bella, pero reseca por dentro. Lo único que vivía dentro de ella era su semilla y él temía que tanta desidia terminara en tragedia.

Estaban ya a escasas horas de llegar a la aldea. Habían pasado seis días, la marcha se hizo larga y penosa, y Lahnen se preguntaba si alguien habría querido buscarlos al notar su ausencia. Ajachay solo tenía su mente y su afán puesto en comunicarse con Elora.

—Ajachay... —repetía, señalándose para que ella comprendiera que ese era su nombre. Silencio sepulcral del otro lado, la mirada dirigida hacia la

nada, sin expresión.

El cazador supo que debía apremiar la situación.

—Debemos llegar a la aldea rápido, Ajachay. No sabemos cuánto tiempo pueda pasar antes que esa semilla en su vientre quiera salir a este mundo. Sabes que necesitamos de Romnesa.

—Yo podría traer a ese niño a estas tierras.

— ¡Ajachay, reacciona! No dejaré que la toques y no tenemos siquiera cueros limpios para recibirlo. No sabemos nada de hierbas para moler y colocar en el agua con la que deberíamos limpiarla. Apenas tenemos agua para no morir deshidratados.

Ajachay reflexionó un momento y finalmente terminó aceptando que Lahnen estaba en lo cierto. Descansaron por última vez en las pasturas que bordeaban la aldea y se pusieron en camino.

Los dos jóvenes hubieran esperado encontrarse con cualquier escenario, menos lo que sus ojos advirtieron al adentrarse en el pueblo. Rumerautes que habían sido esclavizados largo tiempo atrás, gentes doradas que claramente no eran Rumerautes, personas que estaban levantando techadas nuevas, pieles demasiado níveas como para formar parte de ese mundo.

En aquel tumulto y el exceso de personas en una extensión tan exigua hizo que los aldeanos no notaran la presencia de los jóvenes hasta que los vieron pasar a su lado cuando llegaron al centro mismo de la aldea, donde estaban las techadas de Ahdik, las matronas, y los cazadores y guerreros. Todos los miraban con expresiones hoscas, de desconcierto o incomodidad. Algunos niños salieron corriendo a hablar a los oídos de sus padres.

Romnesa fue la única que se acercó a ellos con naturalidad. Era la madre de Ahdik y, a pesar de sus largas estaciones de cosecha, se veía más jovial que el propio jefe tribal.

—Niño, dime que has hecho. Esto es un desastre, no hay techadas ni alimento suficiente. Nantai Ahdik está encolerizado, rogando que hayas muerto o desaparecido.

—Mujer, estoy vivo... —Romnesa abrazó a su nieto con cariño—. Si él sigue prefiriendo que esté muerto, al menos algo es normal. Iré a que me lo diga una vez más.

Lahnen lo miró como si acabara de confirmar que se había vuelto loco y puso una mano en su hombro, frenando su impulso por ir al encuentro

con su padre.

—Hermano, con calma. Ya actuamos sin pensar e hicimos demasiado daño. Deja que la furia lo abandone antes de dar tus razones.

—Mis razones ya fueron dadas y rechazadas. Quédate con ella y cuídala.

Soltó su hombro del agarre de su amigo y se dirigió hacia la techada que compartía con Ahdik. Cuando entró, él lo miró e inmediatamente se puso de pie.

—No eres más que un extraño mi aldea, ya no eres bienvenido.

—Tienes razón, gran Nantai. Siempre hemos sido dos extraños. Desde el día en que supiste que no importaba cuanto hiciera por cambiarlo, nunca te agradecería. Me aceptas porque soy tu hijo y lo único que te queda de mi madre.

—No mancilles su memoria para excusarte. Te di una orden y la desobedeciste como siempre, pero esta vez, poniendo en peligro a toda la aldea. Vete antes que cambie de parecer y...

— ¿Y qué? ¿Vas a matar a tu propio hijo? —Con un brazo levantó el cuero que cubría la entrada de la techada y señaló con el otro hacia afuera—. ¿Sabes qué es lo que veo cuando miro allí? Rumerautes que vuelven a sus tierras, salvados de la esclavitud. Más de lo que has hecho tú en toda tu vida. Veo también aldeanos de Malpayne liberados al fin del yugo de su señor. Niégame lo que te estoy diciendo y me iré.

—Debería matarte solo por insolente. Salvaste a algunas personas, ahora todos moriremos, sea por hambre o guerra. Me arrodillo ante tu idea de salvación.

—Nadie va a morir, no al menos por la guerra. Esos perros nunca encontrarán rastros, no saben quién lo hizo. Y tampoco tendrán guerreros con los que asediarnos por algunos años.

Ahdik se mostró confuso, mientras meditaba si su hijo tenía problemas mentales o algo fallaba en su mente que no lo dejaba pensar con claridad. Se acercó a él, mirándolo desde arriba, con su altura superando la de su hijo por mucho.

— ¿De qué estás hablando?

—Muertos, casi todos. Los que no se dejaron vencer por el fuego, cayeron a manos de Lahnen. Solo unos pocos muy maltrechos sobrevivieron.

La expresión de Ahdik había cambiado siquiera un poco. Sabía que su hijo era dueño de muchos defectos, pero no un mentiroso. Y también debía aceptar que estaba en lo cierto: había salvado a muchos de los suyos de la esclavitud. Su hijo, Ajachay, que no había sido bendecido por los dioses con el don de la guerra, la fortaleza y la habilidad para blandir armas. Se había valido de un solo acompañante, él, el pequeño Ajachay para lograr en días lo que el mismísimo jefe de los Rumerautes no había intentado hacer en décadas. Pero lo que más lo sorprendía era saber que su hijo había seguido una estrategia planeada por él mismo y la había llevado a cabo hasta el final, como un guerrero verdadero haría, no como el fisgón del pueblo.

Ese día, aunque Ajachay nunca llegara a saberlo, Ahdik se sintió orgulloso de su hijo por primera vez. Y aunque mucho lo lamentara, no sería la última vez.

Devastación era una palabra demasiado sencilla para resumir el estado en que había quedado Malpayne. Ogenwa había pasado todo un día enfermo por el exceso de humo de bosta de vaca y de los hongos que recubrían los maderos en llamas que había invadido sus pulmones. La noche en que el infierno invadió su aldea, la pasó ayudando a los que tenían posibilidades de vivir o apilando cadáveres y en esa faena, había aspirado el humo infecto de las paredes de las viviendas más rústicas. Cuando comenzó a recuperarse, mandó a algunos de los pocos hombres que estaban en condiciones de seguir los rastros que habían dejado quienes habían entrado en sus tierras, se habían metido entre las filas de sus guerreros como el soplo del viento y había convertido a su aldea en escombros.

Las únicas edificaciones en pie fueron la mole de la sala del consejo y su vivienda. Habían reducido a cenizas su ganado y la mayoría de las pocas mujeres del pueblo estaban muertas o habían huido. Los pozos de agua se habían secado en el afán de ahogar las llamas o estaban llenos de la mugre que produjo el incendio y la confusión e, incluso, de cadáveres.

Ogenwa se quedó en unas pocas horas sin esclavos, con escasos guerreros y mujeres. Y de todas las mujeres que faltaban, contaba a la que había deseado para sí, la mujer pálida del barco. Los augures que sobrevivieron fueron asesinados por no advertir la calamidad venidera. Antes de tomar sus últimos suspiros, entre gritos de agonía le recordaron que vieron el peligro cuando las moles aparecieron en el horizonte y él no los había escuchado. Ogenwa sabía que así había sido, los pocos

consejeros con vida lo sabían, pero la impotencia era más fuerte que él.

Chowanoc había tomado el mando mientras el jefe de los Chará-wisúes estaba ausente de entendimiento. Su propia mujer había muerto en aquel descontrol de fuego y almas desquiciadas, pero él no puso hacer otra cosa que colocarla sobre un montón de cadáveres. Ese día, Ogenwa ya estaba en condiciones de retomar el mando y Chowanoc entró a la sala del consejo a informar las últimas novedades.

—Volvieron los hombres que enviamos a buscar indicios. Los rastros llegan hasta la mole de donde vinieron los demonios blancos. Los dioses los trajeron para derramar miserias sobre nuestro pueblo y retomar su poder.

—No serán los dioses los que pagarán hoy.

Sin preámbulos, Ogenwa se puso de pie y descendió los peldaños que llevaban al exterior. Salió de la sala del consejo escoltado por Chowanoc y los pocos consejeros que quedaron en pie luego de la tragedia. Se dirigió hacia aquel tabique erguido que había sostenido al roto y agonizante John Trace, ahora ocupado por los despojos de Mercier. Cuando notaron la ausencia de la mujer, lo tomaron prisionero, temiendo una nueva traición del contraalmirante.

—Una vez traidor, traidor hasta la muerte — vociferó el jefe de los Chará-wisúes. Él había enviado a sus hombres para cerrar trato con Mercier y trajo así la calamidad a su gente. El pálido levantó su rostro sangrante y deformado por los azotes—. Me aseguraste que no quedaba nadie en las moles de madera. Te tratamos como a un igual, pero eres una víbora — Todo lo acompañaba con gestos y dibujos en el aire. Mercier tenía la boca tan hinchada y reseca que le costó mucho pronunciar las palabras en su propio idioma. Podía entender la idea general en sus gestos. Cuando logró hablar, su voz era áspera y entrecortada.

—No... había nadie. Trajiste toda... alma con vida aquí.

Estaba maniatado y no podía hacer señas para que le comprendieran. Ogenwa no se molestó en tratar de entender las palabras de Mercier. Sacó una daga corta pero impecable de su calzón y la deslizó limpiamente por el cuello del traidor que esta vez no había cometido traición.

—Peste inmundada, dile a los dioses que te trajeron hasta mí que Ogenwa continúa en pie.

La sangre de Mercier empapó la tierra a sus pies, tiñéndola de granate. Más muerte, más sangre, y el contraalmirante pago caro, inocente en esa ocasión, de una traición inexistente.

Capítulo 11

Capítulo X – La misión de un culpable

No iba a ser fácil que las cosas volvieran a encausarse. Había demasiadas bocas para alimentar y pocas presas y cosechas. A eso se le sumaba el hecho que dejar a los aldeanos Chará-wisúes viviendo entre Rumeraultes era un gran peligro. Por un lado, las eternas rivalidades eran difíciles de reprimir y cualquier chispa podía encender la llama de la discordia. Ya había muerto un Rumeraute y dos Chará-wisúes habían quedado al borde de la muerte por riñas sin sentido. Debido a esto, Ahdik había mandado a reestructurar las techadas, dividiendo a los aldeanos de un pueblo de los del otro. Pero los disturbios continuaban y el alimento escaseaba cada vez más. Además, los guerreros estaban afanados en mantener a raya los problemas.

Finalmente, Ajachay había aceptado que no había pensado bien en el amplio espectro de complicaciones que acarrearía a su pueblo con su deseo. Había generado conflictos entre familias, pueblos, había profundizado el hambre y la sed de su gente. Por eso, se propuso ser parte de la solución. Junto a los esclavos de su pueblo había otros que pertenecían a otras aldeas, al norte de las tierras Rumeraultes. Él los devolvería a condición que tomaran bajo su protección a unas cuantas familias Chará-wisúes.

Con esto, también pensaba evitar que Ogenwa descubriera rápidamente quienes habían diezmado su pueblo y su ejército, aniquilando a los nobles y robando la mujer que aquel orgulloso guerrero Chará-wisú había tomado por la fuerza. Porque Ajachay pecaba de inocente a veces, pero no era necio. Se imaginaba que era cuestión de tiempo para que aquel pueblo se aventurara hacia la costa y descubriera que el ataque no había partido de los barcos de los pálidos.

No fue fácil convencer a los otros pueblos que tomaran a su cuidado a los aldeanos del pueblo al que todos temían. Fueron semanas las que transcurrieron en los viajes de Ajachay con contingentes a los pueblos que aún sobrevivían tras los ataques de los Chará-wisúes. Wamaníes, Lozaquíes, Taguarales y Gawarúes, todos pueblos salvajes poco organizados, detestaban a los sureños, a duras penas dejaban en paz a sus vecinos. Se negaron de plano. Si él les hubiera pedido que albergaran Rumeraultes se habrían negado de plano. Pero cuando les planteó que dieran lugar a aldeanos Chará-wisúes, se rieron en su cara y lo hicieron decidir entre irse sin replicar o morir. No recibió ni un agradecimiento por

liberar a su gente

Los Zapai del Norte, Huantabés y Woquechas se sentían en deuda por el acto altruista de Ajachay, sin embargo, no fue fácil. Mucho debió parlamentar con cada uno de esos pueblos hasta que aceptaron a regañadientes que los aldeanos no eran culpables de los horrores que fraguaba su rey.

Elora, mientras tanto, había quedado al cuidado de Romnesa. Pero nada había cambiado en ella en ese tiempo, permanecía en silencio, con la mirada perdida. Ajachay había visto antes de su partida cómo su abuela soportaba a la pálida en sus raptos de ira, cuando gritaba, sollozaba y se negaba a todo sin comprender nada. A duras penas se alimentaba y si no había languidecido era solamente por los cuidados de la anciana

Antes de emprender su viaje, Ajachay se sentó junto a ella, acariciándole las manos delicadamente y comenzó a hablarle con mucha ternura mientras Romnesa cantaba sus canciones, que generalmente calmaban a cualquier alma en pena. Canciones de la tierra y el sol, del venado y el águila y todo cuanto habían creado los dioses. Pero nada era bien recibido por la pálida y Ajachay partió temiendo por su supervivencia y por la de la semilla que llevaba en su interior.

Con el paso de las semanas desde los viajes de Ajachay, Elora comenzó a tomar con más calma las cosas. Primero dejó de gritar ante la presencia de Romnesa, dejándola cuidarla; quizás porque había comprendido que la dorada había sido madre, que conocía en parte su sentir. Era quien la aseaba y cuidaba como si se tratara de una hija de su seno. Había entendido que no intentaba hacerle daño y, aunque no comprendiera su idioma, sus palabras y sus canciones le transmitían paz.

Luego fueron Napayshi y Equiro quienes le despertaron un poco más de confianza. Los niños se habían comprometido a ayudar a Romnesa, por eso era muy común verlos entrando a la techada que ahora compartía con Elora, a visitarla para saber cómo se encontraba, llevarle frutas dulces que ellos mismos juntaban, trepándose de los árboles más altos para conseguir los mejores ejemplares. Elora apreciaba particularmente esos frutos y el pan tibio de Romnesa a la hora de alimentarse.

Cuando Ajachay concluyó con su deber autoimpuesto de repartir gente a través de las tierras del norte, el vientre de Elora estaba tan tenso como el arco de Lahnen. Fue reconfortante ver que las cosas comenzaban a ordenarse. Incluso supo que Wenai, Napayshi y Equiro habían confesado haber seguido a los jóvenes por decisión propia hasta Malpayne. Hasta el momento, Ajachay y Lahnen habían dejado que todos los señalaran por poner en peligro a los tres pequeños, preferían eso a culparlos. Después de todo, habían sido de gran ayuda para salvar a las personas en peligro en el incendio que ellos causaron. Pero al parecer, la culpa llevó a Equiro y

Napayshi a la techada de Ahdik, para confesar que los habían seguido sin su consentimiento. Aunque Ajachay nunca jamás recibió un pedido de disculpas por ser juzgado a la ligera, le reconfortó saber que los pequeños habían aprendido a ser justos y honestos, y eso era lo que de verdad le importaba.

También le reconfortó ver a Lahnen afanado en sus quehaceres nuevamente. Verlo de regreso a su faena de caza y refunfuñando lo alegraba enormemente. Había sido él quien lo había arrastrado al peligro y con todo el desequilibrio que había causado con su plan temerario, lo había obligado a trabajar en menesteres que no se le daban muy bien, como ayudar a curar a los heridos, conseguir agua y enseñar a cazar a aquellos Rumerautes que habían nacido en cautiverio y solo sabían realizar trabajos de esclavos.

Pero allí estaba su amigo, su hermano, transpirado y con el ceño fruncido, cuereando una liebre y hablando para sí en voz alta que si no fuera por él todos morirían de hambre. Ajachay no pudo evitar reírse, era típico del cazador y sabía que no lo decía con rencor, sino porque era una forma de sentirse útil. Se detuvo a saludarlo.

—Hermano, deja de hablarle a los animales muertos.

—Bienvenidos tus pasos, hermano —respondió Lahnen—. Menudo desastre hemos dejado.

—Hacía años que no cometíamos ninguna travesura. Deberán perdonarnos.

—Ya no somos niños...

—Por eso ahora enfrentamos y resolvemos los problemas que generamos.

Lahnen volvió a reír, la última carcajada que Ajachay había oído de él había sido hacía una luna atrás. Y le reconfortaba confirmar que nada había cambiado entre ellos a pesar de todo. Esa risa esperaba respuesta.

—No te rías. La última vez que supe de ti, estabas con las ancianas limpiando la mierda de los heridos. No pensé que soportaras ese deshonor para tu estirpe de cazador. Y tanto te mofabas de mí por hacer lo mismo.

—La última vez que supe de tu sombra, andabas cuidando cachorros de Chará-wisúes. Pero yo ya volví a mis deberes de gran cazador. ¿Qué hay de ti?

—No quedan más cachorros por cuidar. Que me espera de acá en más, es difícil decirlo —suspiró resignado y tomó el hombro de Lahnen en un

sincero gesto de amistad—. Siento todo lo que te he causado, hermano.

—Yo elegí seguirte y lo haría mil veces más. Soy tan culpable como tú.

—Siempre estaré en deuda contigo. Pero ahora debo continuar solo

—Lahnen lo miró entre sorprendido y alarmado.

— ¿Qué piensas hacer?

—Algo que temo demasiado, pero no me quedan alternativas. Debo llegar hasta Malpayne y conocer nuestro destino. Sabes que aun corremos peligro. Todos nosotros...

Lahnen asintió con tristeza, había esperado escuchar esto. Conocía el alma de Ajachay como la palma de su mano y sabía que era cuestión de tiempo hasta que decidiera afrontar una responsabilidad que era de él y nadie más.

—Iré contigo.

—No, ya hiciste demasiado. Ahora debo tomar mi camino solo. Quería salvar a la mujer y así lo hice. Ahora debo enmendar todos los problemas que eso ocasionó. Yo me quedé con la chica, yo lo haré.

—Es bella, mi hermano. ¡Ya lo creo! —aseguró el cazador—. Ahora comprendo tu urgencia. Aunque ella seguramente nos odie a ambos.

—Para ella, somos todos iguales. Salvajes. Hay que darle tiempo a que comprenda que nosotros no queremos lastimarla.

—Espero que así sea... —Por el contrario de lo que sus palabras decían, dudaba mucho que así fuera. Un gesto de incertidumbre lo evidenció—. Has arriesgado mucho por ella.

—Lo sé. Pero es mi destino. Lo supe desde que la vi y siento que va más allá de mi necesidad interna. Es algo que nos cambiará a todos, hasta el consejo lo presiente y tú mismo lo has escuchado. Esa fue la segunda vez que lo afirmaron. Así ha de ser.

—Espero que sea para bien, hermano.

—Yo también... —Soltó el hombro de Lahnen y le habló mientras se alejaba—. Iré a verla, luego vengo a despedirme de ti, cazador.

No lo haría. Sabía que, si volvía, Lahnen iría de todos modos con él, aunque se lo negara. Además, temía perder la compostura. Sentía que corría gran peligro y una despedida de su amigo sería dolorosa si no sabía con certeza si lo volvería a ver. Ahora que todo había cambiado temía por

la vida de su gente y, por extensión, por la propia. Temía perder todo lo bueno que tenía en su vida. Temía y no podía negarlo. Un escalofrío recorrió su endeble cuerpo mientras sus pasos lo llevaban a la techada de Romnesa. La gente de su pueblo seguía mirándolo sobre sus hombros, ahora temiendo cualquier locura que pudiera cometer. Al menos, ya no lo veían como un cobarde fisgón. No había sido fácil para Ahdik reestablecer el orden y convencer a los aldeanos que su hijo no los metería en más problemas en el futuro, eso fue imposible.

Con las miradas clavadas en su nuca, entro a la techada. Su vista tardó en acomodarse del brillo deslumbrante del sol a las penumbras de la vivienda. Cuando lo logró, vio algo que llenó su alma de regocijo: la pálida se estaba alimentando por su cuenta.

—Mi pequeño, has vuelto. —Romnesa detuvo su canto en cuanto lo vio entrar—. Debes oír algo muy importante.

La mujer se acercó lentamente a la joven y le tomó las manos para que dejara de alimentarse y le prestara atención. A Ajachay casi le dio pena que la interrumpiera, ahora que había logrado una pequeña autonomía. La pálida no lo había mirado siquiera, pero ahora tenía sus ojos puestos en Romnesa. La anciana señaló con su dedo su propio pecho.

—Yo soy Romnesa. —Señaló el pecho de la mujer—. Tú...

—Elora. —Romnesa miró a su nieto.

—Ese es su nombre, hijo.

Ajachay no pudo ni podría jamás describir lo que sintió al oír su voz calma pronunciando su nombre. La había oído gritar y sollozar, pero esto era una novedad. Sin embargo, una necesidad interna lo llevó a acercarse a ella con cautela. Le acarició el pelo y ella lo miró por primera vez por decisión propia y sin terror en sus ojos. Fue como si mirara a través de él, como si fuera el aire mismo, su mirada se veía triste y vacía a la vez. Pero para Ajachay fue suficiente. Señaló su propio pecho.

—Ajachay —La miró unos segundos para que comprendiera que ese era su nombre y luego continuó—. Prometo cuidarte... —Ya había repetido esas palabras infinidad de veces, pero esta ocasión fue diferente— ...apenas pueda. —Sabía que probablemente no había comprendido lo último, pero lo tomaba como un compromiso propio, más que para con ella. Volvió a acariciar su pelo y se dirigió hacia Romnesa.

—Sigue cuidándola así. Gracias.

Se retiró sin decir nada más, tampoco podía despedirse de ellas, y fue con paso decidido a hablar con Ahdik. El avance en la pálida mujer... en Elora,

ahora podía llamarla por su nombre; le había dado el valor que le faltaba para enfrentarlo.

Encontró al jefe tribal hablando con sus guerreros. Desde que todo había cambiado en la aldea por la llegada de los antiguos cautivos y sabiendo que los Chará-wisúes habían sido burlados y diezmados, comenzó a prepararlos para cualquier ataque que pudiera surgir, a pesar que Ajachay juró que los soldados de Ogenwa estaban casi todos muertos.

—Padre, me voy.

— ¿Ahora como planeas arruinar o complicar nuestras vidas? —respondió Ahdik, de espaldas a su hijo. Ni se molestó en mirarlo. Aunque se había sentido orgulloso por su hijo durante un momento, el caos que produjo con su impertinencia, lo volvió a sumir en la decepción—. Supongo que a salvar a más desconocidos.

—Voy a averiguar a que podríamos enfrentarnos en el futuro.

— ¿Serviría de algo ordenarte que te quedas?

—De nada.

—Si, como era de suponerse. Vete de una vez.

—Sigue preparando a tus guerreros. Ya veremos cómo hemos de continuar.

Sin decir más, dejó a su padre para que continuara con sus responsabilidades. Ahdik no volteó ni dijo una sola palabra. Ajachay se alejó hacia el sur, con el sol aun brillando fuertemente sobre sus espaldas.

Capítulo 12

Capítulo XI – La luna que amanece

Estaba agotado. Se tendió a la sombra de aquel cañaveral que había atravesado tantas veces. Había descuidado su descanso y su alimentación desde el día que partió a rescatar a Elora y el sobreesfuerzo había llevado a sus energías al límite. Ahora no sentía sus piernas y su estómago rugía fuertemente. Había debilitado su cuerpo y su mente, pero aún guardaba algo de cordura para comprender que necesitaba alimentarse y descansar.

Descansar era fácil, yacer sobre el suelo era algo que se le daba bien puesto que pasaba largas noches deambulando por aquellas tierras. El verdadero desafío era alimentarse. Ajachay no tenía talento para la caza y solo contaba con un cuchillo corto y delgado y, lo más grave, con muy pocas energías para cazar. No había ningún fruto comestible a la vista, todo eran cañas y barro del último aguacero que solo había servido para anegar los campos y pudrir los sembradíos.

Si se abandonaba a la desidia en aquel lugar no sobreviviría mucho en el extremo estado de cansancio e inanición en el que se encontraba. Por eso decidió ponerse en pie con mucho esfuerzo para salir del cañaveral. Ya no le quedaba agua para beber, por lo que más le valía apurarse a regresar a su aldea antes que su cuerpo le dijera "basta".

Caminó tratando de valerse de la mísera sombra de las cañas para protegerse del potente sol del mediodía. Miraba demencialmente en todas las direcciones, buscando algún fruto o espejo de agua limpia. Estaba tan agotado y aturdido que no reconocía qué camino estaba siguiendo. Desconocía aquellos lodazales porque no estaban ahí cuando la lucidez aun lo acompañaba en su camino de ida.

Sentía los músculos tensos a tal extremo que cada paso que daba le costaba más que el anterior. Sus piernas se negaban a responder, sus articulaciones se endurecían conforme avanzaba, su cabeza palpitaba y su cerebro ejercía presión dentro de su cráneo. Su vista comenzó a nublarse y no veía más allá de un tiro de arco.

Creyó ver una sombra pasando a su lado y se protegió entre las cañas que quedaban rezagadas. Hubiera querido tener mayor dominio de su humanidad, ocultarse en silencio y quedarse atento a cualquier indicio de peligro. Pero nada en él respondía ya y se derrumbó, chapoteando barro con un gran estruendo. Si alguien lo acechaba, ya estaba perdido. Pero nada sucedió, salvo que quedó hundido boca abajo en el charco en el que

había caído, haciendo un gran esfuerzo por mantener su cabeza erguida para poder respirar. Tomó el último envión con las ínfimas fuerzas que le quedaban para girarse y alejarse del charco, quedando boca arriba. Había cruzado el límite. Su consciencia comenzó a perderse en la oscuridad entre divagues y recuerdos de los últimos días.

Vio pasar imagen tras imagen con los ojos abiertos que ya no veían más que pasajes de su mente, recuerdos que quedaron grabados en sus retinas, flashes de la gente que no quería abandonar con su muerte. Fue recorriendo en un sueño semiconsciente los sucesos que habían transcurrido desde la última luna, viéndose como si fuera otra persona, desde una perspectiva diferente.

Internamente, sentía que le había fallado a Lahnen, a Elora y, aunque no quisiera reconocerlo, a su padre. No podía evitarlo, por más que lo negara siempre había luchado para ganarse el amor y el respeto de su padre, ¿cómo hacer para no sentir que lo decepcionaba una vez más, en el preámbulo de su muerte?

Se sentía frustrado, enojado. Todo había resultado relativamente bien. Elora estaba segura, Lahnen sano y salvo, los esclavos liberados. En su última visita a Malpayne confirmó que todo había marchado como esperaba. Podía ver pasar ante sus ojos las imágenes de un pueblo devastado por el fuego, diezmado en sus fuerzas guerreras. Ogenwa culpando a los pálidos y a los dioses de sus miserias. La realeza trabajando codo a codo con los pocos aldeanos que se mantuvieron fieles a su señor, para levantar la aldea desde sus ruinas. De fondo, la imagen de la mole escalonada que permanecía inalterada a pesar del desastre, perenne donde todo lo demás había caído.

Vio desolación, rendición, resignación. Pero también percibió soberbia, orgullo y fortaleza frente a la adversidad. Vio a través de esas imágenes algunos años de tranquilidad para la gente de su pueblo y las demás aldeas. Vio a Elora sana y salva, con su semilla en brazos. Quizás era su mente aferrándose a la idea de algo que ya no vería porque no era capaz de sobrevivir.

Y finalmente, todo se apagó.

Una claridad repentina pero leve rasgó las tinieblas frente a sus ojos cerrados. Una punzada atravesó su cabeza, desde sus ojos hasta la nuca. Nauseas, cansancio y fragilidad. Todo lo que un cuerpo muerto no debería

sentir. No, definitivamente no estaba muerto, la muerte no debía sentirse tan mal. Debilidad, dolor, estremecimiento.

Pero también percibía un ambiente cálido y un aroma familiar. Menta y miel. Conocía esos aromas, la marca inconfundible de Tahanea, madre de Lahnen. En un esfuerzo que iba más allá de su capacidad, dado su terrible padecimiento, logró entreabrir sus ojos. Penumbra, el reflejo rojizo de unos leños ardiendo. En sombras pudo ver lo que deseaba encontrar entre tanto sufrimiento: su eterno hermano, su único amigo, su pierna derecha y su escudo. Estaba sentado a su lado. Bebía afanosamente en una pequeña calabaza y lo miraba, esperando alguna reacción.

—Me salvaste —Otra punzada le atravesó todo el cuerpo. Las náuseas regresaron.

—Sabes que me encanta cuando estás en deuda conmigo, pero para serte sincero, fueron esos chiquillos metidos, como siempre. Parece que no hay modo de apartarlos de los grandes hechos. Esta vez lo agradezco.

—Mi muerte, eso sí sería un gran hecho...

—No, hoy el gran acontecimiento es tu vida. Brindo por eso —respondió Lahnen alzando un cacharro que Ajachay no dudó, contendría yawara, que era una bebida de maíz y caña, endulzada con miel. Era el brebaje para embriagarse por excelencia en aquellos parajes—. Una pena que no puedas brindar conmigo, pero tu cuerpo necesita agua —Le acercó un cacharro con el líquido cristalino a sus labios—. Bebe agua — Ajachay obedeció.

—No es que lo lamente, pero ¿por qué estoy aquí?

—Porque nadie te cuidará mejor que yo. Excepto Romnesa que está comprometida con otra labor y mi madre, que vive aquí, así que ya tienes dos buenas razones. Por cierto, la pálida parece estar por dar a luz.

—Elora...

—Nombre extraño —exclamó pensativo Lahnen—, pero bonito.

Ajachay tomó impulso para erguirse y todo el mundo se volvió al revés. Vomitó el agua que recién había bebido. Lahnen lo empujó con suavidad para volver a acostarlo. Otra punzada lo invadió y su rostro se contrajo de dolor.

—Ella puede sola. Y si necesita ayuda, Romnesa está a su lado.

—Debo estar allí.

—Sobre mi cadáver. No puedes siquiera tenerte en pie.

—Entonces cárgame.

—En tus sueños...

— ¡Por favor!

— ¿Sabes? Me estoy cansando de ser tu esclavo y ahora me pides que sea tu animal de carga —Sonrió y bebió otro trago—. Está bien. Maldita hermandad... Pero lo haremos como yo diga, lentamente.

Pasaron unas horas desde que Lahnen aceptó llevarlo hacia la techada de Romnesa hasta que finalmente se pusieron en marcha. El cazador hizo que Ajachay se fuera incorporando de a poco, bebiendo agua. Cuando logró sentarse, Ajachay aceptó alimentarse con trocitos de pan tibio que Tahanea trajo para él, antes de irse aceptando a regañadientes que no había modo de persuadir a Ajachay de quedarse reponiendo fuerzas. Pero también se quedó un poco más tranquila al ver que estaba lo suficientemente consciente como para mantenerse testarudo. Cada trocito de pan venía acompañado de más tragos de agua. Estaba impaciente, pero, a su vez, muy consciente de su propia debilidad.

Además de Tahanea, también entraron a la techada Equiro y Napayshi. Lahnen aceptó el agua que traían y los echó con poca amabilidad. Ajachay se sorprendió de no ver a Wenai junto a ellos, pero a la vista estaba que tampoco habría sido bien recibido. Cuando ya no hubo modo de retenerlo por más tiempo, Lahnen accedió a llevar a Ajachay a la techada de Romnesa.

—Ni creas que te voy a cargar como a un crío.

—No, gracias. Con que me sostengas es suficiente.

El cazador ayudó al convaleciente a ponerse de pie con mucha dificultad. Sus piernas aún estaban débiles, pero la fuerza de su espíritu era la suficiente para mantener la dignidad. Pasó el brazo sobre el hombro de su amigo y él, a su vez, lo tomó por debajo de su brazo para salir de la techada. Llegar hasta la morada de Romnesa, faena que no debería tomar más que unos cuantos minutos, les tomó mucho más tiempo por las dificultades de Ajachay para caminar con paso firme.

Cuando finalmente entraron a la techada, Romnesa levantó su mirada de donde yacía Elora para dedicarle a Lahnen una mirada de reproche. No solo traía a su nieto en máximo estado de debilidad, haciéndolo pasar por un esfuerzo innecesario cuando podría estar descansando, sino que lo

traía en el momento más inoportuno. Elora estaba en pleno trabajo de parto, gimiendo como un venado herido, sin entender lo que Romnesa le decía y sin poder hacerse entender. Lahnen interpretó al instante la mirada de la anciana matrona y no pudo evitar excusarse.

—Ya sabes cómo es...

—No te esforzaste lo suficiente.

—Mujer, después de todo, no esperarás que me quede al margen —intervino Ajachay—. No molestaré, solo quiero acompañarla.

Elora parecía no haber advertido su presencia o no le importó demasiado, concentrada como estaba en el alumbramiento. Se encontraba bañada en sudor y la calidez de la techada no la ayudaba. Pero así debía ser para cuando la semilla saliera al mundo y no sintiera el cambio de temperatura.

—Bueno, ya que estas aquí, acércate y toma su mano, Ajachay —le pidió Romnesa y luego dirigió su mirada a Lahnen con impaciencia—. Tú, ayuda a tu amigo a sentarse a su lado.

Lahnen se sentía incómodo, quizás como nunca antes. No era impresionable, era cazador y había visto demasiadas muertes a mano de los Chará-wisúes desde pequeño, pero ver a Elora semidesnuda en su palidez y su cuerpo extremadamente delgado a pesar de su vientre inflamado, sabiendo que Ajachay estaba presente. Se sentía como una traición, pero Ajachay no lo sentía así. Él estaba demasiado afanado en el nacimiento de aquella criatura y, además, no dudaría ni un segundo de su amigo.

—Malditos pequeñajos —Romnesa estaba alterada como nunca—. Siempre en el medio, excepto cuando se los necesita.

— ¿De quién hablas, abuela?

—De los dos sátrapas metiches de siempre. Los mandé por agua y aún no regresan.

Ajachay se acomodó con su debilidad junto a Elora y tomó una de sus manos. Ella lo miró por fracciones de segundos en los que los dos jóvenes Rumerautes pensaron que comenzaría a gritar, pero luego siguió con su esfuerzo por parir.

—Voy a buscar yo el agua —dijo Lahnen, tratando de huir de aquella situación de incomodidad extrema.

— ¡Una mierda! Te quedas y me ayudas a sostenerle las piernas. En esta aldea nadie piensa ayudar, entonces lo haremos nosotros tres —Miró a Ajachay tratando de dar una explicación que él pudiera comprender—. Está agotada, apenas se recupera de los malos momentos y sus caderas son muy estrechas. No es grave, pero está perdiendo fuerzas.

Lahnen miró a Ajachay, quien asintió naturalmente, justo en el momento en que Elora retomó los pujos con determinación, apretando los dedos de Ajachay con fuerza, una fuerza que él sabía que solo una mujer parturienta podía ejercer. No era la primera vez que usaban su mano para impulso de las fuerzas. Pero notó que Elora parecía ser bastante fuerte a pesar de la debilidad que aparentaba, sintiendo que las yemas de sus dedos iban a reventarse.

El cuero de la entrada se abrió y apareció la cabeza de Napayshi asomándose. Tras él, Lahnen vio a Equiro. Prefería poner su atención en cualquier cosa antes que en la desnudez de Elora.

—Entren y bajen ese cuero, que se pierde el calor de la hoguera. Y ya traigan ese pellejo que les pedí hace mucho tiempo, demasiado. Apuren, antes que les vuele las dignas trenzas de un golpe.

Napayshi y Equiro se miraron y rieron en complicidad sin que Romnesa los viera, luego se pusieron serios y entraron, intentando entregar el pellejo. Permanecieron muy quietos, era el primer amanecer a la vida que veían y estaban impresionados por el cuadro, viendo la fuerza de voluntad de aquella mujer y la expresión de incomodidad de Lahnen mientras sostenía sus piernas. El tiempo pasó entre jadeos, gemidos y la suave voz de Ajachay intentando calmar a la pálida. De pronto, los sobresaltó el grito de Elora y se asustaron, pero se quedaron dónde estaban. Al grito siguieron varios más. Los cuatro Rumerantes varones quedaron impertérritos hasta que a la retahíla de gritos le siguió un llanto agudo.

Romnesa alzó frente a los desorbitados ojos de Lahnen, que seguía sosteniendo las piernas de la parturienta, un pequeño soplo de vida lleno de sangre, que lloraba y se retorció en sus manos. Ajachay sintió sus fuerzas desvanecerse, había presenciado muchos nacimientos, pero ninguno tan importante para él. Se esforzó por mantenerse gallardo.

—Es una niña —dijo Romnesa, mientras depositaba la pequeña en brazos de su madre—. Una niña que grita como su madre. Es fuerte, ambas lo son a pesar de todo...

Romnesa se afanó en concluir con el trabajo de parto. Pidió el agua a los niños, que se habían quedado petrificados, con el pellejo a mitad de camino y también explicó a Lahnen, que estaba igual de impresionado que los pequeños, que ya era tiempo de soltar las piernas de Elora. Mientras ella quitaba el cordón y los restos de placenta, la pálida mujer se aferraba

a su retoño. Fue la primera vez que Ajachay la vio, una pequeña con el cabello muy claro, aunque no tanto como su madre. En ese momento supo que el peligro que corrió y su debilidad valían la pena con creces. Los niños se acercaron a mirarla, estaban embelesados ante la criatura de piel muy roja y cabello claro. La parturienta volvió a mirar a Ajachay, señalándose a sí misma con la mano.

—Elora —Luego apoyó la palma de su mano sobre el pecho del dorado—. Ajachay. —Finalmente señaló el pequeño cuerpo de su hija, para luego acariciar su carita, tensa por el llanto.

—Creo que quiere que le des un nombre, Ajachay —explicó Romnesa, quien llevaba bastante tiempo con la pálida como para comprenderla.

Por su parte, Ajachay también había comprendido y asintió con el alma en un puño, ese voto de confianza al pedirle que le dé un nombre no lo había esperado, mientras el contacto de la mano de Elora sobre su pecho lo llenó de sensaciones placenteras y fuego. Todos lo miraron expectantes, mientras Ajachay sopesaba la importante decisión que tenía ante él. Afuera la noche ya era profunda, la vida continuaba su cauce en la aldea. Pero allí dentro, una nueva vida se abría paso. Tocó suavemente la barriguita de la niña y miró a los ojos de Elora, decidido.

—Magená.

Capítulo 13

Capítulo XII – Elora

No se puede tapar el sol con un dedo, menos aun cuando se trata de una mujer que ha sido criada para acompañar. Elora no era más que una mujer simple, nunca había tenido que resolver ninguna situación de importancia vital. No sabía cómo hacerlo. Hasta que no tuvo alternativas. Ella creyó que había llegado al momento más próspero de su vida, pero en realidad se trató de una inflexión que lo cambió todo para siempre.

Veintitrés años atrás, había nacido en el seno de una familia que, si bien no ostentaba grandes riquezas, al menos tenía un buen pasar. Su padre, Ferdinand Windfield, era dueño de dos embarcaciones y comerciaba con especias traídas de países exóticos. Con el tiempo había logrado llegar a regentar una tripulación para cada galera y había vuelto a pisar tierra con la promesa de no volver a embarcarse.

Fueron años prósperos en los que Elora iba creciendo y recibiendo educación en cuestiones básicas como eran la literatura, idiomas y reglas de etiqueta. Si bien la posición de la familia no era excesivamente acomodada, la madre de Elora estaba segura que, con el tiempo las cosas irían prosperando hasta convertirse en una más adinerada.

Los años transcurrían y Elora se convertía día a día en una joven educada, que se expresaba con delicadeza, que podía acompañar a su padre con finísimos pasos de baile en las fiestas mercantes, así como dialogar con gentes de todas partes. Llegó un día, cuando ella contaba ya sus doce años, en que su padre le pidió que estuviera a su lado en la reunión que iba a concertar con un importante empresario textil para expandir su comercio hacia otros rubros y rumbos. La necesitaba principalmente porque ese hombre hablaba otro idioma y él era un hombre de mar y números, su lenguaje comprendía nudos, onzas y coronas de oro, plata y bronce.

Así fue que Elora profundizó su relación con su padre y comenzó a acompañarlo en sus viajes de negocios. No era muy afecta a la navegación, pero lo más gratificante era conocer el mundo al lado de su progenitor. Él la trataba como a una reina, la amaba profundamente y el giro en la relación hizo que Elora comenzara a mirar con más cariño los viajes en barco. Con el tiempo, el mar era parte de ella. Por otro lado, su madre era de esas personas que es mejor evitar. Los lujos y las comodidades eran sus únicas preocupaciones y su esposo hacía lo necesario por complacerla porque la amaba de verdad, pero su avaricia se había profundizado de tal manera que trataba de evitarla porque era

realmente insostenible vivir con ella.

Fue cuestión de tiempo para que Elora y Ferdinand comprendieran que la avaricia se había vuelto desmedida en ella, alimentada por la locura que poco a poco se iba apoderando de su mente. Él sabía que aquella no era la mujer que había conocido unos veinte años atrás, de la cual se había enamorado instantáneamente. En un punto, ya era imposible vivir a su lado sin enloquecer y tuvieron que tomar la drástica decisión de internarla en un hospicio.

Fue allí cuando las cosas comenzaron a salir mal. El rey que había dado prosperidad a aquellas tierras, murió misteriosamente y fue sucedido por el marido de su hermana y todo se volvió un infierno. Las galeras mercantes debían trabajar bajo su influencia o caían en desgracia, asediadas con impuestos exacerbados y, en última instancia, inspecciones que concluían con la expropiación de las embarcaciones. No era malo trabajar para la corona, sino el hecho que, entre las mercancías de tipo material, también debían transportar esclavos. Ferdinand Windfield jamás pondría sus barcos al servicio de tan vil comercio.

Los impuestos se hicieron tan altos que por más que su negocio funcionara, era imposible pagarlos. Unas inspecciones sucesivas se llevaron a dos de sus embarcaciones y su tripulación fue lanzada a las calles. Elora y su padre no tuvieron más remedio que huir lo más lejos posible de la influencia del rey, utilizando la única embarcación que les quedaba solo para subsistir.

Luego de haber llevado una vida holgada, debieron conformarse con una vivienda maltrecha a orillas del mar, trabajando para subsistir, ocultándose de los heraldos de la corona. Elora no volvería a ver a su madre nunca más, sin tener la certeza si la locura la había arrastrado al final de su vida o si vivió muchos años asediada por ella. Su padre lloraba cada noche la decisión de dejarla en el hospicio, pero la seguridad y el bienestar de su hija eran ahora sus prioridades. Elora había pasado de traducir convenios entre su padre y comerciantes de tierras lejanas a vender el pescado que su padre se procuraba desde la costa con una pequeña red. El último barco fue vendido a un señor inescrupuloso que no le temblaba el pulso para comerciar con esclavos para la corona. Pero ellos necesitaban el dinero para vivir y Ferdinand no dudó en poner un precio a sus principios.

Pasaron siete años hasta que un día un barco encalló en las arenas de la playa en la que Elora y su padre trabajaban y vivían. Se alarmaron pensando que la corona había ido tras sus pasos y temieron lo peor. La embarcación llevaba los colores de la corona, sí; pero no estaban allí por ellos. Habían sufrido una avería y debían repararlo. Nadie los reconoció y

el padre de Elora aceptó ayudarlos con la esperanza que se fueran rápido.

En la tripulación de aquel barco, había puros hombres y Elora ya no recorría tanto la playa por miedo a aquellos desconocidos. Pero un día llegó a la modesta vivienda Ferdinand con tres de esos tripulantes, uno de ellos inconsciente. Había sido picado por algún insecto y se veía en mal estado. Así fue como Elora conoció a John, inconsciente y en medio de delirios febriles. Ella se encargó de curarlo y cuidarlo. Supo entonces que aquellos hombres no eran peligrosos, siempre y cuando no supieran que ellos venían huyendo de la misma corona que enviaba a aquellos marinos al mar.

Poco a poco, John se fue recuperando hasta sanar completamente. Ayudó a Elora a vender lo que su padre pescaba a duras penas en los lapsos en que no ayudaba en la reparación de la galera de guerra. Pero llegó el día en que concluyeron con las reparaciones de la embarcación y la tripulación partió con él, dejando a Elora un vacío y una tristeza enormes.

Sin embargo, no había transcurrido un año cuando una pequeña nave trajo a John a los brazos de Elora, con una promesa de amor y una propuesta de matrimonio. Fue difícil tomar la decisión de dejar a su padre en aquella tierra lejana para vivir en la Capital, tanto como lo fue para Ferdinand aceptar ver a su hija alejándose de él. Pero finalmente sopesó sus sentimientos y decidió que el bienestar de Elora era primordial y sabía que John estaba camino a su más grande sueño y él jamás volvería bajo la influencia de la corona.

Así fue que contrajeron matrimonio y se establecieron en la Capital, donde John sabía que debía mantener oculta la identidad real de Elora. Eventualmente, ella visitaba a su padre en la desolada playa donde vivía. El tiempo transcurrió y fecundaron una semilla que era la culminación de la promesa de familia que habían comenzado tiempo antes.

Cuando John fue nombrado comodoro y se puso una pequeña flota bajo sus órdenes que tenía como misión explorar nuevas tierras, Elora no tuvo más opciones que despedirse de su padre, sin certezas de cuándo volvería a verlo. Pero le habían ofrecido la oportunidad de acompañar a su esposo en su primera misión y, probablemente, la más prometedor y ella no habría de abandonarlo.

Se hicieron a la mar y todo fue alegría hasta que conocieron la amargura con sangre, pérdidas y dolor. No todas las almas de aquel nuevo mundo estaban dispuestas a recibirlos con gentileza, lo primero que probaron fue el hierro y el odio de aquellos dorados sedientos de sangre. Vio morir demasiada gente en pocas horas y todo lo que había soñado, todo por lo que había luchado se le escapaba entre las manos como arena seca. Elora había perdido a su esposo y sabía que no habría esperanzas de volver a ver a su padre. Estaba sola con su hijo en el vientre y no tenía idea de

cómo habría de afrontar los días por venir, el parto y su crianza. De hecho, desconocía cuanto tiempo podría sobrevivir en ese mundo extraño. Con todo esto, debió tomar la decisión más importante de su vida: abandonarse a la desidia y dejarse morir junto con el fruto del amor que llevaba en su interior o subsistir por él y tratar de procurarle el mejor futuro posible.

Gritó, lloró y sufrió sus pérdidas. Estuvo a punto de rendirse más de una vez. Pero al pasar los días desde que el dorado la había rescatado de una inminente violación, comprendió que debía atenuar su dolor y seguir adelante por su hijo. El doctor de la expedición había sido de los primeros en morir tratando de defenderla de los oscuros atacantes, pero comprendió que la mujer que estaba ahora a su cuidado —Romnesa, así le había dicho que se llamaba—, parecía una buena persona que se afanaba en cuidarla y mantenerla fuerte. Era lo mejor que le había sucedido en esas tierras y, aunque recibía miradas agrias de muchos en esa aldea, se sentía segura por primera vez desde que vio a la muerte recibéndola en ese nuevo mundo.

Con el tiempo y la inminencia del nacimiento de su pequeño retoño, debió aceptar que Ajachay la había salvado de un futuro más doloroso de lo que veía en su presente. Había arriesgado su vida por salvarlos sin siquiera conocerlos.

Cuando llegó el momento de dar a luz, Romnesa se mostró hábil y atenta, poniéndose a trabajar sin demora en el advenimiento de un pequeño que no pertenecía de ningún modo a ese pueblo, pero que sería recibido como uno más por el grupo de dorados que la rodeaban.

Estaba muy cerca del alumbramiento cuando vio llegar a Ajachay, aquel dorado que había soportado peligros, cansancio y desagravios por salvarla. Se veía desmejorado, ojeroso y débil, pero allí estaba, tomando su mano. No entendía sus palabras, su conocimiento en idiomas no le servía de nada en esa tierra extraña. Pero había actitudes que valían más que cualquier palabra. Él estaba allí cuando nadie más se había acercado para tenderle una mano gentil, la había salvado y le había dado cuanto tenía, que, aunque era poco lo que el dorado poseía, era mucho teniendo en cuenta que ella era una completa desconocida. Él le estaba dando su mano para que no se sintiera sola, cuando todos los demás la miraban con recelo. Quizás no pudiera devolverle nada de lo que él había dado sin condiciones, quizás con el tiempo pudiera superar el dolor y volver a ser la mujer que había sido, retribuyéndole todo cuanto le había ofrecido sin condiciones.

Una niña fue el fruto de su amor por John, pero John se había ido para siempre y su pequeña necesitaba alguien que la protegiera sin miramientos. Nadie más apto que un hombre que da su vida sin obligación sanguínea. Vio a la pequeña tan vulnerable entre sus brazos, sabía que

Ajachay estaba allí porque quería protegerlas a ambas. Le ofreció con señas que fuera él quien le diera un nombre, una identidad, una pertenencia. Un brillo de emoción destelló en los negros ojos del dorado y sus pestañas color azabache se perlaron de lágrimas retenidas. «Magená», había respondido con la voz quebrada. Elora no sabía si ese nombre tenía algún tipo de significado para ellos, pero le gustó. La pequeña Magena se retorció en sus brazos, gimiendo de hambre. La mujer pálida supo entonces que en esa rudimentaria vivienda había más gente, pero no le importó, porque comprendió que a partir de ahora serían su familia y sintió que había tomado una gran decisión. Y era la correcta.

Capítulo 14

Capítulo XIII – Un extraño presagio

Un nuevo día había comenzado y parecía como si todo se hubiese quietado. Cuando Ajachay se asomó fuera de la techada de Romnesa al otro día, apuntalado por Lahnen porque aún no se había recuperado de su debilidad, acompañando los pasos de Elora con Magena en brazos, muchos se quedaron mirando el cuadro desconcertados. La mujer había parido ya y una berreante criatura moviéndose en sus brazos daba fe de ello.

Esta procesión era una costumbre Rumeraute milenaria: así presentaba la parturienta a un nuevo miembro de la aldea y todos lo recibían con respeto y hasta había quienes regalaban un cuero bien curtido para cubrirlo en las noches de frío, pequeños arcos de caza, muñecas de paja, panes recién horneados o alguna presa ya asada. Todos los miembros de la aldea se unían a la marcha hasta el círculo, donde los ancianos recibían al pequeño amanecido en representación de los dioses.

Ajachay sabía que en esta oportunidad la procesión sería algo diferente. Elora no era Rumeraute y esa niña no era su hija natural. No sería bien recibido por los demás aldeanos el hecho de mantener una tradición cuando no se cumplían las condiciones y no era justo para ellas imaginar que podían ser recibidas con hostilidad. Nada la unía con esa aldea y no habría de ningún modo manera de que llevara sangre Rumeraute en sus venas. Pero Romnesa había insistido en que de todos modos continuaran con aquella tradición para que la niña comenzara la senda de su vida como cualquier Rumeraute y porque también Elora merecía ser aceptada como una más, aunque no lo fuera. Él, que por mucho que quisiera protegerla de las miradas taimadas, recelosas o llenas de ira de los aldeanos, sabía con seguridad que pensaban que los últimos males sufridos habían sido causados por su culpa. En el fondo, algo de razón tenían, ya que habían pasado hambre por su desesperado intento de rescate, no lo podía negar. Pero su abuela hablaba con la verdad y la claridad suficientes como para ser ignorada. De todos modos, no podía mantenerla encerrada en una techada por el resto de su vida y menos aún a Magena.

Elora no quitaba la vista de su pequeña. Había comprendido que Romnesa y Ajachay, incluso Lahnen y los pequeños, no eran hostiles. Todos habían aportado su ayuda desde su rescate hasta el parto. No comprendía las palabras de los dorados, pero observaba todo cuando pasaba a su alrededor desde que llegó a la aldea. Pero los demás dorados la habían recibido con hostilidad y al momento se mantenían en esa postura. La

pálida sabía que ellos eran muy diferentes a su propia gente y que se sentían invadidos como hubiera sentido cualquier pálido si un dorado entrara de repente en su mundo. Tenía bien en claro que era una foránea que había llegado de la nada, pero lo que ignoraba era que muchos la habían tomado por un demonio.

Algunos seguían pensando lo mismo y se negaban a seguir aquella procesión que se les antojaba como una falta de respeto a los ancestros. Pero otros, al sucederse los días y notar que la calma se iba estableciendo nuevamente, comenzaron a darse cuenta que era solo una mujer de un pueblo desconocido, más temerosa de sus dorados rostros que lo que ellos mismos podían temer de su palidez. Aun así, nadie quería sumarse a la marcha por miedo a la ira de Ahdik.

Lahnen cargaba con la debilidad de su amigo. Aún no se había recuperado y él insistió en que debían esperar unos días para presentar a Magena al resto de los Rumerautes. Pero Romnesa le dijo que cuanto más demoraran, más tardarían los aldeanos en aceptar que la pequeña era ahora parte del pueblo. Él había esperado esa respuesta y en el fondo sabía que tenía razón, pero solo pensaba en la salud de Ajachay, que aún no se recuperaba de su extremo agotamiento y falta de alimentación. Miró a sus espaldas, mientras llevaba a Ajachay agarrado de él, cuando notó que alguien los seguía, pero no le sorprendió cuando notó que eran Napayshi y Equiró, que se habían volcado de lleno al cuidado de la pequeña, así como de Elora. Se pusieron al entero servicio de Romnesa y cualquier encargo que ella les hiciera lo realizaban gustosos. Pero sí se sorprendió al notar que Wenai no estaba allí, al lado de los pequeños y que tampoco lo había estado desde que él y Ajachay llegaron a la aldea, rescatando a Elora. La marcha la cerraba Romnesa, orgullosa y solemne, ignorando cualquier cosa que los demás pudieran pensar de ellos.

Entre los Rumerautes, fueron encontrando a su paso también a los tripulantes de los barcos que habían sobrevivido. Algunos miraron a Elora con desdén, como si hubiera vendido su alma al diablo. Otros comprendieron que ella estaba protegiendo a su hija y tratando de procurarle una buena vida entre aquellas gentes de piel oscura. Una parte de ellos había pensado en volver a los barcos, pero luego recordaron que los sádicos que los capturaron los habían hachado por debajo de la línea de flotación y el agua había comenzado a apoderarse de las embarcaciones antes que ellos siquiera advirtieran el inminente peligro. Además, no querían volver a pisar la tierra de sus captores. Ahora, aunque eran mirados con reservas, vivían entre los miembros de un pueblo pacífico y, de todos modos, no sabrían de qué modo podrían volver a su propio mundo.

La madre de Lahnen se acercó hacia ellos. Traía en sus manos un cuero recién curtido y un pan tibio, símbolo de amistad. Su hijo la miró orgulloso, aunque sabía de antemano que ella no sería de la partida de

quienes pensaban que Elora era el enemigo. La pálida levantó sus ojos, hubiera querido agradecerle con palabras que pudiera comprender, pero solo pudo mirarla con una expresión de agradecimiento mudo que Tahanea comprendió en el momento, asintió y acarició su rubio cabello en un gesto tanto protector como cariñoso.

La procesión tenía como destino final entonces el Círculo del concejo de ancianos, en el claro donde ellos pasaban la mayor parte del día, buscando indicios del futuro en el silencio o en el murmullo de la naturaleza. Pero antes de llegar allí, cruzaron su camino con Ahdik que impartía órdenes a un grupo de jóvenes aspirantes a guerreros en pleno entrenamiento. Ajachay y Lahnen se sorprendieron al advertir que entre las filas Rumeroutes había algunos pálidos, los más jóvenes de aquellos que habían logrado sobrevivir.

Elora levantó la vista y miró con temor hacia aquel grupo. No le resultó difícil, a pesar de la imposibilidad de comunicarse, comprender que aquel hombre de grandes dimensiones era el jefe. Se lo había confesado su porte, sus vestiduras y la solemnidad con que todos lo trataban. Sin embargo, no podía evitar temerle, cuando recordaba que el jefe del otro pueblo, Ogenwa, había asesinado a John y había intentado violarla. Incluso podía notar la hostilidad en la mirada de aquel dorado, y sabía que iba dirigida hacia Ajachay, aunque ella no comprendía exactamente la razón. Pero podía imaginar que ella era parte o totalidad del motivo.

Ahdik no se acercó, siquiera movió un músculo. Estaba en desacuerdo con toda aquella locura desde el día cero. No comprendía cómo su propia madre apañaba el incoherente deseo de Ajachay.

Pero, en su interior, estaba sorprendido por la tenacidad y perseverancia de su hijo, que se había valido sólo de su ingenio y la ayuda de Lahnen para hacer lo que él no se atrevió a hacer en años: burlar las defensas de Malpayne. Pero su coraje había continuado intacto luego de aquella locura y había sido lo suficientemente convincente como para que los demás pueblos aceptaran refugiados Chará-wisúes en sus aldeas. Incluso, al límite de sus fuerzas, volvió a la devastada Malpayne para confirmar que su aldea estuviera fuera de peligro.

Estaba en completo desacuerdo con su hijo, no dejaba pasar un día sin recordarle que era un imprudente que había ignorado sus órdenes. Pero no había posibilidad de negar que se había equivocado por mucho: su hijo no era bajo ningún punto de vista un débil ni un cobarde. Sin embargo, el grupo pasó y Ahdik no miró a ninguno de ellos.

La procesión continuó su marcha hasta llegar en completo silencio al claro donde el concejo estaba abstraído como siempre en sus intentos de comunicarse con los dioses. Hasta la pequeña neonata parecía comprender la solemnidad de aquel cónclave. Esta vez fue Nawat quien

inició el dialogo abriendo sus ojos al instante. Aunque el silencio de los que componían el grupo había sido sepulcral, los ancianos como siempre habían notado sus presencias mucho antes que llegaran.

—Has hecho bien en traer a la pequeña hasta nosotros, Ajachay — De pronto parecía como si el miembro más anciano del consejo hubiera rejuvenecido y pudiera hablar sin dificultades.

—Decidí seguir el consejo de Romnesa.

— Bien por ti que aceptaste su sugerencia. Dime, ¿cómo la han nombrado?

—Su nombre es Magena.

—Un nombre muy apropiado —Fijó sus ojos lechosos en la pequeña, como si pudiera verla. Era prácticamente ciego, pero hacía años que prescindía de su vista—. Tráela al círculo, Ajachay.

El Rumeraute hizo ademán de tomar a Magena de los brazos de Elora, pidiendo su aprobación. Ella le devolvió con la mirada una súplica silenciosa: «Protégela con tu vida, es lo único que tengo.» Él comprendió sin necesidad de oír sus palabras, asintió y tomó a la pequeña en sus brazos. Su cuerpo tibio lo llenaba de vitalidad, sentía sanar su cuerpo débil, nunca había sentido la vida latir en sus venas con mayor intensidad como cuando Magena estaba en sus brazos. Podría jurar que la niña se sentía a gusto entre su gente, aunque para ella fueran todavía extraños.

Ajachay se acercó al círculo y depositó con mucho cuidado a la criatura en brazos de Nawat que estaba sentado sobre la hierba del círculo. Lihui y los demás abrieron también sus ojos. Uno de ellos, quizás el más joven, se puso de pie y se acercó con una vasija con agua y la dejó cerca de Nawat que mojó su pulgar en ella y luego lo pasó por la tierra, haciendo barro de aquel lugar sagrado. Con el dibujó un arco cruzado por una lanza sobre la frente de Magena, símbolo de los Rumeroutes, cazadores por excelencia en aquellos parajes.

—Eres ahora una Rumeraute, tierra que pises será tu sustento y tu territorio. Que tus manos labren el futuro de este pueblo, que tus ojos te ayuden a reconocer con prudencia la senda de los dioses, que tu alma sea conexión entre este mundo y el reino de los espíritus. Ahora has de recorrer este camino con respeto hacia nuestros hermanos, los animales y de ellos aprenderás de humildad y sencillez.

Ajachay comenzó a acercarse para recibir a Magena de vuelta en sus brazos, el ritual de iniciación había acabado. Sin embargo, Nawat parecía haber entrado en un trance más profundo, afanado en continuar el ritual. Volvió a mojar su dedo pulgar en agua y tierra. Dibujó en el pequeño

cuerpito de la niña, sobre su corazón, un círculo con ondas debajo, con el fin de representar una luna influyendo sobre las mareas.

—El destino te ha traído hasta estas tierras que han de ser extrañas para tu madre hasta el día de su muerte. Pero serán para ti tu último hogar. En tu alma traes cambios: prosperidad y también penas. Nuestro destino está sellado —Dibujó llamas en las pequeñas palmas de la niña—. Estamos en tus manos, eres el fuego renovador para bien o mal. La unión de los pueblos descansa ahora en tu corazón, más hemos de sufrir calamidades y ese será también tu destino.

Lahnen y Ajachay se miraron confundidos. Nunca habían escuchado esas palabras en su vida. Y, por las expresiones en los rostros de los que formaban la procesión e incluso de los otros ancianos, no eran los únicos sorprendidos.

— Lleva con orgullo ese honor y esa pesada carga. Somos ahora tu familia.

Hizo ademán con su mano libre para que Ajachay tomara a Magena de sus brazos. Apenas lo hizo, todos los ancianos cerraron sus ojos y comenzaron a salmodiar una antigua letanía. Lahnen, Ajachay, Romnesa y Tahanea apenas la recordaban, puesto que hacía años que no era entonada. Hablaba de una historia de antaño, cuando los dioses se hubieron desencantado con el hombre, de cómo sus actos acabaron con un cataclismo que cambió sus vidas para siempre, creando en su ira dos mundos diferentes. Ahora que Ajachay y Lahnen refrescaron el mito, entendieron mucho mejor de dónde venía Elora y por qué nunca habían visto gentes tan pálidas. Ambos sintieron escalofríos, ya que sabían que esta letanía marcaba la proximidad de cambios drásticos. La última vez que había sonado, la tribu Zapai se extinguió con sus ancianos y soldados y los sobrevivientes a la tragedia esclavizados ya nunca volvieron a sus cuevas, muriendo tiempo después en la tristeza del exilio.

Mientras los ancianos continuaban la historia, la procesión retomó su marcha, retirándose del claro entre los árboles, donde se encontraba el círculo sagrado. Romnesa, que había permanecido en solemne silencio durante todo el ritual, notando que el sol se había ocultado tras negros nubarrones, entonó su propio canto de prosperidad del tiempo en que los Rumerantes solo debían preocuparse por las presas que cazaban. Muchos hubieran pensado en un mal augurio, pero ella creía que era todo lo contrario. Cuando se adentraron en la aldea comenzó a llover. Los Rumerantes aullaron de alegría y la tierra recibió agradecida el refresco del agua que venía de los cielos, a diferencia de las últimas ocasiones en que el aguacero duraba un suspiro, una lluvia suave y continua que permitía que la tierra la absorbiera.

Desde ese día y durante varias lunas, vieron como en lapsos graduales, la lluvia bañaba sus tierras, luego venían remansos de sol y luna. Volvía la lluvia, luego la calma. Fue así que lentamente comenzaron a recuperarse los sembradíos que habían permanecido enfermos y una etapa de calma y buenas cosechas comenzó en ese mundo que había sufrido sequías durante demasiado tiempo, más de lo natural.

Capítulo 15

Capítulo XIV – Una aparición

Salir a cazar bajo la lluvia era reconfortante. El agua refrescando su cuerpo ardiente y agitado mientras los pies tocaban la tierra mojada era una sensación renovadora. Ver que arroyuelos y ríos iban recuperando su caudal era un alivio para el alma.

Poco a poco, la vida de los Rumerautes volvía a ser como la recordaban adultos y ancianos. La extensión de tierra en la que se encontraban establecidos volvía a verse verde, llena de vida. Los peces regresaron del mar a los ríos, campo adentro y comenzaron a multiplicarse. Las aves volvieron, las semillas de la vegetación renovada se esparcían con el viento, expandiendo las zonas habitables.

Lahnen arrancaba por aquellos días con una energía renovada cada jornada de caza. Nunca había conocido la prosperidad, ni aun cuando era pequeño y los que cazaban eran otros. Desde que los cielos comenzaron a llorar, el reino animal también estaba ampliando su expansión y el cazador podía notarlo sin dudas. Antes del cambio en los cielos, podía pasar días sin conseguir una presa apta para alimentarse y cuando lo lograba con mucho esfuerzo, recorriendo grandes distancias y pasando largas horas de sigilo, solo conseguía piezas raquíticas. Pero ahora cruzaba su camino con venados, nutrias, vizcachas y demás animales con mucha frecuencia. Salir de caza ya no significaba volver a la aldea de mal humor, culpable por el hambre que pasaba su pueblo, echando pestes a la sequía que los azotaba desde que él tenía uso de razón.

Era extraño, pero desde el nacimiento de Magena las cosas habían mejorado significativamente. Hubo muchos cambios buenos, aunque también había excepciones. A Lahnen le hubiera gustado que Wenai siguiera sus pasos, poder pasarle todo el conocimiento que había adquirido de su padre tiempo atrás, cuando tenía la edad de su hermano. Pero Wenai no seguiría sus pasos: se presentó ante Ahdik con el pedido de ser entrenado como guerrero. Sin embargo, no era eso lo que más preocupaba al cazador y a su madre. Desde la llegada de Elora a la aldea, se había vuelto parco, serio, malhumorado la mayor parte del tiempo. Dejó de compartir momentos con Napayshi y Equiro y, al principio pensaron que era porque estaba creciendo, pero luego dejó de dirigirles también la palabra y, cuando Lahnen preguntó a los pequeños, Equiro le respondió que la última vez que habló con ellos fue luego del nacimiento de Magena y ya nunca más les prestó atención. Daba pena ver la tristeza en los ojos de los niños, que habían aceptado con dolor que habían perdido a un hermano y a un amigo al mismo tiempo y lo peor era que ni

siquiera conocían la razón, puesto que tiempo después le preguntaron por qué no les hablaba y Wenai solo los miró con desdén y les dijo que no había nada que pudieran compartir. Pero Lahnen sabía que no se trataba solo de un desencanto de niños, ya no era el mismo con él ni con su madre. Había intentado mediar palabras, pero rehuía a su presencia y pasaba todo el tiempo posible entrenando.

Por eso, cazar aplacaba las sombras que oscurecían su alma. Estaba lejos de lo que lo preocupaba y que no podía resolver porque Wenai no quería aceptar ayuda alguna. Sentía que la naturaleza le devolvía todo el respeto que él le profesaba y eso le daba la paz que necesitaba. Por aquellos años, Lahnen era joven y prefería evadirse de los problemas que enfrentarlos.

A medida que iban sucediéndose los días, se iba aventurando más allá del territorio Rumeraute, conociendo nuevos parajes. Por lo general, se había dirigido hacia el Norte, en dirección a las otras aldeas. Pero ese día decidió encaminarse en dirección Oeste, ya que la última vez que vio el mar fue huyendo de los Chará-wisúes y su cólera. Ese día no había buscado ninguna presa en especial puesto que, con las presas conseguidas durante los tres últimos días, estaba cubierto de sobra el alimento de su gente. Pero quería sentir el viento en su cuerpo y de todos modos cargaba con su arco y su carcaj rebosante de flechas. Lidar con los Chará-wisúes lo había vuelto más precavido, si acaso era posible. No temía morir, pero se había vuelto orgulloso y no moriría sin dar batalla. Además, su familia lo necesitaba con vida.

Llegó a la costa y bajó por un declive natural en los acantilados hasta una zona de cuevas, aquellas que habían dado cobijo a los Zapai del Sur. El mar se encontraba en ese momento en bajante y dejaba rocas desnudas bañándose a la luz del sol. Comenzó a recorrerlas, dejándose impregnar por el salitre. Podía ver los albatros volando con libertad, y lanzándose en picada en busca de peces. Viraba hacia el Norte cuando vio lo que parecía una figura humana, arrodillada en unas rocas que sobresalían por sobre las demás. Se fue acercando para descubrir que era una mujer. Avanzó en su marcha, intrigado por saber si se trataba de un miembro de su aldea.

Pero cuando pudo verla claramente, supo que no la conocía: tamaña belleza habría de recordarse con facilidad. El dorado en su piel tenía el tinte adecuado para acompañar aquellas trenzas morenas que se volaban al son del viento. Quizás haya sido la magnitud de su hermosura lo que lo mantuvo obnubilado más tiempo de lo normal, de lo prudente, dejándolo con la guardia baja. Quizás fuera porque nunca había esperado encontrar nada igual. Pasó severos minutos admirando a la mujer que a simple vista parecía encontrarse sola y semidesnuda en aquellos solitarios parajes.

Fue después de un largo rato que reparó que aquella exquisita criatura carecía de piernas, estaba arrodillada sobre una brillante cola de pez. Había oído leyendas de sirenas hermosas que robaban el corazón de los

hombres y los condenaban a la tristeza y el dolor eternos. Siempre pensó que no eran más que mitos, pero ahora comprendía cuan reales eran las palabras de las ancianas.

Pero antes que pudiera reaccionar, siquiera acercarse a hablarle, el ser que él visualizaba como a una sirena notó su presencia y se zambulló en el agua, perdiéndose entre la espuma del mar y las algas. Con ella se fue una parte del alma de Lahnen. Ahora estaba completamente seguro de poder comprender los motivos que impulsaron a Ajachay a salvar a la desconocida. No la amaba, cierto, no podría enamorarse de alguien que apenas vio por unos segundos. No sabía su nombre o había oído siquiera su voz. Pero la deseaba, eso era innegable. Y a fuerza del deseo propio había comprendido en cuestión de segundos a su amigo y había confirmado que las leyendas no eran tan descabelladas como él creía.

Nunca conoció la razón, pero lo cierto es que perdió el conocimiento y las imágenes comenzaron a pasar frente a él, pero lejanas a la vez. Podía ver lapsos de su vida, desde la muerte de su padre hasta cómo había llegado a la orilla del mar para caer en el encanto más doloroso que pudiera imaginar. Nunca se había detenido a pensar demasiado en cuánto le había dolido aquella muerte, cuantas veces se sintió sobrepasado en su responsabilidad de alimentar a su familia en los tiempos de escasez y cuanto temía no ser la guía que sus hermanos merecían. Nunca hasta ahora cuando, semiinconsciente, veía su vida como en aquellas vasijas que pintaban los Huantabé de las tierras del Norte.

No había sido nadie y había sido todo para su rota familia y aun así se sentía poca cosa en su interior. Pero por fuera era fuerte y no se había dejado llevar por las emociones que más lo movilizaban, porque así se suponía que se debía comportar un Rumeraute. Tampoco supo nunca si fue el golpe en su cabeza al desvanecerse lo había afectado a tal punto de estar agonizando o si la influencia de la sirena despertó su esencia más intrínseca, removiendo todo aquello que guardaba en la parte más oscura y solitaria de su alma. Como fuera, inconsciente como estaba en aquel momento, se dejó llevar. Era reconfortante ver a su padre una vez más, aunque fueran sus últimos recuerdos. Toda su familia brillaba con una intensidad diferente cuando él estaba vivo.

Pudo verlo cuando él era solo un crío, más pequeño que Equiro, llevándolo en andas hacia el río para enseñarle a no temer a las aguas profundas. Pudo oír una vez más su voz grave, con palabras justas para enseñarle todo cuanto sabía. Su risa que evidenciaba lo que sus ojos denotaban, un

amor incondicional.

—Ataa', me hundo.

—No luches contra las aguas, deja que ellas te guíen, respira a su ritmo.

—Pero si lo hago, voy a hundirme y ahogarme.

—Si te hundes, yo estaré aquí para sacarte a flote.

—¿Lo prometes, ataa'?

—Lo prometo, ghé...

Pero la promesa se fue con el viento el día en que murió defendiendo a su gente y a Lahnen solo le quedaban memorias.

En el momento que más disfrutaba los intrincados caminos de sus recuerdos, sintió el frío clavándose en su piel como si fueran miles de picaduras de tábanos. Abrió los ojos y la noche lo cubría como un manto implacable. Estaba solo, entumecido y triste. La luna velada por unas nubes livianas y el mar murmurándole, anunciándole que se había perdido en divagues durante casi todo el día. Se puso en pie con una punzada atravesando sus sienes, las piernas débiles como nunca las había sentido antes. Todo se volvió negro otra vez y se desplomó nuevamente sobre las rocas. «El precio de algunos recuerdos pueden minar el ánimo del más fuerte» le murmuraba una voz suave y seductora, que él suponía sería de la sirena, mientras se perdía en una total inconsciencia.

Sintió la suave caricia del sol en su piel y le reconfortó saber que nada había acabado. Pero no abrió los ojos, no quería dejar de sentir aquella sensación de bienestar. No quería ver, no quería recordar, prefería seguir oyendo esas palabras y esa voz que resonaban en su mente sin detenerse.

Pudo notar que estaba sentado con su espalda apoyada sobre una superficie no muy extensa. Hizo el esfuerzo de abrir sus ojos para mirar a su alrededor y supo que se sostenía contra el tronco de un árbol, a la vera del claro del Círculo de ancianos. No sabía cómo había llegado allí, le dolía todo el cuerpo, estaba mareado y famélico. Entonces recordó su ausencia y se puso en pie lentamente para volver hacia la aldea. Luego de la incursión a Malpayne, sabía que su madre pensaría lo peor ante cualquier

desaparición de su hijo mayor. No podía permitirse generarle más sufrimiento, demasiado le había costado afrontar la muerte de su esposo; perder un hijo sería un golpe demasiado fuerte.

A duras penas llegó a la aldea, apuntalándose con el arco que había descansado a su lado mientras duro su inconsciencia y lamentó haber extraviado su carcaj rebosante de flechas. No le sorprendió descubrir que los primeros rostros que se cruzaron en su camino fueran los de Napayshi y Equiro, esos niños estaban por todos lados. Corrieron hacia él con alivio, como si no lo vieran durante muchas lunas.

—Los dioses se han apiadado del alma de tu madre —sentenció Napayshi, con cierto aire de reproche.

—Déjalo en paz —interrumpió Equiro—. No viene de la fiesta de la cosecha. Algo malo le sucedió —Lahnen imaginó su posible estado ruinoso.

—No se preocupen, solo sufrí una caída y perdí el conocimiento.

—Díselo a madre y a Ajachay, que se preocupan por ti, más de lo que mereces si quieres mi opinión.

—No seas injusto, Napayshi. Vivo por y para ustedes.

—Y nuestra madre vive por y para todos nosotros. No lo olvides.

El niño tenía un punto y Lahnen lo sabía, se sintió el ser más egoísta e inmaduro de aquel mundo. Sin embargo, Equiro era un ser con un corazón inocente y puro.

—Vamos, Lahnen, se pondrá muy contento cuando sepa que te encuentras bien.

—Está bien. Vamos...

Lahnen sonrió a aquel pequeño que para esas alturas era un hermano más. Pero sabía que Napayshi no estaba equivocado, era objetivo y no podía culparlo. Ahora debía recuperarse y volver a ser el de siempre: el cazador, el protector, la figura fuerte. Sabía que aquella había sido una travesía momentánea o un sueño, que aquella deliciosa criatura solo podía existir en su mente. Pero no había tiempo para juegos o delirios, la vida era una cosa mucho más delicada.

Capítulo 16

Capítulo XV – Tierra fértil

Había intentado convencerse durante demasiado tiempo sin obtener buenos resultados. Necesitaba volver a verla, siquiera saber el nombre de quien le había robado la alegría. Lahnen había perdido el encanto por aquellas pequeñas cosas que le llenaban el alma. Cada día era igual al anterior, estaba vacío, como una corteza hueca. Las jornadas de caza se le hacían eternas, todo el alimento sabía igual, la yawara se le hacía sosa en su boca.

Ajachay lo conocía demasiado como para dejar pasar el momento, sabía que su amigo se encontraba preocupado por algo. Desde que Elora había llegado y luego con el nacimiento de Magena, se había abocado por completo al cuidado de las dos pálidas. Por eso fue que pasaron unos días desde aquella desaparición de su amigo hasta que pudo encontrarlo solo y acercarse para hablar con él. Estaba engrasando la cuerda de su arco de caza, desgano y con la mirada perdida en el horizonte, hacia el oeste.

— ¿Quién eres tú y que has hecho con mi hermano Lahnen?

En ocasiones normales, Lahnen hubiera respondido con alguna broma o hubiera embadurnado el rostro de Ajachay con grasa de jabalí. Pero esta vez solo se limitó a mirarlo con tristeza.

—Todo ha cambiado, hermano. ¿No lo sientes?

—Claro que lo siento, lo veo y lo vivo. Pero yo sigo siendo el mismo. Eres tú el que ha cambiado.

—Puede ser...

Una respuesta demasiado vaga viniendo de alguien tan práctico como Lahnen. No era muy difícil atar cabos, algo venía molestando al cazador desde el día en que había estado perdido durante un día entero. Toda la alegría y la energía que recorría sus venas parecía haberse apagado de repente.

— ¿Qué sucedió aquel día que desapareciste? La versión larga, por favor. No quieras volver a contentarme con que te golpeaste la cabeza y perdiste el conocimiento.

—Creo que además de haber perdido el conocimiento ese día, comencé a

perder el norte.

— ¿Tú, un cazador experimentado... perdiendo el norte? — rio para distender el momento, aunque Lahnen permanecía con su expresión vacía—. Bueno, ya me estás preocupando. ¿Vas a contarme o tendré que sacarte las palabras por la fuerza?

En ese momento pasó por su lado Wenai, de regreso de su entrenamiento para convertirse en guerrero. En poco tiempo había cambiado tanto que parecía como si hubieran pasado diez temporadas de cosecha desde el arribo de los pálidos. El dorado en su piel era más marcado ahora que pasaba más horas bajo el sol y su cuerpo estaba evidenciando músculos. Su cabello, ahora recogido con severidad le daba una expresión más seria y en su rostro comenzaban a definirse facciones de adulto. Los miró con desdén y siguió camino. El rostro de Lahnen se ensombreció.

—Ahí puedes ver que las cosas han cambiado, Ajachay. Lunas atrás, Wenai cazaba ranas con Napayshi y Equiro. Hoy solo espera la oportunidad para enfrentarse a alguien en batalla.

—Está creciendo. Sabes que es inevitable.

— ¿También es inevitable que nos mire a todos con desprecio? —escupió Lahnen con cierto rencor—. Puedo comprender su necesidad de demostrar que está dejando de ser un niño. Pero no es el mismo que solía ser y me temo que no he sido la guía que necesitaba.

—Has sido muy buen hermano, nunca serás su padre. ¿Es solo eso lo que te tiene preocupado?

—Una parte, sí. Dime, ¿Qué sentiste cuando viste a Elora por primera vez?

—La sangre bullendo en mi interior como una catarata, un torrente de agua amenazando con destruir todo mi cuerpo a su paso — Ajachay se tomó unos segundos para reconocer lo lento que había sido en darse cuenta que era lo que tanto molestaba a su amigo—. ¡Pero qué idiota soy! Deseas a una mujer.

—Es más complicado que eso, hermano. Creo que deseo a una sirena —La expresión de Ajachay pasó de alegría, a incertidumbre y, por último, asombro mientras Lahnen continuaba con su desahogo—. Yo me estoy volviendo loco, Wenai se me ha ido de las manos, mi madre vive con miedo de vernos morir como a mi padre y Napayshi se ha convertido en una especie de juez de mis actos y aun no alcanza su séptima estación de cosecha. El único que no da quebraderos de cabeza es Equiro, que ni es

mi hermano, aunque así lo sienta.

— Me parece que te castigas demasiado. Te preocupas por tu familia y está bien, pero hay cosas que te exceden, hermano. Además, no creo que te estés volviendo loco... aún —Permaneció en silencio, con expresión pensativa durante unos segundos. Lahnen lo dejó hacer, lo conocía demasiado bien como para saber que su mente estaba atando cabos y tejiendo planes—. Sí creo que están sucediendo cosas extrañas, más no imposibles. ¿Cómo la conociste?

—Apenas la vi, no pude hablarle ni ella me dirigió la palabra. Al notar mi presencia, desapareció entre las olas —Lahnen hizo un alto en su relato y se mostró confundido—. Yo siempre pensé que lo de las sirenas era un mito.

—Si hay algo bueno de pasar tiempo con los ancianos del Círculo es que aprendes cosas que de otro modo jamás sabrías. Los mitos tienen parte de invención y parte de verdad. Tienes que ir al lugar donde la viste y buscarla. Si la encuentras, trata de comunicarte con ella. No creo que esta sea una casualidad. Están sucediendo cosas excepcionales, una detrás de la otra. El cambio que vaticinó el Círculo sobre la llegada de Elora, un presentimiento que también me invadió a mí, está cada vez más cerca. Algo se está gestando... y tú debes ir por ella.

—No voy a dar otro disgusto a mi madre por algo que ni siquiera estoy seguro que exista.

—Por eso debes averiguarlo. Yo me ocuparé de Tahanea. Parte después de la cena, hoy habrá buena luna para guiarte.

— ¿Y si ella se rehúsa a hablarme? — preguntó el cazador, más a los vientos que a Ajachay.

— ¿Qué mujer podría resistirse a un cazador con tu porte? Las chicas de la aldea dan fe. No te preocupes, hermano, si no te habla hoy ya lo hará mañana o algún día. Y si no quiere saber nada de ti, al menos no te habrás rendido sin pelear —Lahnen negaba frenéticamente con la cabeza.

—Esto es una locura, Ajachay. Yo estoy perdiendo la razón y tú me alientas a cometer más locuras —Ajachay lo tomó del hombro y se acercó para hablarle al oído.

—Quizás me equivoque, quizás no. Puede que estés destinado a grandes cosas, mi hermano. Hace demasiadas temporadas de cosecha que no se ve una sirena en las playas. La última vez que sucedió, la lava corrió por aquel volcán — afirmó Ajachay señalando con su mano el monte que se encontraba a muchos kilómetros hacia el norte— y los Chará-wisúes se alzaron como un pueblo divino, sumiendo a todos los demás bajo su

poder.

No la encontró aquella, ni la siguiente, ni muchas otras después. Estaba agotado, la jornada de caza y la búsqueda nocturna estaban minando sus energías. Hasta que debió abandonar su empresa y quedarse descansando al menos una noche, porque la realidad era que su familia aun lo necesitaba. Su madre había aceptado las palabras de Ajachay y había menguado su preocupación por Lahnen, al menos no lo demostraba tanto, pero tenerlo aquella noche le reconfortó el alma. El calor del fuego, la comida caliente y un descanso en comodidad lo reconfortaban bastante. Pero podía notar cómo Wenai y Napayshi lo ignoraban. El más pequeño se preocupaba por su madre. Wenai... bueno, Lahnen ya no sabía qué pasaba por su mente. Compartía las cenas, pero se retiraba a dormir bajo la cúpula celestial. El único de ellos que aún parecía tratarlo con cariño era Equiro, siempre atento a los demás, feliz al notar que Tahanea se veía más tranquila aquella noche.

Fue entonces que el cazador decidió dejar de pensar en todos: su madre, sus hermanos, Ajachay, la sirena y el futuro de los Rumerautes. Necesitaba descansar, su cuerpo se lo imploraba. Y descansó como no lo había hecho en años, se dejó llevar por un sueño tan profundo que hasta las imágenes que lo solían acompañar cada noche lo abandonaron. Cuando despertó sintió que había vuelto a nacer.

Pensó que quizás lo mejor sería cambiar la estrategia de búsqueda. Iría por la sirena una vez de día y otra de noche, así tendría más posibilidades de encontrarla y no le ganaría el cansancio. Pero había tomado la determinación de no buscarla desesperadamente. Si los dioses querían que se volvieran a encontrar, así sería.

Salió de su techada y se dirigió hacia el pequeño pabellón donde se guardaban las armas de guerra y caza de toda la aldea. Allí descansaban su arco, su carcaj y una buena provisión de flechas. Se sentía con energías para cazar un venado y traerlo él solo a costas. Salió del pabellón, entonando una canción que las mujeres suelen cantar a los cazadores deseándole buenas presas. Aunque últimamente resultaba innecesario, ya que las lluvias habían aumentado los cauces y la vegetación invitaba a la vida animal a aventurarse cada vez más por las tierras Rumerautes. Cuando finalmente salió del pabellón, pudo ver a Ajachay con Magena en sus brazos.

—Hermano —le gritó apenas lo vio— te ves mucho mejor que ayer —Lahnen se acercó a él y le dio una palmada suave en la espalda para no asustar a la pequeña y le sonrió a ella. Esa niña era despierta y alegre e invitaba a los demás a imitarla.

—Necesitaba descanso. Llevaba días sin pegar un ojo, buscando a la sirena —Le hizo una caricia a Magena en la barriguita y ella tomó con fuerza uno de sus dedos. Él se sorprendió.

—Es muy sociable —aclaró Ajachay ante la mirada de Lahnen a la criatura en sus brazos —, además, eres familia. ¿No has averiguado nada más sobre ella? —No hacían falta más palabras para que el cazador comprendiera que su amigo se refería a la sirena.

—Nada, parece como si hubiera desaparecido de este mundo. Voy a seguir buscándola, pero he de hacerlo con más calma. ¿Y si en realidad fue una visión?

—Incluso si fue una visión, no es normal. Hablé con los ancianos del Círculo sobre esto. Las sirenas son doncellas de Werenea. No es normal que aparezcan cerca de los pueblos, salvo que sea extremadamente necesario.

— ¡Perfecto! He puesto los ojos en una doncella de una diosa —El siguiente gesto de Lahnen fue de decepción—. Entonces, por más que la encuentre, me voy despidiendo de la idea de tenerla entre mis brazos.

—No te apures, hermano —Miró por un segundo a Magena que había comenzado a chupar afanosamente el dedo de Lahnen—. Tiene hambre, la llevaré con su madre. Búscala. Por alguna razón has sido tú quien la encontró. ¡Saludos y buena caza!

Mientras Ajachay se alejaba hacia la techada que Elora compartía con Romnesa, Lahnen dedicó otra sonrisa a Magena que ahora chupeteaba su mano con desesperación. Permaneció allí unos momentos, tratando de asimilar lo que su amigo había averiguado. Werenea era la diosa que regía sobre las aguas de aquel mundo: los mares, los cauces de agua dulce, las aguas que lloraban desde los cielos. Y, aparentemente, una de sus doncellas había elegido presentarse ante él por alguna razón. Luego de racionalizar todo, alió por fin a cazar.

Fue una jornada tranquila y provechosa. El día estaba esplendido y en menos de dos horas consiguió algunas gallaretas y un alce que bastaría para alimentar a varias familias. Llevó las presas a la aldea y después de entregarlas listas para cocinar a Tahanea, se encaminó hacia la playa, en su afán de encontrar a la exquisita criatura que ocupaba plenamente sus pensamientos. Nuevamente volvió con las manos vacías, no la encontró ese día, a la otra noche ni al día que le siguió. Pasó más de una luna y no

encontraba el mínimo rastro de la doncella de Werenea. Lahnen comenzó a forjarse internamente la idea que su mente le había dibujado un espejismo maravilloso, pero que no era más que el resultado del cansancio con el que cargaba. Aun así, alentado por Ajachay, continuó con su búsqueda, un día y una noche. Con aquella misión que su amigo le había impuesto, había encontrado parte de la paz que buscaba desde que su padre había partido para nunca más volver.

Una noche yacía sentado entre las rocas, con la espalda apoyada en una pared lítica, tomando un frugal alimento antes de seguir camino, bordeando la costa. Miraba al cielo con aquella deslumbrante luna iluminándolo todo. Recordaba la sonrisa de aquel gran hombre que le había dado la vida y que le había enseñado a ser quien era. Se sorprendió notando como habían regresado con mayor intensidad los recuerdos desde que había caído en el encanto de la sirena, y lo agradecía. Recordarlo hacía sentirlo más cercano, porque él sabía que no estaba muy lejos de allí, sino con sus ancestros, guiando la senda de su pueblo. Potamac había sido un gran guerrero y aún mejor cazador y por eso era muy respetado. Vivía el día a día consiguiendo alimentos para la aldea y, cuando se acercaba la ocasión, los protegía de cualquier ataque de los Chará-wisúes.

Pero un día, Ahdik decidió que habían vivido a la defensiva durante muchos años y ordenó un ataque a Malpayne para liberar a los esclavos de su aldea. Él iba al frente, comandando a otros tantos sublimes guerreros, entre ellos, Potamac. Pero la supremacía bélica de los esclavistas era muy amplia y de tierra Rumeraute solo volvieron dos guerreros: uno era Ahdik, el otro no era Potamac. El jefe de los Rumerautes regresó con el cuerpo muy herido, el alma quebrada y sin su mejor guerrero y su amigo. Potamac murió en su ley, pero eso no lo hizo menos doloroso para su familia y aún más difícil resultó para Lahnen, que además de asimilar su ausencia debió hacerse cargo de su familia siendo aún muy joven. Pero así fue y muchas familias pasaron por lo mismo. Incluso hubo quienes, como Equiro, lo perdieron todo. Su padre sobrevivió a su madre por muy poco tiempo. Por eso, a veces pensaba Lahnen que no podía auto compadecerse, cuando Equiro no tenía nada más que una familia ajena. Pero Lahnen no podía evitar sufrir su propia pérdida.

Perdido se hallaba él en sus memorias cuando un movimiento brusco lo sacó de su ensimismamiento. La mujer que había perturbado su mundo y su vida estaba de pie. Sí, de pie a unos prudenciales metros de donde él se encontraba sentado. No podía ser nadie más: aquellas facciones perfectas, esos ojos rasgados pero enormes, sus pechos generosos. Pero estaba de pie y Lahnen pensó que se había equivocado, que había visto mal a la mujer aquel día entre las rocas. La mujer lo miró y desde la distancia le habló en su mente.

«¿Es a mí a quien buscas, Rumeraute?»

—No —respondió Lahnen en voz alta, sin saber si se estaba imaginando todo, si era real o se estaba volviendo muy loco —, buscaba a una sirena. Creo que la locura me jugó una mala pasada.

«No estás loco, cazador. La luz de la luna vela mi esencia y me hace ver casi humana.»

Lahnen no quería siquiera moverse por miedo a atemorizarla y que huyera otra vez. Se quedó muy quieto, hablando suavemente, al punto que las olas casi tapaban su voz.

—No debes temerme —La mujer comenzó a acortar la distancia entre ellos y respondió articulando palabras de su boca esta vez.

—No lo hago, son los humanos quienes deben temer a los dioses y sus servidores.

—Entonces, ¿por qué huiste aquel día?

—Porque aún no estás preparado para oír lo que tengo que decir. Hay mucho dolor, miedo y rencor en tu alma.

—Pero ahora estás aquí, hablándome —afirmó Lahnen—. Debo suponer que he cambiado.

—Sigues siendo el mismo, pero tu deseo no me deja descansar. Oigo tus anhelos desde aquel día, me siguen a donde vaya, desvelan mis sueños. Quiero saber el nombre de quien ha robado mis pensamientos.

—Lahnen me ha nombrado mi madre, así que Lahnen soy yo.

— Tierra fértil. Un nombre hermoso, casi tanto como su portador —El corazón de Lahnen se desbocó en su pecho, acaso significaba que aquella maravillosa criatura lo deseaba también—. Nagatí fue el nombre que recibí de Werenea, río salvaje. —Siguió acercándose con pasos tranquilos, extinguiendo la distancia que la separaba de Lahnen, que permanecía inmóvil, con incredulidad en sus ojos y un río de fuego recorriendo su cuerpo—. Ahora desterrada y perturbada por tu abrumador deseo. Toma lo que quieras de mí...

Se arrodilló junto al cazador y un beso salado mordió sus labios, agrietados por el sol. Una lengua suave los recorrió con urgencia. En el pensamiento del Rumeraute resonaban las palabras de las matronas: «No te dejes llevar por la pasión cuando de sirenas se trate. Es un viaje sin retorno.» ¡Y claro que lo era! Nunca olvidaría aquella noche, donde la luna y el mar fueron testigos de su encuentro. Su torso desnudo ardía ya antes

de rozar la piel oscura de Nagatí, pero apenas hicieron contacto se internó en un viaje febril, un vaivén de intimidad. Manos recorriendo sus cuerpos, besos deslizándose a lo largo y ancho de sus existencias.

Nadie había enseñado a Lahnen qué hacer cuando tuviera a una mujer en sus brazos, pero en ese momento supo que no lo necesitaba. Supo exactamente en qué momento y cómo manejar la situación. Nunca había yacido con una mujer y nunca más ansiaría a ninguna otra que no fuera Nagatí. Sus cuerpos finalmente se unieron en una danza apasionada y bailaron hasta que llegaron al límite y ambos estallaron de placer. Y yacieron incluso mucho tiempo después hasta quedar dormidos, con sus cuerpos entrelazados.

El día siguió a la noche y, cuando Lahnen despertó, se encontraba solo con sus recuerdos. Porque sabía que no había sido un sueño, podía sentirlo en su cuerpo, en su piel. Las llamas que hubieron sido encendidas por la noche aún dejaban ascuas en su interior. Y una voz le hablaba en su mente. «Búscame por las noches, aquí estaré esperándote siempre. Por ahora es todo cuanto puedo ofrecerte.» Pero para él eso era más que suficiente. Lavó su afiebrado cuerpo en las aguas saladas y volvió hacia la aldea, con el sol trepando por el cielo. Fue cuestión de tiempo para que Ajachay, que se encontraba cuereando un alce que alguien habría cazado muy temprano, notara en él un cambio.

—La encontraste —no era una pregunta, estaba afirmando lo que era más que evidente. Habló sin abandonar su faena apenas Lahnen se acercó hasta él.

—Hay algo más...

— ¿Pudiste hablar con ella?

—Casi nada. Yo quería saber, ella tenía otras intenciones que yo no rechacé. Yacimos juntos, hermano —El rostro de Ajachay se iluminó con una sonrisa resplandeciente y detuvo su labor con las manos embadurnadas de sangre.

— ¡Mi hermano, enhorabuena!

—Y tú, ¿con Elora?...

—Debo darle tiempo. No me he atrevido siquiera a intentar besarla.

—Lo siento.

—No lo sientas. Yo sabía a lo que me estaba exponiendo, pero la amo, a ella y a Magena. Lo sé ahora y eso ya me hace feliz. ¿Qué averiguaste de

la sirena?

—Nagatí, ese es su nombre. —Repetir su nombre le había generado una sensación de bienestar, que se había evidenciado en su rostro—. Sólo sé que volvió a mí porque mis pensamientos no la dejaban en paz. Es doncella de Werenea, efectivamente, pero mencionó un destierro que no me ha aclarado. Nada más, hermano, dice que no estoy preparado para oír lo que tiene para decirme.

Ajachay le dio unas palmadas en el hombro. Ambos habían conseguido lo que querían, pero no por completo. Ajachay solo contaba con la presencia y compañía de Elora. Lahnen consiguió poseer el cuerpo y la intimidad de Nagatí, pero nada más. Sin embargo, ambos sabían que preferían lo poco que tenían antes que perderlo todo.

—Al menos no me siento tan incomprendido —resumió Ajachay en un gesto a medio camino entre la amargura y una sonrisa.

Lahnen lo acompañó sonriendo también. Ajachay continuó cuereando al animal, mientras el cazador le narraba el encuentro con Nagatí. Como siempre había sido: ellos dos, una charla y varios silencios que decían más que mil palabras.

Capítulo 17

Capítulo XVI – Como una puta

Vincent Lamarc se encontraba solo como de costumbre, dio un puñetazo a la mesa de caoba de la sala de juntas, haciendo sangrar sus nudillos. Lamarc era un apellido con historia, no podían simplemente desairar a un Lamarc y seguir como si nada hubiera sucedido. Estaba al servicio de la corona desde que era un puberto y había llegado a su posición con esfuerzo y trabajo. Tal vez le debiera a su apellido la posibilidad de llegar hasta donde estaba, sí. Pero él había trabajado incansablemente, se había encargado de quitar las piedras de su camino y de deshacerse de la competencia. Se había dedicado con tanto afán a completar su carrera para la corona que nunca había encontrado el tiempo ni las ganas de amar a alguien. Una puta era más productiva y menos problemática. El brandy era un gran compañero también, no necesitaba nada más.

Su padre había hecho fortuna comerciando con esclavos, pero había sido él quien se había dedicado a encontrar nuevos lugares de donde aprovisionarse de ellos. La corona y las familias bien posicionadas demandaban cada vez más mano de obra esclava, como así también las constructoras y astilleros. Por lo tanto, había cada vez más esclavos en la Capital y sus alrededores, pero también más pobreza. El pueblo llano cada vez tenía menos posibilidades de trabajar, puesto que a todo empleador le convenía pagar una vez por un esclavo que pagar por un empleado constantemente. Además, la resistencia física de los esclavos era incomparable, doblando y hasta a veces triplicando la de cualquier poblador promedio. A duras penas sobrevivían aquellos que tenían sembradíos en los márgenes de la Capital y que vendían sus cosechas en puestos improvisados en la calle mayor, como su prima, a la que no veía hacía años. Los demás languidecían o vivían de las sobras de los que más tenían, pasando las noches en las calles bajo frío, lluvia, calor extremo. Muchos morían antes del amanecer, sin poder alcanzar los veinte años.

Durante mucho tiempo, a la corona no le importó demasiado si el pueblo moría de hambre o frío. Básicamente, los lujos y excentricidades se pagaban con los impuestos de los adinerados y la clase media: los adinerados vivían de las excentricidades de la corona y la clase media vivía de lo poco que vendían. Él círculo cerraba perfectamente para las dos clases más altas y la clase media no se quejaba porque se contentaba con poder alimentarse y tener una vivienda precaria, que era más de lo que podían jactarse muchos de la clase más humilde. Pero había llegado a oídos de la corte que las gentes más pobres se habían cansado de ver morir a su gente por frío, hambre o deshidratación. Cansados de nacer pobres y morir pobres, de ser hambrientos que engendraban más

hambrientos, de ser el blanco de cuanta enfermedad acariciaba la Capital. Estaban planeando una revuelta sangrienta si no dejaban de llegar barcos con esclavos que ocuparan los puestos de trabajo que debían pertenecer al pueblo llano. La corona engrosaba sus filas con soldados experimentados y un importante arsenal. Pero tenían en claro que los pobres, famélicos y cansados de verse muriendo por la desidia de sus señores, portaban un arma más destructiva que cualquier otra: no tenían nada que perder y eran demasiados.

Ante aquel panorama, Vincent Lamarc fue citado en la residencia real. Allí no era más que un subordinado del montón. Nadie iba a tratarlo como el señor que él creía que era. Lo habían citado a hora prima para tenerlo esperando más tiempo del que podía soportar. Realmente podía permitirse esperar al Rey y sus consejeros durante todo el día, pero nadie se había acercado a pedir disculpas por la demora o a ofrecerle siquiera una copa con agua. Se encontraba totalmente solo en una sala que bien habría podido albergar a la mayoría de los aldeanos que se encontraban en mayor situación de pobreza. Hasta Lamarc, con su desinterés por el bienestar del resto de las personas podía notarlo. Él también transitaba las calles y notaba el ambiente tenso y hostil. Había visto en más de una oportunidad cómo era apaleado algún mercader de los más acomodados por no querer regalar las sobras a los hambrientos. Las malas costumbres son las que se arraigan con mayor facilidad, así que cualquiera que ostentara cierto poder económico, se sentía capaz de mirar al otro por arriba del hombro. Pero ahora, los pobres reaccionaban y muchos mercaderes recibían heridas de gravedad. Lamarc podía notarlo, pero de todos modos no le importaba.

Él solo pensaba en sus ambiciones y cómo llevarlas a buen puerto. Toda su vida había sido así y por eso había logrado llegar a la posición en la que se encontraba en ese momento. Pero también era cierto que no tenía con quien compartir sus logros, por eso siempre ansiaba subir un peldaño más. Aunque tenía muy en claro que por más apellido con renombre y trayectoria que llevara, sus ideas tenían un límite: los deseos y ambiciones propias de la corona. La impaciencia le ganaba la partida, pero luchaba contra ella tratando de imaginarse sentado en el trono y sabía que, con su proyección y el poder real, sería imparables. Su imaginación volaba, soñando despierto que todo el mundo conocido estaba bajo su dominio, que la gente rogaría por su bendición real, que las mejores prostitutas se ofrecerían voluntariamente para complacer su lascivo cuerpo y que contaría con la mayor bodega de brandy del reino, del mundo. Pero eran solo divagues y en medio de ellos, cuando asomaba la tercia, finalmente comenzó a entrar la corte en la sala.

Era increíble para Lamarc ver la cantidad de parásitos que rodeaban al Rey, que supuestamente le servían dando su consejo. La mitad de ellos apenas sabía dónde estaban parados y de la otra mitad, dudaba que pudieran dar consejos de utilidad. Cuando todos los inútiles terminaron de

entrar, llegó el Rey, con su pomposa gala y cara de pocos amigos.

Lamarc se puso de pie y le ofreció una obsecuente reverencia, cuando en realidad les hubiera ofrecido tajazos a espada limpia a todos los concurrentes. Le daban asco.

—Gracias por acceder a esta reunión, Lamarc —Comenzó a hablar con fingida solemnidad el rey, a quien podía vérselo en la cara que prefería estar atrapado en una máquina de tortura que frente a quien había citado.

«Como si pudiera negarme» pensó Vincent, con desagrado, pero sus palabras fueron tan fingidas como las del monarca.

—Es un honor ser llamado por tan magnánima figura.

—Te hemos citado por los barcos que enviaste en busca de nuevas tierras.

Eso era todo, la cortesía había llegado a su fin y el Rey había ido sin mucho preámbulo al tema que les competía. Lamarc confirmó las sospechas que había hilado desde que hubiera recibido la misiva, siendo llamado a parlamentar con el Rey, hasta el momento en que se lo dijo: sabía que, ante la falta de noticias relevantes y la imposibilidad de explicarla, habrían de llamarlo a la brevedad. Debía volver a apelar a la falsedad y la obsecuencia.

—Su Excelencia, estoy aprontando nuevos barcos que sigan el rumbo que llevaba Trace. Desconozco las razones por las que...

—No te cité para que me digas lo que ya sabemos... —El Rey dudó unos momentos y luego rio con sorna—, o lo que no sabemos, en realidad.

—Sí, Su Excelencia. Me disculpo.

—Tampoco te he convocado para recibir una disculpa de tu parte —Un sirviente le había acercado una copa con lo que parecía vino y se detuvo a beber con celeridad, chorreando su barbilla con el líquido bermellón. A Lamarc se le hizo agua la boca pensando en una buena copa de brandy. El Rey se limpió con el dorso de su mano y prosiguió—. Sólo he de informarte que se cancela la expedición en busca de nuevas tierras y de esclavos.

—Su Majestad, si me permite...

—No, no te permito —Cortó enérgicamente, en un grito que invadió la totalidad de la enorme sala, provocando ecos atronadores—. Esto no es un debate, sino una orden directa e irrevocable. Yo ordeno y los demás

acatan, así es como funcionan las monarquías. Pusimos demasiada energía y dinero en esta empresa y hay mucha tensión en el reino. Ahora es inminente la necesidad de calmar a las masas.

No había alternativas. ¿De qué le serviría luchar contra lo inevitable? El Rey era el Rey y tenía el suficiente poder, dinero y soldados como para aplastarlo como a una cucaracha. Seguir insistiendo lo podía llevar a quedar tres metros bajo tierra o, lo que era peor para su retorcida manera de ver las cosas, en la ruina total. Dedicó una reverencia respetuosamente falsa al Rey y su corte. ¿Qué sabrían aquellos pomposos de culos gordos y embadurnados en perfumes y talco de expansión y dominio? Habían nacido entre algodones para ocupar lugares que de ningún otro modo podían llenar más que con sus rechonchas humanidades. Gordos presuntuosos, con complejo de magnificencia, incluido el Rey, que gobernaba sólo por la sangre que llevaba en sus venas.

Apenas traspuso las altas compuertas que flanqueaban la entrada a la sala de la corte, se convirtió en la furia misma hecha hombre. Había trabajado incansablemente durante toda su vida para alcanzar sus ambiciones y, cuando estaba a tiro de paloma, un viejo con la capacidad estratégica de un caracol había frustrado sus planes. Pero un Lamarc jamás se daba por vencido cuando aún había chances de seguir adelante.

Se reunió con Everett Cline en su propia sala de juntas. Había dado el debido puñetazo a la mesa para luego tomar su preciado botellón de brandy y servirse una copa a rebosar. Su oloroso ayudante de dudosa fidelidad llegó momentos después, lo aborrecía, pero aún podría resultarle útil. Siguió bebiendo incluso después que Cline se presentara ante él, esperando saber que necesitaba de él. Lamarc sabía lo que debía hacer, pero no toleraba desplantes, ni siquiera del mismísimo Rey. Le llevó un rato ahogarse en alcohol y calmar sus nervios destrozados.

Cline estaba asombrado por la facilidad con la que su señor ahogaba sus penas y broncas en aquella bebida. A ese paso, el brandy haría por sí solo todo el trabajo. El viejo Lamarc tenía el poder y las influencias que él necesitaba. Pero en algún momento comenzaría a ser un estorbo para sus planes.

—Cline —habló por fin Lamarc, cuando agotó todo el líquido soporífero de su enésima copa, mientras comenzaba a deslizar la pluma por un pergamino. Iba a escribir una misiva—, debes ir por un recado urgente sin detenerte por ningún motivo en absoluto.

El subordinado estaba harto de las órdenes de su señor. Se dormía y amanecía imaginando diversas maneras de asesinarlo, con el mayor sufrimiento posible, mucha sangre, muchas súplicas desesperadas. Por eso, había tenido que convertirse prácticamente en un actor para

disimular su desagrado.

— ¿Me oyes, estúpido infeliz?

Lamarc explotó de rabia ante la falta de respuesta. En ese momento, Cline había quedado en silencio unos segundos, saboreando otra de sus posibles muertes hasta que reaccionó, simulando obediencia.

—Lo he oído, señor.

—Y por el amor de Dios, da una visita previa al agua. Tu hedor es una falta de respeto hasta para un tendero —Su expresión de asco era demasiado elocuente, pero Cline simulaba no haberla notado—. Agradece que te necesito, sino te habría apaleado y sumergido en agua hirviendo hasta descarnarte.

—Bien, señor, como usted diga —Le dedicó una reverencia forzada, lo odiaba, aunque compartía su sentir: él también necesitaba a ese viejo decrepito con hábitos de borracho—. ¿A dónde requiere mi señor que lleve tan urgente e importante recado?

—A donde reside la única investidura que está por encima del energúmeno que tenemos por Rey, el arzobispo —Entregó la nota que había envuelto en un sobre pulcramente lacrado a Cline, no sin antes hacer una última exigencia—. Le darás el mensaje sin intermediarios y de más está aclarar que no debes meter tus narices en ese sobre.

Cline se retiró de la sala de juntas con el sobre en su poder y con más ganas de ver sufrir a Lamarc que de lograr sus objetivos.

Capítulo 18

Capítulo XVII – Ceremonias

Seis estaciones de cosecha después...

Los campos que antaño se habían extendido reseco eran ahora verdes sembradíos que bañaban el territorio Rumeraute. Los caballos y el ganado recorrían las tierras húmedas, tan diferente al yermo territorio que había sido años atrás. Los aldeanos se habían apegado a la austeridad a pesar de las exitosas cosechas. Ellos sabían por experiencias pasadas que repentinamente como venían los tiempos prósperos, también podían escurrirse de entre sus manos y pasar hambre. Con el exceso de caza, Ahdik dispuso gran parte de sus cazadores para entrenarlos como guerreros, puesto que seguía manteniendo la idea que en cualquier ocasión iban a aparecer los Chará-wisúes en pie de guerra, dispuestos a vengarse por los daños que Ajachay había ocasionado tiempo atrás, aunque él jurara haberlos despistado.

Wenai llevaba muchos años entre los aspirantes a guerreros y parecía no tener otra ambición más que enfrentarse a los Chará-wisúes, quizás por eso se había alejado de su hermano menor y su amigo, Equiro y se había disgustado con Lahnen. Apenas guardaba aprecio para su madre, quien lo seguía tratando igual que antes a pesar de haber advertido que había cambiado y no para bien. Era ahora casi un hombre y tenía sus propias ideas y tomaba sus propias decisiones. Solo aceptaba órdenes y consejos de Ahdik y sus capitanes. Para Ajachay solo guardaba una mirada de desdén cuando se cruzaba en su camino, a los ojos de Wenai era un traidor y un flojo. No era guerrero ni cazador y había desoído a su padre, trayendo a quien para él era el enemigo: una pálida que no podía hacerse siquiera entender a pesar de las estaciones de cosecha transcurridas. Había expuesto a toda la aldea al peligro y ahora pasaba los días pegado a aquel demonio de rizos dorados y su estúpida progenie.

Pero Ajachay aprendió a hacer oídos sordos a lo que decían los demás sobre él. Si había aceptado que nunca sería digno del orgullo de su padre, tanto menos habría de importarle lo que piense un aldeano cualquiera, excepto por aquellos a quienes amaba o tenía en estima, como Romnesa, su gran e incondicional amigo Lahnen, Tahanea, Napayshi y Equiro. Ellos junto a Elora y Magena eran su familia. Y aunque lamentaba que Wenai se hubiera convertido en un extraño en los últimos años, había aceptado su

decisión como parte de su crecimiento.

El hijo del jefe tribal no se sentía disminuido por no ser un cazador o un guerrero, pasaba sus días trabajando en la aldea con los alimentos o reparando y levantando techadas, o entre los ancianos del Círculo que le tenían más aprecio que su propio padre. Había aceptado el ofrecimiento de los ancianos de aprender sus artes bajo la condición de no tener que evadirse del mundo estableciéndose en ese claro. Si su destino le marcaba que debía de aprender sobre la contemplación de la naturaleza y la sabiduría ancestral, no sacrificaría su vida con Elora por lograrlo. Pero a pesar de todas las rarezas que Ajachay presentaba con respecto a sus semejantes, eso lo distinguía y hacía que fuera reconocido. Quizás no fuera el gran guerrero aspirante a líder del pueblo, pero era más la gente que lo apreciaba por su sencillez y bondad que los que rehuían de su presencia por miedos injustificados u odios irracionales.

Los días de Ajachay no eran sencillos. Elora tenía momentos buenos, en los que trataba de hacerse entender y se comportaba con calidez hacia los que la rodeaban; pero había también ocasiones en que un frío glacial la embargaba y no se molestaba siquiera en adaptarse al entorno y solo tenía ojos para su hija. El joven, pero implacable Rumeraute seguía esperando alguna señal para poder siquiera acariciarla o besarla. Cuando logró entender parte de la historia de Elora, había entendido que contra todo deseo, habría de respetar el luto y tenía bien en claro que había sido él mismo quien hubo elegido ese camino y debía soportar las adversidades.

Si alguien entendía lo difícil que resultaba amar, ese era su amigo Lahnen, su escudo, su hermano. Mientras Ajachay contaba con la constante presencia de Elora sin poder poseer su intimidad, el cazador tenía a Nagatí en cuerpo e intimidad, más no una vida compartida. Las noches eran el único nexo que unían al cazador con la sirena y él lo aceptaba porque sabía que no tenía más opciones, pero eso no significaba que estuviera conforme. Al amanecer su cuerpo aun ardía asediado por la pasión, Nagatí ya no estaba allí y el cazador solo era dueño de su soledad, porque sabía que necesitaba más que su cuerpo: estaba incompleto si no podía entregarle su alma.

Una noche cerrada en que unos nubarrones negros velaban la luz de la luna, Lahnen no pudo contenerse más y, mientras besaba las curvas de su amada, expuso sus angustias y sus dudas.

— ¿Por qué solo puedes compartir conmigo las noches? Te necesito junto a mí, las noches no me bastan.

—Tú aceptaste las condiciones, Lahnen —respondió Nagatí con la voz afectada debido a la agitación que el Rumeraute causaba en su respiración

con sus besos—. Sabías que no tendrías más que mis noches.

—Y lo seguiré aceptando porque es lo único que tengo. Pero no puedo fingir que me alcanza hacerte el amor para encontrarme solo al amanecer. Nunca me dijiste por qué te vas, dejándome con mi soledad antes que salga el sol.

—Tú sabes que en esencia soy una sirena. De hecho, fue así como me conociste, shi-ayoó'ni. Soy una doncella de Werenea, nunca te lo oculté.

—Lo sé, la diosa que rige las aguas de los mares, ríos y las que lloran del cielo. Será también la culpable de mis lágrimas.

—Eres fuerte, cazador. Ya habrá penas que llorar. He servido con poca prudencia y algunas cuestiones del destino se torcieron por mi culpa. Como castigo, debo cuidar los mares durante el día y las costas de noche. De no haber sido por mi error, jamás te habría conocido.

—Entonces, cuando estás conmigo, no lo estás por completo, aunque yo te he entregado todo.

—No era lo que yo quería, no era lo que habíamos planeado. Se suponía que solo íbamos a saciarnos de placer, nunca pensé que un humano me entregaría su corazón. No estabas en mis planes, no sabía que podría llegar a amarte como lo hago.

—Entonces, si tuvieras más opciones, ¿te quedarías conmigo?

La expresión de Nagatí fue de incredulidad.

—No lo dudes, renunciaría a la inmortalidad por ti. Pero no es posible y debo continuar... sirviendo a Werenea.

—Sabes que aceptaré las pocas migajas que pueda recibir de ti —Tomó su mano y la besó con ternura—. Pero al menos dime qué falta tan grave cometiste para ser ajusticiada de ese modo.

—No importa ahora, el daño ya está hecho.

Nagatí besó los labios afiebrados de Lahnen y, aunque él hubiera querido negarse y exigir una explicación más convincente, no podía decir que no al contacto con su piel, a sus besos y su fuego. Y no había nada que saciara el cuerpo agitado de Lahnen más que el fuego de Nagatí.

Estaban embriagados de pasión cuando oyeron risas y unos piecitos correteando por las rocas que daban entrada a una de las cuevas. El cazador no necesitaba mirar para saber que eran Napayshi y Equiro, que aún seguían huyendo para vivir aventuras nuevas. Pero también pudo oír

la risa de una niña. Entendía que las pequeñas sabandijas habrían logrado convencer a Magena de escapar por la noche con ellos.

Todos habían crecido demasiado para su gusto, el tiempo había corrido a través de ellos como arena seca entre los dedos. Equiro guardaba aun esos mofletes y la sonrisa inocente, pero su cuerpo había comenzado a estilizarse. Contaba ahora con doce estaciones de cosecha y, aunque aún se veía bastante infantil en ese cuerpo menudo, gracias a las enseñanzas de Lahnen se estaba convirtiendo en un gran cazador.

Napayshi, sin embargo, había decidido seguir los pasos de Wenai. Estaba formándose como guerrero, pero sin olvidarse de Equiro. Cuando terminaba la jornada de entrenamiento, volvía a ser el niño que aún era: seguía metiéndose en problemas junto a Equiro. Pero él era prácticamente un hombre, sus facciones se habían endurecido y mostraba usualmente un semblante serio, excepto cuando se encontraba con Magena y Equiro. Su cuerpo lucía ahora más dorado y marcado por músculos fuertes, pero rara vez dejaba que se le viera el torso al desnudo. Aun le avergonzaba descubrir que se estaba convirtiendo poco a poco en un hombre y las niñas comenzaban a mirarlo de otra manera. ¡Niñas!

Lo que había cambiado más notoriamente en Napayshi era su mirada, dando cuenta de su incipiente madurez. sus ojos seguían siendo negros como la noche, pero ahora portaban una profundidad que hacía que su mirada fuera más penetrante. Y calculadora. Sin embargo, su espléndida sonrisa atenuaba sus rasgos duros.

Con los únicos que se mostraba tal cual era, sin miedo a sentirse burlado o mirado con un deseo extraño, eran sus amigos. Magena era la única niña que toleraba y, al igual que Equiro, se había encariñado con ella desde su primer llanto al nacer. Desde ese día, ambos se habían comprometido a cuidarla y enseñarle todo cuanto sabían. Pero los años habían pasado y Magena era como un niño más. Sus rulos de un castaño muy claro estaban continuamente invadidos de pasto y tierra. Su piel pálida siempre pintada con líneas de barro, porque jugaba con los niños a ser una guerrera de Ahdik. El anciano jefe había aceptado que Ajachay se responsabilizara por ella y su madre, pero seguía sintiéndola como una extranjera. La niña lo sabía y anhelaba cambiar esa percepción del hombre que ella consideraba como su abuelo.

Magena hablaba el idioma de su madre tanto como la lengua Rumeraute, siguiendo todas las costumbres de la aldea que la había acogido desde su primer suspiro. Como Elora no lograba aprender a hablar la lengua Rumeraute, Magena traducía sus conversaciones con Ajachay, Romnesa, los niños o Lahnen; siempre y cuando Elora se sintiera lo suficientemente cómoda como para entablar conversación. La niña conocía a la perfección la historia de su madre y la comprendía, pero sentía mucha pena en los momentos en que su padre de crianza intentaba comunicarse con ella

mientras la oscuridad velaba su mirada. Esos ojos verdes se habían transmitido a la pequeña y se habían vuelto muy curiosos y vivaces. Se llenaban de expresiones cuando Magena inventaba historias que sus amigos disfrutaban con risas o expresiones serias, según el tono que ella les infundiera.

Sin dudarle, Lahnen dejó que se diviertan, estaba seguro que los tres estarían haciendo travesuras por las cuevas. Sonrió y continuó con su faena, confiando en que sabrían cuidarse mejor que cualquier adulto. En efecto, Napayshi y Equiro habían llevado a Magena a las cuevas por primera vez durante la noche. Le vendaron los ojos y la guiaron con cuidado hasta la entrada de una de las grutas más profundas, donde aún permanecían las ruinas de la aldea que había sido hogar de los Zapai del Sur. Allí permanecían como cadáveres y testigos del terror que había arrasado con aquel pueblo.

Mientras Napayshi guiaba a la niña por aquellas ruinas, Equiro encendió algunas hogueras, llenando el ambiente de luces y sombras. Llegaron ante una explanada donde antiguamente se reunía el pueblo extinto para parlamentar. Dejaron a Magena de pie, aun con los ojos vendados, mientras oía ruidos que daban cuenta que los muchachos estaban acomodando algo. Finalmente, Equiro quitó la venda de sus ojos y ambos hablaron a grandes voces a unísono.

— ¡Siete estaciones de cosecha!

Magen no podía creer lo que veía. Había pequeñas hogueras alrededor de toda la explanada, donde habían dispuesto un cuero de venado con carne asada, pan horneado por Tahanea, agua de manzana y frutas. Era una cena austera, pero había sido preparada con cariño y Magena se puso muy feliz de tenerlos con ella en ese día tan importante. Los abrazó a los dos juntos y rieron por largo rato hasta que cayeron en la cuenta de lo estúpidos que debían verse abrazados y sonriendo como criaturas lactantes. Se sentaron y comieron, recordando las aventuras a las que se habían arrastrado unos a otros.

—Hoy tienes unas trenzas muy lindas, niña —dijo Equiro algo ruborizado.

Napayshi asintió, agregando:

—Te ves muy bonita cuando te quitas el barro y te peinas. Casi una niña...

Los tres rieron y siguieron alimentándose hasta que Magena hizo un alto y sacó de entre sus ropas un saquito de piel de conejo.

—Mientras hacían sus cosas de adultos, les hice algo —Quitó algo del saquito y lo puso en las manos de sus amigos, eran unos colgantes de

tiras de cuero de diferentes animales—. Lahnen me dejó tomar piel de sus presas para hacerlos. Todos tendremos uno. Si algún día la vida nos separa, no nos sentiremos tan solos.

— ¡Qué niña más tierna! —se burló Napayshi—. Te desconozco.

Rieron otra vez. Equiro se puso serio.

—Nada podrá separarte de nosotros, no tendrás esa suerte, mirahué.

—Como sigas llamándome así, cortaré los dedos de tus pies para alimentar a los peces —Magená tenía su carácter y no le gustaba que se burlaran de ella—. Y acepten lo que les hice, porque nunca vas van a recibir algo de mí.

Les mostró la lengua mientras se quedó expectante, esperando que los niños se colocaran los colgantes. Recién cuando los vio en sus cuellos, se colocó el suyo.

—De verdad, gracias por los regalos. Equiro es un idiota, pero te quiere tanto como yo —El comentario le valió un revés de Equiro en la nuca.

— ¿Están seguros que no son hermanos de verdad? —Magená rio e hizo un gesto para quitar seriedad al asunto—. Para mí lo son. Como sea, ratas de canal, son unos idiotas los dos, pero también los quiero.

Terminaron la cena, ahogaron las hogueras y volvieron a la aldea, antes que el sol revelara sus ausencias. Magená agradeció una vez más a la vida extraña, la familia y los amigos que los dioses le habían regalado.

Capítulo 19

Capítulo XVIII – Las cuestiones de la inocencia

Aquellas tierras se habían convertido en su mundo desde la primera bocanada de aire que tomó, aquella era su gente y como tal, los consideraba como una gran familia. Magena había sido gestada en otro mundo, donde los tiempos corrían lentamente y la belleza había mermado con el paso de los años por la mano del hombre.

Elora había pasado cada día de su vida contándole sobre aquel mundo opaco porque, aunque no guardara la belleza de esa pequeña extensión de tierra que ahora era su hogar, allí había pasado gran parte de su vida. Allí, si el negro hálito de la muerte no lo había alcanzado, vivía su padre, había sido educada y había conocido a John. Magena conocía mucho de aquel mundo lejano y ajeno por las palabras de Elora. Le contaba lo bueno y lo malo, las similitudes y diferencias, lo que extrañaba y por lo que no volvería a poner un pie allí otra vez. Elora solo hablaba con ella porque era la única que podía comprender sus palabras. La niña hablaba las dos lenguas con naturalidad y muchas veces oficiaba de traductora entre los miembros de la aldea y su madre, y eso la ponía muy orgullosa de sí misma.

Pero para Magena, todo cuanto oía era como un cuento de fantasía, de un mundo inexistente. Porque, aunque creyera en cada una de las palabras de su madre, no era a donde pertenecía y no lo sería jamás. Con sus escasos siete años tenía bien en claro que su verdadero padre había sido asesinado por Ogenwa, que era el jefe de los Chará-wisúes, apenas puso un pie en sus tierras y que Ajachay se había ofrecido para cuidarla a ella y su madre sin condiciones, sin esperar ningún tipo de retribución y por eso lo amaba profundamente.

Ajachay se desvivía por la pequeña y ella disfrutaba cada momento a su lado, cada historia, cada enseñanza. La pequeña veía en esos oscuros ojos el amor de un padre y poco le importaba que no la hubiera engendrado si al final se había entregado en cuerpo y alma para protegerla. Pero, aunque amaba a su madre, inconscientemente lamentaba que todo el amor que ese Rumeraute entregaba a ambas sin miramientos cayera en saco roto cuando se trataba de Elora. Magena era pequeña, pero lo suficientemente inteligente como para darse cuenta que su madre era fría y distante con él.

Un día decidió que no toleraría más la pena y, mientras Elora trenzaba sus

cabellos como Tahanea le había enseñado, se animó a increparla.

— ¿Por qué odias a padre?

—No odio a Ajachay, Magena, y tu padre murió hace mucho tiempo —respondió con un suspiro. Sabía que su hija era curiosa y habría preguntas de ese tenor en cualquier momento—. Solo que no puedo sentir lo que él siente por mí.

—Pero para mí, es mi ataa' —aclaró la niña antes de continuar—. ¿Entonces, ¿no sientes nada por él? Creo que eso es peor que odiarlo.

—Siento respeto, agradecimiento. Su valor y quizás su imprudencia nos salvaron de las garras de aquel pueblo despiadado. Pero no puedo retribuirle todo el amor que profesa por mí.

— ¿Por qué? —insistió Magena—. Es bueno con nosotras, nos salvó y te mira como Equiro mira a su porción de alimentos.

Elora rio. Las palabras de Magena podrían sonar ridícula, pero bien sabía que su pequeño amigo sentía gran devoción por ese sencillo acto de alimentarse. Había pasado mucha hambre, huérfano como había sido y la familia de Napayshi lo cuidaba desde entonces como un miembro más. Pero antes que Elora pusiera un pie en esas tierras, habían pasado por grandes carencias y Equiro siguió desnutrido. Sin embargo, ahora que todo era más próspero, un plato con venado y pan tibio era la gloria para aquel muchacho. Por tanto, era una analogía perfecta.

—Lo sé —respondió Elora apenas se repuso de la risa repentina que le provocó la ocurrencia de la niña—. Pero yo aún amo a tu padre. No puedo dejar de hacerlo.

—Mi padre es Ajachay —volvió a aclarar—. Tú me dijiste que él me recibió y me dio un nombre.

—Así fue. Pero tu padre era John y lo sabes. Él te engendró en mi vientre.

—Como sea, él no está aquí. Puedes seguir amando su recuerdo y honrando su memoria. Pero deberías darle un poquito de tu corazón a padre Ajachay —dijo, recalcando las dos últimas palabras—. Él lo merece.

Elora había terminado de trenzar su cabello y había permanecido en silencio. Sabía que en las inocentes palabras de su pequeña había grandes verdades. Pero ¿cómo compartir sus sentimientos cuando seguía amando a John? Sufría en silencio, pero Magena era su hija y la conocía mejor que nadie, por eso podía poner palabras a lo que estaba sucediendo con la naturalidad de la inocencia. La pequeña se puso en pie, tomó las manos

de su madre para que se pusiera de rodillas, beso su frente y se fue corriendo a jugar con sus amigos.

Al salir de la techada de Romnesa y dirigirse hacia la de Napayshi, advirtió que allí no estaban él ni Equiro, tampoco Lahnen. Tahanea le explicó que su hijo mayor había llevado a los pequeños a cazar y la invitó a ayudarla con el pan. Magena dudó unos momentos, agradeció el ofrecimiento a la mujer y se excusó para retirarse corriendo y cantando. Romnesa le había enseñado muchos cantos al sol, a las aguas, y a tantos otros dioses que veneraban.

Había todavía Rumerantes que veían a la niña de piel nívea como una extranjera, pero a ella no le importaba. Hizo caso omiso a aquellos aldeanos que a su paso la miraban con desprecio o miedo y siguió camino hasta el claro donde el Círculo mantenía su constante comunión con los elementos.

Ajachay le había enseñado que no se les debía interrumpir, que era prudente acercarse en extremo silencio y esperar a que fuera llamada. Le contó que ellos siempre estaban dispuestos a recibirla y escucharla, así como a responder sus dudas. Por eso llegó hasta allí con el mayor sigilo posible y esperó, mientras observaba a aquellos ancianos parlamentando con la naturaleza. Podía percibir la paz que transmitían en ese claro rodeado de árboles que habían recobrado sus antiguos colores vivos, gracias a las temporadas de lluvia que habían vuelto a la normalidad luego de su nacimiento.

—Magena, niña mía... —Lihui rompió el silencio con palabras muy suaves—. Vienes a visitar a estos pobres viejos. Nos honras.

Aunque los ancianos permanecieron con los ojos cerrados y Magena tuviera en claro que eran amables con todo Rumerante que se presentara ante ellos, sabía que la trataban con un cariño especial. Los miembros del Círculo sabían que su despertar a la vida había cambiado el rumbo de los acontecimientos. Y aunque estuvieran seguros que su presencia traía luces y sombras a aquel mundo, la apreciaban por su simpleza y bondad, que parecía haber heredado de Ajachay a pesar de no compartir la misma sangre.

Magena se ruborizó como cada vez que los ancianos la recibían con cariño.

—Ven, pequeña, siéntate con nosotros —agregó Hwatu, otro de los ancianos que rara vez hablaba—. Ya te estábamos echando en falta.

—Cumplí siete estaciones de cosecha —comentó con el semblante orgulloso mientras se sentaba junto a Nawat. Sabía que, por ser el más

anciano, era el que menos hablaba, pero se sentía en paz a su lado.

—El tiempo ha pasado implacable, eres toda una mujercita —respondió Tolihuen. Todos hablaban con ella, puesto que los reconfortaba su presencia.

—Si. Pero shima se enojó. Notó que me escapé con Napayshi y Equiro. Ellos me dieron una cena para celebrar.

—Bueno, se preocupa por ti, no debes culparla —argumentó Lihui—. Tienes grandes amigos. Desde que naciste estuvieron a tu lado. Serán grandes hombres un día.

—Lo sé. Están un poco locos, pero los quiero.

—Estimamos tu visita, Magena —La voz de Nawat se elevó profunda y noble, tomando la palabra—, pero hoy noto en ti la urgencia ante preguntas que te has estado haciendo —A pesar de que permanecía callado la mayor parte del tiempo, el cambio de curso en la prosperidad Rumeraute había dado firmeza a sus palabras que seguían siendo escasas, pero certeras—. Lihui te responderá.

Magena miró a Lihui con gesto pensativo. Ya no se sorprendía por el hecho que Nawat siempre supiera lo que pensaba y sentía. Era el miembro más anciano y sabio del Círculo. Carraspeó para explicarse y dirigió sus ojillos vivos al anciano aludido.

—Shima me ha contado mucho del mundo del que vino y conozco mucho de este. Sé que los dioses que veneramos lo crearon para nosotros, pero nadie me contó cómo fue su creación.

—Interesante. Eres pequeña pero tu curiosidad nos complace —y comenzó a relatar placentemente—: Es muy triste, pero parece que nuestra gente ya no tiene tiempo para contar su propia historia, una historia viene del tiempo antes del tiempo. Los dioses que veneramos crearon el mundo del que vino tu madre. Había belleza en él y las criaturas que lo habitaban lo recorrían con respeto. Toda la creatividad de los dioses estaba dispuesta a crear nuevas maravillas. Pero un día surgió el hombre como el epítome del mundo maravilloso que habían moldeado, con su curiosidad y una racionalidad superior al resto de las criaturas. En principio la utilizaron para bien y había prosperidad. Pero la sabiduría puede ser un arma peligrosa en manos equivocadas.

» Comenzaron a destruir todo lo que tenían a su paso, a abusar de los elementos, de los animales, de las aves. Creyeron convertirse en amos y señores de aquel mundo y olvidaron que todo cuanto les fue dado era un préstamo y se olvidaron también de los dioses que les dieron la vida. Inventaron dioses nuevos y en su nombre justificaron matanzas y

asolaron todo lo que en un tiempo fue bello y puro.

—Son malos. No quiero ir nunca al mundo de shima.

—No creo que en principio lo fueran y aun hoy rechazo la idea que todos lo sean. Había pureza en sus actos hasta que algunos se dieron cuenta del poder de su sapiencia y se aprovecharon de ello —prosiguió Lihui, comprendiendo que Magena aún era pequeña para comprender algunas cosas.

» Pero el poder no es para las almas simples que no pueden resistir a la tentación de abusar de él, oscurece las acciones nobles y a quienes las llevan a cabo. Eso fue lo que llevó a aquellos hombres al camino del mal. Hubo mucha discrepancia entre los creadores, largamente parlamentaron hasta tomar una decisión. Los dioses no se atrevieron a destruir su creación, por lo que tomaron la determinación de intentarlo nuevamente, dejando atrás ese mundo fallido. Solo algunos quedaron rigiéndolo, los que creían en la redención del hombre. Incluso adoptaron los nombres que les fueron dando, a pesar que sus formas de venerarlos fueran extrañas y destructivas.

—Y si en este mundo hay almas débiles, ¿nos abandonarán a nosotros también?

—Este mundo es la prueba final. Si fallamos, ellos también habrán fallado —Intervino Nawat—. Qué pasará con nosotros entonces es un misterio que no se nos ha revelado. ¿Hemos saciado tu curiosidad?

—Si, pero... Solo una cosa más —respondió Magena con timidez—. Ataa' me dijo que mi nombre significa "luna creciente". ¿Hay un dios de la luna?

—Lo hay —Lihui retomaba la palabra luego de la intervención de Nawat—, aunque nunca hemos podido sentir su presencia. Los ancianos de Círculos más antiguos nos dijeron que su nombre es Klehanoai. Era uno de los que se oponían a crear un mundo nuevo. Por eso, solo rige a la luna, su luz y su viaje por los cielos.

—Está bien —concluyó Magena, algo apenada—. ¿Me voy?

—No, pequeña, puedes quedarte si lo prefieres. Quizás puedas complacer a estos pobres viejos con un poco de makate.

Magena pasó una vez más la mañana con los ancianos, escuchando historias de los ancestros. El hecho de no llevar sangre Rumeraute en sus venas no le iba a impedir emocionarse como si se tratara de sus propios ancestros.

Capítulo 20

Capítulo XIX – El cielo en sus manos

Parecía que habían transcurrido eones desde que descubrió a Elora en poder de Ogenwa. Había atravesado peligros, enfrentado el desdén de su pueblo, dolor, cansancio y hasta podría haber alcanzado las negras alas de la muerte. Pero cuando las tenía posadas casi sobre él, ellas se alejaron y el joven y valiente Ajachay volvió a vivir. Se había sentido muy cansado, demasiado débil y le llevó tiempo recuperarse totalmente, pero había llegado el momento en que Elora debía parir y tuvo que hacer a un lado sus dolencias, su debilidad y su cansancio.

Sin embargo, ese esfuerzo sobrehumano fue gratamente recompensado con el nacimiento de Magena. Él le dio el nombre y supo que Elora estaba comenzando a confiar en sus buenas intenciones. La niña no paraba de crecer y era tan curiosa como sus amigos, que se pegaron a ella desde que la vieron nacer y nunca se alejaron de su lado.

Elora había contado a Magena desde muy pequeña de donde habían venido, quien era su padre, los días de cautiverio en la aldea Chará-wisú y cómo Ajachay las había rescatado. La niña era muy inteligente para su corta edad, así que no transcurrió demasiado tiempo hasta que comprendió las palabras de su madre e hizo una elección: a pesar de su historia, a pesar de su origen, ella era una Rumeraute, aunque llevara en sus venas sangre de pálidos. Para Magena, su padre no era otro que Ajachay. Él rescató a su madre poniendo su vida en peligro, le dio su nombre y la trataba como a una hija, si él no había tenido reparos, ella tampoco los tendría. Además, todo cuanto conocía y amaba formaba parte de esa aldea. Era Rumeraute, hija de Elora y Ajachay y John Trace no era para ella más que un nombre sin rostro, una cáscara vacía, un fantasma.

Ajachay la amaba con locura. Ansiaba cada mañana verla despertar para recibir su cálido abrazo y sentir sus manitas regordetas acariciando su rostro. La mejor melodía de su vida eran dos acordes que sonaban temprano por la mañana, «Hola, ataa'.» y otros dos que cerraban la jornada, «Descansa, ataa'.» Era cuanto tenía y no necesitaba más. Salía de la techada que aún compartía con Ahdik al amanecer y se dirigía a la de Romnesa, donde Elora y Magena moraban. Antes de retirarse a descansar, pasaba por allí para besar sus tibias mejillas y arroparla.

Se sentía feliz. Esa niña era la luna que iluminaba sus noches más frías. Pero no se sentía pleno. Elora confiaba ahora en él, aceptaba que Magena lo tratara como a un padre y dejaba que él cumpliera con ese rol como si realmente lo fuera. Pero ella era en sí un muro infranqueable para el

joven de piel dorada.

Todo había comenzado con su deseo, un fuego carnal que recorría su cuerpo y ardía en sus entrañas. Pero con el tiempo y a pesar del frío glacial con que ella lo trataba, había comenzado a amarla por su belleza simple, su fortaleza, su talante orgulloso y, sobre todo, por el modo en que estaba moldeando el camino de Magena, llevándola a convertirse en una mujer de bien. Y aunque deseara que algún día dejara caer sus defensas y se entregara al amor sincero que él le profesaba, podía entender el dolor que había atravesado y que aún amara a su difunto esposo. Pero una cosa era la comprensión y el respeto y otra muy diferente era el propio dolor de Ajachay cada vez que sentía posada en él la mirada gélida de Elora. Era inevitable.

Una noche había ido a despedirse de la pequeña y se demoró oyendo sus palabras narrando cómo había ido por su cuenta al claro del Círculo y había oído de los propios labios de los ancianos una historia de los dioses que hasta el propio Ajachay desconocía, puesto que nadie en aquella aldea había sabido de la existencia del otro mundo hasta el arribo de Elora. Probablemente, era un conocimiento que debía permanecer oculto, pero se había vuelto inevitable con la llegada de los barcos abarrotados de pálidos. Ajachay estaba orgulloso de su hija y el respeto por los ancianos del Círculo y las raíces de su pueblo. Sabía que era esa la razón que le había abierto las puertas para ser recibida de buen grado por los sabios Rumerantes.

También oyó como luego se había reunido con Napayshi y Equiro, para ir a cazar ranas y dejarlas en libertad, luego se habían dirigido a la costa para pescar y, mientras Equiro estaba muy concentrado en asar las piezas conseguidas, ella había seguido alimentando su curiosidad.

—Le pregunté a Napayshi porqué los Rumerantes no temen a la muerte como lo hace shima —Ajachay sonrió, sabía que la muerte era respetada, más que temida.

—Te contó una historia, supongo.

—Sí, me dijo que la vida y la muerte se han amado por más tiempo del que las palabras puedan describir. Y como no está en su naturaleza vivir juntas, la vida le envía incontables regalos a la muerte. Todo lo que posee vida le es enviado y pasan años hasta que la muerte los recibe y los guarda para cuidar de ellos para toda la eternidad.

—Así es. Bien por Napayshi, es muy sabio.

—Si. Equiro también, solo que estaba muy concentrado en la comida y no

prestó atención —Ajachay rio con ganas esta vez.

—Ya lo creo, pequeña. Ahora es tiempo de descansar. Recuéstate así puedo arroparte e irme a descansar yo también.

La niña tomó al dorado por el cuello y le dio un beso muy tierno en las mejillas, luego las acarició y finalmente habló a su oído.

—Descansa, ataa´.

—Descansa, mi niña.

Ajachay la besó y esperó que se recostara en su lecho para colocarle por encima el cuero que Tahanea le había regalado por su nacimiento, siete años atrás. Dio las buenas noches a Romnesa y Elora y se dispuso a salir de la techada cuando la pálida se puso de pie y lo tomó del brazo. Había permanecido en silencio, como todas las noches, mientras él y Magena conversaban. No comprendía nada de la lengua Rumeraute, así que nada podía hacer más que mirarlos. Por su parte, Magena evitaba dar a su madre detalles de su jornada lúdica, Elora era muy temerosa y si fuera por ella, Magena no debería salir de la tienda.

Pero ahora sostenía con fuerza a Ajachay y el la miró sorprendido, esperando que quizás por medio de señas le reprochara de algún modo que su hija contara más cosas a él que a su propia madre. No sería la primera vez. Sin embargo, lo tomó de la mano y tiró de él para sacarlo de la techada. Estaba totalmente desconcertado y no pudo evitar mirar a Romnesa en busca de alguna explicación.

—Ve con ella —le dijo Romnesa, adivinando sus pensamientos y acompañando sus palabras con un gesto de incertidumbre. Ella tampoco comprendía demasiado lo que sucedía—, yo velaré por Magena.

Ajachay se dejó arrastrar por Elora, mientras caía en la cuenta que llevaban días sin tener ningún tipo de contacto físico. La dejó hacer, mientras notaba que se alejaban de la aldea, internándose en la arboleda que circundaba la costa occidental de aquellas tierras. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos del bullicio y las miradas acusadoras de la aldea, lejos de la luz de las hogueras y solo iluminados por el deslumbrante destello de la luna que aquella noche parecía brillar con una fuerza sobrenatural, Elora se detuvo en silencio y se colocó frente a Ajachay que permanecía descolocado por el desconcierto.

Pasaron unos cuantos segundos, aunque bien podrían haber sido minutos u horas y él no lo habría notado. Ella lo miraba con intensidad y él no llegaba a comprender cuál era la finalidad de sus actos. Pero luego Elora alzó una de sus níveas manos y con el dorso de su dedo índice, acarició suavemente el pómulo anguloso del dorado. Lo invadió el rubor y el fuego.

Continuaba sin comprender las intenciones de la pálida, pero estaba disfrutando tanto la sutil caricia que no le importó demasiado la razón. En ese pequeño contacto, sintió la muestra de afecto más grande que hubiera recibido en su vida, porque viniendo de ella, cualquier pequeño gesto valía el triple. La blanca mano se desplazó, rozando con la palma la piel bronceada del cuello y el pecho, que ardía como afiebrada ante el contacto. Él la dejó hacer, no quería arruinar el momento, cortando con la magia que la mano de la mujer estaba obrando en su cuerpo, en su interior. El Rumeraute dudó unos segundos, creyendo que era solo un sueño, pero finalmente la envolvió con sus brazos con intensidad, como quien se aferra a lo que cree que se puede perder de un momento a otro.

La cúspide de la cabeza de Elora llegaba justo a la línea del mentón de Ajachay, pero ella apoyó su mejilla en el pecho de su salvador y él dejó descansar su frente en la coronilla adornada de rubios cabellos. Se sentía como creía que un guerrero se sentiría al ganar mil batallas, o como el alivio que sentiría la tierra reseca por el calor al dejarse bañar por la refrescante lluvia. Largo rato permanecieron en aquella posición y Ajachay comenzó a sentir las lágrimas de Elora corriendo por su pecho, como si fuera el cauce de un río reseco, ávido por aguas frescas. Esperó, permitiendo que con ellas fluyeran todas sus penas y su dolor. Cuando por fin la notó más calmada, tomó su rostro y besó su frente. Enjugó sus lágrimas y le sonrió. No hablaban el mismo idioma, pero en ese simple gesto le declaraba protección y amor incondicionales, esperando que ella se lo permitiera.

Cuando Elora recuperó completamente la compostura, volvieron a la aldea. Esa noche Ajachay descansó como no lo había hecho en mucho tiempo, esa migaja de aprecio que Elora le había brindado era suficiente para calmar su alma agitada.

La situación se repitió varias veces. Ella guiaba a Ajachay hacia la arboleda y allí lo abrazaba, ya casi sin lágrimas y permanecían un rato entrelazados, admirando el firmamento, incluso en las noches nubladas cuando solo podían percibir el brillo de la luna velada tras los cúmulos. Pero llegó una noche en que ella acompañó el abrazo con un beso. Sus labios hicieron contacto y un escalofrío recorrió el cuerpo del dorado, quien lo recibió de buen grado, pero sorprendido.

Pero un alma que espera por alguna muestra de afecto, que ha soportado el ardor del cuerpo propio y el frío de la otra persona, no puede controlar su naturaleza. Tras el escalofrío, sobrevino el fuego. Sintió su piel afiebrada por el deseo que había venido reprimiendo por tanto tiempo. En la cercanía de sus cuerpos, Elora pudo advertir la rigidez de su miembro rozando su pelvis. Quizás el ardor de aquel cuerpo curtido por el sol, el aroma de las hogueras perfumando su piel y sus cabellos, quizás la

soledad y el dolor, quizás una conjunción de todas esas cosas, hicieron que la intensidad de los besos de Elora aumentaran.

Ajachay ya no pudo detener más el afán de sus manos, que comenzaron a recorrer trémulas el cuerpo frío de aquella mujer a la que deseaba con locura. No transcurrió demasiado tiempo hasta que el propio frío en el cuerpo de Elora se convirtiera en fuego. Las manos del Rumeraute se atrevieron a cruzar barreras y descubrir la humedad en la intimidad de Elora. La tendió suavemente sobre la hierba, para desplazar suavemente sus besos por el congestionado cuerpo de la pálida mujer que ahora gemía de placer, asediada por las sensaciones.

Por fin entró el Rumeraute en la plena intimidad de la pálida, con ternura desmesurada, aquella mujer ya desflorada, sería la primera y la última en la que dejaría fluir su pasión, hasta entregar el néctar más preciado de su ser. Esa noche, Elora fue receptora y maestra, acompañó cada caricia del Rumeraute con gemidos y asintiendo, guiándolo por donde el placer era más intenso. Ajachay nada sabía de pasión hasta que mordió del fruto. Ardía hacía años, pero eso eran solo ascuas comparado con el fuego que provocaban esas dos almas bailando al son de sus deseos. Él falló, preso de la inexperiencia y la ansiedad, se lamentó cada vez que no supo cómo continuar, pero Elora fue paciente.

Las primeras experiencias no fueron plenas, pero ambos necesitaban del contacto con el otro, una por soledad y el otro por el fuego de sus entrañas. Entonces, cada encuentro fue superando al anterior y Ajachay finalmente pudo dedicarse a complacer a Elora, conociendo cada parte de su cuerpo y cada objeto de sus deseos, y pudo entregarse a la pasión y al amor que se acrecentaba con cada luna. Entonces, y aunque Elora aún guardaba sus reparos y sabía que John Trace nunca moriría en su memoria, descubrió en su interior que la culpa se atenuaba. Finalmente, la hoguera se hizo luz.

Capítulo 21

Capítulo XX – El heredero

Siempre temía perderlo todo. No era fácil ser el señor y protector de los Rumerautes. El legado que había recibido era el de un pueblo devastado por la guerra, la esclavitud y el miedo. Si bien los Chará-wisúes asolaban a todos los pueblos de aquel joven mundo, eran las gentes de Ahdik y su padre antes que él quienes sufrían el mayor asedio. Y él ya había visto morir y caer en la esclavitud a demasiados miembros de la aldea que, se suponía, él debía proteger.

Pero los Rumerautes nunca habían sido en toda la historia de su creación un pueblo bélico. Había pasado demasiado tiempo hasta que Ahdik aprendió de los errores propios y de los de sus antepasados; pero aprender era para él resignar costumbres ancestrales, la memoria de su padre, de su abuelo.

Sin embargo, la osadía de su propio hijo al cual él consideraba débil y cobarde, le mostró que a veces hay que arriesgarse a resignar las costumbres por el bien común. Era ahora una rutina levantarse de su lecho antes que el sol asomase en el cielo para entrenar jóvenes y adultos fuertes y saludables porque tenía muy en claro que los Chará-wisúes se levantarían nuevamente apenas consiguieran reponerse del asedio que sufrieron a manos de Ajachay y Lahnen y, como supieran que su ruina había sido a causa de los Rumerautes, habría represalias.

Ajachay los había vigilado por años, viendo como trataban de reconstruir su aldea, de rearmar su ejército de guerreros despiadados. Sin embargo, los años avanzaron y no habían dado indicios de haber sabido quienes los atacaron. Con el tiempo transcurrido y el nacimiento de Magena, Ajachay espació sus viajes hacia Malpayne cada vez más, hasta abandonarlos completamente. Sin embargo, los ancianos habían hablado a Ahdik hacía unos años atrás, advirtiéndole sobre una guerra que apenas podría ser sostenida con el valor y la muerte de muchos hombres. No veían con claridad quién encabezaría el ataque, pero había que prepararse para luchar y defender las vidas de los Rumerautes o esperar por su extinción, tal como había sucedido con la tribu Zapai del Sur.

Así fue que Ahdik pasó de jefe sabio y pacífico a uno que vivía para entrenar a sus hombres. De algún modo, sintió que volvía a recuperar el respeto de los aldeanos, que había mermado ante la rebeldía de Ajachay. Su hijo había obrado a favor y en contra de su figura de señor de los Rumerautes; sin embargo, gracias a él, la prosperidad y los esclavos de Ogenwa habían regresado a tierras Rumerautes. Hacía años que no veía

tan buenas jornadas de caza y cosechas y había regresado un poco de la antigua alegría que él solo había conocido de pequeño y con el tiempo se esfumó. Una vez se sintió satisfecho con lo que tenía frente a sus ojos.

Pero había una espina clavada en su corazón que no podía quitarse: la pequeña pálida. Sabía que Ajachay la había aceptado como a una hija y la amaba y trataba en consecuencia. Tenía la completa seguridad que era un ser inocente, que había sido traída por la fuerza a ese mundo antes siquiera de ver la luz del sol. Comprendía que era una niña dulce que hacía todo lo posible por adaptarse a aquella gente que en realidad no le pertenecía. Ahdik sabía cuánto amaba su hijo a esa niña y que muchos miembros de la aldea la habían aceptado como una Rumeraute más. Él quería sentirla como un miembro más de la familia, pero no podía.

Casi le dolía el alma verla vestida como una Rumeraute, corriendo por la aldea como cualquier niño, como si esas tierras también le pertenecieran a ella. Porque él sabía que, a pesar de que hubiera mamado todas las costumbres de su gente, que hablara su idioma y siguiera sus costumbres, nunca correría sangre Rumeraute por sus venas.

Aun así, había algo que lo asediaba más con respecto a Magena: sus sueños. Todas las noches se veía invadido en sueños por imágenes de la aldea caída en desgracia en torno a su figura. A veces la soñaba con sus escasos años, a veces la visualizaba como una mujer bella y peligrosa. En sus viajes oníricos persistían aquellas palabras que hubo dirigido a Ajachay para referirse a Elora años atrás: un demonio de piel descolorida.

Temía por su pueblo y sabía que era una locura porque Magena era una inocente pequeña. Podía ver en sus ojos la clemencia de un amor inexistente, sabía muy bien que ella deseaba sentir los brazos de su abuelo estrechándola y él se sentía tentado a entregarle su amor, así como lo había hecho Ajachay, olvidando que su sangre no era la misma. Pero las imágenes de sus sueños aparecían claras frente a sus ojos y se veía obligado a ignorarla.

Magena había llegado a preguntar un día a Ajachay con lágrimas en sus ojos por qué Ahdik la odiaba.

—No te odia, Lunita. Él es el jefe y usa esa cara de amargado para que lo respetemos —respondió tratando de calmarla y restarle importancia al comportamiento de su padre.

Ajachay sabía que la niña no estaba muy alejada de la realidad, pero su bienestar era más primordial que una verdad que no serviría de nada.

—Pero yo si lo respeto. Me gustaría que me trate como amá saní Romnesa

te trata a ti.

—Amá saní Romnesa no es jefe de esta aldea y, además, es un ser especial. Aunque fue la esposa del anterior jefe y es la madre del actual, ella sigue siendo una mujer simple, con mucho amor para dar —Acarició el hombro de la niña para calmar la congestión de su llanto—. Y aunque analí Ahdik ponga cara de pocos amigos cuando nos ve, nos quiere también.

— ¿A ti por qué te odia?

—No me odia, pequeña —dijo riendo, pero en el fondo, ni él sabía que tan sincero estaba siendo con Magena—. Con el tiempo aprendí que le cuesta aceptar que soy diferente a él. Tú lo entenderás también algún día.

Luego de esa charla, Magena dejó de intentar conseguir una muestra de afecto, de sentirse odiada y siguió con su vida habitual, sabiendo que quienes la rodeaban la amaban de verdad y eso era lo que importaba. Pero Ahdik seguía lamentando su sentir y no lo podía evitar. Además, no podía dejar de pensar que los años pasaban raudamente y su hijo no engendraba ninguna semilla y, peor aún, que la mujer que había elegido para vivir a su lado no le permitía siquiera acercarse a ella.

Pero un día llegó a él la noticia de los mismos labios de Ajachay: Elora llevaba en su vientre un pequeño Rumeraute, fruto de la semilla de su hijo. Su tan ansiada descendencia. Hubiera dado saltos de alegría, pero no correspondía a un jefe de su talla, por lo que resumió todo en un apretón al hombro de Ajachay.

Los meses pasaban rápidamente y el vientre de Elora se hinchaba más y más. Magena lo besaba y le hablaba, esperando su llegada para no sentirse tan sola, aunque tenía en claro que ya al nacer su hermano o hermana sería más Rumeraute de lo que ella podría llegar a ser en toda su vida. Napayshi y Equiro la extrañaban en sus ratos de esparcimiento, porque ella se había abocado a acompañar a su madre y estaba siempre dispuesta a ayudar a Ajachay y Romnesa en cualquier menester que se solicitara. Pero, aunque ya no podían compartir tanto tiempo, la comprendían y estaban muy contentos de ver a Magena tan feliz.

Llegó la estación de las tormentas y con ella, los campos anegados y los rayos quebrando el cielo. El vientre de Elora parecía estar a punto de estallar de un momento al otro y la semilla de Ajachay bailaba alegremente en el interior de la pálida.

El día del alumbramiento había llegado y se había generado mucha expectativa. Todos aquellos que habían mirado con desdén a Ajachay cada día de su vida, finalmente aceptaron que era un Rumeraute como todos los demás. En principio, él sintió ira y desconcierto porque le parecía

inaudito que tuviera que procrear para demostrar su hombría, su valía y su derecho a reclamarse Rumeraute. Luego los dejó ser, entendía que tenían maneras de pensar que no cuadraban con su visión de las cosas, pero aprendió a respetarlas porque comprendió que de otro modo estaría teniendo la misma actitud que tanto aborrecía de los demás.

Romnesa estaba otra vez hecha un manojo de nervios, pero ahora contaba con el apoyo de Magena que parecía tener a todos siguiendo sus órdenes. Mientras Ajachay permanecía al lado de Elora como había hecho ocho años atrás, acompañándola en su trabajo de parto. Lahnen se aseguró esta vez de alejarse en una incursión de caza que lo mantuviera lo suficientemente ocupado como para que nadie lo solicitara en la tienda de Romnesa. Napayshi y Equiro iban y venían, cumpliendo con las exigencias de Magena mientras Wenai los veía pasar con desdén. Hacía años que los pequeños amigos desistieron en intentar recuperar su simpatía.

Fuera de la techada de Romnesa, se erguía Ahdik en toda su humanidad. Esta vez estaba realmente interesado en la paternidad de su hijo. Veía ir y venir a Magena, pero, aunque se desesperaba por preguntarle cómo iba el alumbramiento, no tenía las agallas suficientes como para enfrentar a la niña a la que había ignorado durante toda su vida. Napayshi y Equiro no sabían demasiado, ya que no paraban de mandarlos por recados y no llegaban a saber si todo iba bien o no. Las horas pasaban y el jefe de los Rumeroutes se encontraba más desconcertado y vulnerable que un recién nacido. La tormenta recrudecía y el agua ya lo había empapado de pies a cabeza hacía horas, pero bajo ningún punto de vista se alejaría de esa techada. Esa semilla que estaba por nacer traía su misma sangre, su verdadera sangre y permanecería allí los días que fueran necesarios.

Dentro de la techada, los ánimos estaban exaltados. Ajachay tenía que mantener en calma a Romnesa y a Magena más que a la propia parturienta. El trabajo de parto se había extendido porque la criatura era muy grande para las pequeñas caderas de Elora. Pero ella era fuerte a pesar de su delicada constitución. Estaba agotada, bañada en sudor y el esfuerzo había perlado sus pestañas en lágrimas, pero puso sus últimas fuerzas al servicio del alumbramiento.

En el preciso momento en el que un trueno pareció quebrar el cielo, el llanto de un nuevo miembro de la aldea había resonado también. Afuera el cielo se derramaba en un potente chaparrón, pero dentro de la techada una nueva vida amanecía para quedarse.

—Es un niño, Ajachay. Tienes un hijo.

El pequeño berreante pasó a los brazos de su madre, extenuada al máximo, pero aun guardaba energías para sostener al pequeño y sonreír a Ajachay. Romnesa se puso en pie y se apiadó de su hijo, que aguardaba

debajo de aquel aguacero por el nacimiento de su nieto. Lo fue a buscar y regresó con él. Apenas terminó de erguir la extensión de su cuerpo dentro de la techada en penumbras, sus ojos se posaron en los blancos brazos de Elora, donde se estaba moviendo un pequeño soplo de vida, su heredero cuando la muerte los abrazara a él y a su hijo. No pudo articular palabras durante unos momentos, aunque quiso y se quedó de pie, mirando a su hijo con orgullo. Cuando logró reunir la compostura necesaria, consiguió articular unas palabras.

—Propongo un nombre para mi nieto —Su expresión era ahora de completa humildad—. Nayati.

Ajachay lo miró con cierto recelo. Sabía que la continuidad del orgullo de Ahdik dependía de las dotes de cazador o de guerrero que el pequeño demostrara al crecer, por eso pretendía signarlo con el nombre de "luchador". Iba a decirle que no era su derecho darle un nombre a su hijo como tampoco lo era esperar nada ostentoso de su futuro cuando la voz de Magena lo interrumpió, aún más orgullosa que su abuelo, si acaso era posible.

—Mi hermano recibirá su nombre de mí. Se llamará Keme y yo lo cuidaré.

Era la primera vez que se dirigía a su abuelo y sus palabras en un idioma Rumeraute natural fueron firmes. Ahdik la miró con intención de responderle algo como jefe de la tribu. Pero, aunque no podía amarla, tampoco podía sentir odio por la niña. Comprendió en ese momento que quizás había llegado a su aldea para enseñarle sobre humildad. En el último momento, pensó que ese nombre era muy oportuno y la niña tenía un buen punto. Reformuló las palabras en su mente para responder, aunque con mucha seriedad, como un padre y un abuelo.

—Keme es un nombre muy adecuado. Cuida bien de él.

Capítulo 22

Capítulo XXI – Extraño en su tierra

No podía creer lo que veían sus ojos. Había visto aquella procesión tantas veces que no tenía por qué molestarse. Sin embargo, esta era la segunda oportunidad en que sintió que la memoria de los ancestros era burlada, incluso la de su padre. Primero, un escuerzo pálido venido de otro mundo que no solo había sido presentado ante el Círculo como toda una Rumeraute, sino que comenzó a crecer con la plena seguridad de serlo, deambulando por toda la aldea con la frente en alto, convenciendo a todos de su pertenencia, como si fuera una más. Pero nunca lo sería. Aunque se hubiera apoderado de todo y de todos, aunque su gente hubiera caído en la estupidez de pensar que esas mujeres serían con el tiempo parte de la historia de su pueblo.

Pero los años habían pasado y ellas seguían ocupando un lugar que no les correspondía, comiendo y bebiendo del esfuerzo de su pueblo. Y por si no fuera suficiente con esa blasfemia, ahora veía con asco cómo el engendro que nació de la unión entre el demonio blanco y el inútil de Ajachay era también recibido con honor y clamores. Quizás llevara algo de sangre Rumeraute en sus venas, pero nada bueno podía surgir de esa unión impía. Porque se suponía que un Rumeraute solo podía desposar a una mujer de la aldea. Pero con la llegada de Elora todas las costumbres, todo honor y coherencia se había perdido. Y él no podía soportarlo.

Quizás fuera que no se sentía en paz consigo, quizás ser el segundo hijo era doloroso para él, porque había pasado inadvertido toda su vida y se sentía solo. Su destino lo había llevado a conocer con amargura que tenía un hermano mayor que se contaba entre los mejores cazadores de la aldea y que se había convertido en el sustento de su familia y de muchas otras. Durante años quiso ocupar el lugar de su padre, pero ese vacío no se podía llenar fácilmente, nadie lo haría, ni siquiera Lahnen. Por más que el cazador se esforzara, por más que todos lo respetaran por su madurez, su valentía y su nobleza, no era su padre.

Y allí estaba él, el segundo hijo. Wenai, “el que sonrío” rezaba su nombre, quizás en las ansias de sus padres hubieran pretendido que fuera la alegría que los iluminara. Pero luego su padre había muerto, su madre se había sumido en una tristeza que pretendía simular, pero no lo lograba y él podía ver la frustración en sus ojos. Y aquel niño que se suponía, debía iluminar con su sonrisa cada día, hacía años que no sonreía. Porque vivía bajo la sombra de Lahnen, porque nunca podría igualarlo en sus dotes de caza y porque igualarlo tampoco sería suficiente. Necesitaba sobresalir, llenar el corazón de su madre de orgullo. Ella lo amaba como toda madre

debe amar a un hijo, pero para él no era suficiente porque sentía que Lahnen era mirado con el amor y el respeto que él nunca recibiría.

El nacimiento de Napayshi también había influido en sus miserias. Había amanecido a la vida para iluminar la mirada de sus padres y con el tiempo se fue convirtiendo en un enano que era pura sabiduría con sus escasas estaciones de cosecha, con una gran agudeza para decir verdades y una lealtad que lo hacía parecer más grande de lo que era. El más pequeño, con toda la impronta de convertirse en un gran guerrero algún día. Ya sabía que cuando eso sucediera, él iba a pasar a ser un fantasma, si acaso no lo era ya, y tendría que conformarse con las migajas de respeto y la miseria de ser el que no sobresalía en nada.

Para terminar de hundirlo en el anonimato, Equiro había quedado huérfano y había sido aceptado por Tahanea para crecer entre ellos. Ese pequeño era la bondad encarnada en un Rumeraute, hasta las facciones de su rostro daban fe de eso. Pronto se convirtió en la sombra de Napayshi y se volvió casi tan agudo y observador como él, pero con una cuota extra de prudencia. Los dos niños daban que hablar en toda la aldea con sus travesuras y aventuras, recibiendo retos que disimulaban la admiración de los mayores. Y otra vez estaba él, más desapercibido que una brisa en medio de una tempestad, el anónimo e imperceptible Wenai. Hasta los niños le habían dicho hasta el cansancio que su luz no brillaba porque era amargado y retraído.

Había pasado años pensando que seguir a Napayshi y Equiro lo haría verse más maduro, imaginándose el líder de un grupo cuyos individuos no necesitaban quien los liderara, pero con el tiempo la fachada que él había ideado se cayó. Porque lejos estaba de brillar junto a los pequeños que lo opacaban a cada paso que daban. Por eso, cuando vio que los pequeños habían decidido ir por su cuenta apoyando la locura de una extranjera preñada en sus tierras, se alejó de ellos, poniendo una distancia prudencial para evitar comparaciones.

Entonces él fue feliz un tiempo así, engañado por su ceguera, creyendo que había erigido una imagen de respeto a su alrededor. Pero con el nacimiento de Magena, todo aquel velo de mentiras se desmanteló ante sus ojos. No era nadie. Pero él necesitaba ser más. Porque si continuaba con esa actitud pacífica, más personas habrían de hacerle sombra hasta dejarlo reducido a la nada misma. Por eso decidió que era tiempo de retomar las riendas de su destino.

Napayshi no brillaría como guerrero si antes él lograba proyectar una sombra demasiado grande como para que su hermano menor se viera imposibilitado de llenarla. Poco le importaban ya las enseñanzas que había recibido de sus padres, donde le hablaban del respeto a su gente, del amor incondicional y decidió que era tiempo de escribir su propia historia

con sus palabras.

Un día se plantó frente a Ahdik antes que el sol remoloneara en los bajos, con el pedido de ser aceptado para unirse a las filas del ejército que el jefe tribal estaba formando para prevenir cualquier futuro ataque. Ahdik aceptó y Wenai por una vez pudo sentirse útil y respetado. Era el más joven del grupo y nunca se le exigieron explicaciones de por qué estaba allí, simplemente se lo había ganado con su esfuerzo, demostrando que valía tanto como cualquiera de los otros guerreros. Sin embargo, su madre se veía triste, le dolía pensar que su hijo estaba cada vez más lejos, más frío, más hueco que un árbol que se pudrió por dentro. Y fuera que lo conocía porque era su hijo, o el temor de madre que pretende protegerlo de los peligros del orgullo, supo que parte de aquel niño que había sido estaba ahora muerto para siempre.

Wenai comenzó así a formarse como guerrero, con el único objetivo de convertirse en el mejor y más glorioso Rumeraute para que luego las historias hablaran de sus gestas. El duro entrenamiento un día tras otro al rayo del sol, bajo lluvia y viento, en el frío inclemente terminó curtiendo su cuerpo. Su piel se volvió aún más dorada y sus músculos se tornearon. Las jóvenes de la aldea comenzaron a mirarlo con atención desmesurada. Podía escuchar sus murmullos al pasar por su lado, a sus espaldas. Sin embargo, nada de eso le importaba, porque cuanto más trataba de alcanzar una figura que enorgulleciera a su madre y opacara a sus hermanos, más parecía decepcionarla.

Tahanea sufría en silencio, porque cada día desconocía más a Wenai. Lejos había quedado aquel niño dulce que una vez fuera. Sentía culpa porque, probablemente, no pudo llenar el vacío que dejó su padre al morir y lo había descuidado. Lahnen sentía lo mismo. Sin embargo, Napayshi era más objetivo y práctico, tenía bien en claro que su hermano era ambicioso. Sabía que, si no podía brillar sobre la luz de los demás, se sentía defraudado consigo mismo. Equiro compartía su opinión, aunque quizás comprendía que se sentía solo y por eso se había vuelto tan frío y calculador.

El punto era que entre las palabras de los dos más pequeños de la familia descansaba la verdad. Wenai siempre estaba dolido y se sentía solo a pesar de haber sido tan amado como sus hermanos. Incluso puede que hasta haya sido un poco malcriado. Pero sus ojos le mostraban la verdad parcial que él quería ver. Por eso al crecer, decidió que debía hacer algo importante de su vida.

Pero los años se sucedían uno tras otro y, lejos de ser aceptado y valorado, cada vez lo miraban con más recelo. Se había vuelto frío, su mirada se endureció y comenzó a ser más callado y reservado. Solo lograba llamar la atención de algunas jóvenes aldeanas que notaban los cambios físicos. Cualquier Rumeraute de su edad se hubiera sentido

satisfecho con eso, pero no él, no Wenai. Porque su entrenamiento continuaba y esforzaba todo su intelecto y su físico para convertirse en el guerrero más glorioso, pero Ahdik no se sentía impresionado por nada que él hiciera. Además, ¿cómo demostrar su valía si hacía años que reinaba la paz en aquellas tierras?

Había trabajado incansablemente por conseguir algo que cada vez se le hacía más lejano: el respeto de toda la aldea y el orgullo de su madre. Y el fantasma que había sido se había convertido en una sombra imperceptible, velada por los acontecimientos que rodeaban a las pálidas que habían llegado de allende el mar para arruinar su existencia, ya antes triste y desapercibida. Esas pálidas, Ajachay y su impura descendencia habían echado por tierra todo por lo que había trabajado incansablemente. Porque ahora el jefe tribal no tenía más que ojos para su nieto, su descendencia.

Entonces, mientras la gente de la aldea comenzó a seguir los pasos de Nantai Ahdik como siervos en aquella impura procesión, pensó que quizás si no podía ser parte de la solución, debía ser parte del problema. No podía soportar permanecer allí mientras todos iban detrás del hijo de Ajachay y esa endemoniada mujer que, según él, callaba más de lo que sabía. Wenai sentía que la ruina de su pueblo descansaba sobre ella y que había sido signada el día en que pisó las costas de ese mundo. Y estaba seguro que su descendencia habría de continuar con su destino. Por lo tanto, no podía permitir que todo siguiera marchando con naturalidad y viendo como hasta Ahdik se había dejado seducir por esas malditas extranjeras.

Mientras todos estaban demasiado ocupados como para prestar atención a la sombra en que se había convertido Wenai, él decidió tomar unas pocas pertenencias para huir de la aldea. Pero cuando Keme terminó de ser recibido por los ancianos en representación de los dioses, hubo incertidumbre, porque Lihui había hablado con su voz grave palabras que nada tenían que ver con el nacimiento de Keme.

—Noto en el aire un cambio doloroso. Pronto sobrevendrá la incertidumbre. Deben estar preparados.

Los miembros de la aldea se miraron unos a otros, sin entender que tenía que ver eso con el niño, pero retornaron en procesión a su vida habitual y pronto las palabras del anciano fueron olvidadas. Sin embargo, no pasó demasiado tiempo hasta que advirtieron la ausencia de Wenai.

Partieron en su búsqueda los mejores cazadores y soldados de Ahdik. Lo buscaron incansablemente y Lahnen no pegó un ojo mientras la desazón y las esperanzas de encontrarlo permanecían. Se culpaba por no haber atendido las señales de su cambio de actitud y quizás no estuviera equivocado, aunque probablemente sus palabras hubieran atravesado a

Wenai como el viento atraviesa los campos de trigo, porque ese joven llevaba años acumulando odio y autocompasión. Tahanea lloraba, temiendo su deceso, reviviendo el dolor que había sentido años atrás, cuando la muerte abrazó a su esposo y se lo llevó para siempre.

No importó cuanto lo buscaron, ni que Ajachay se haya aventurado hasta Malpayne, temiendo que las gentes de Ogenwa lo hubieran capturado para esclavizarlo. Wenai se había esfumado y cada quien portaba su parte de culpas. Excepto, quizás, Napayshi que tenía en claro que los demonios de su hermano fueron alimentados por el resentimiento que el mismo Wenai había albergado en su alma. Finalmente, el tiempo transcurrió y, aunque el dolor no pudo ser olvidado sino levemente atenuado, bajaron los brazos y abandonaron su búsqueda.

Fue mucho el tiempo que pasó hasta que Lahnen retomó sus encuentros con Nagatí, puesto que no podía con la culpa de haber permitido que su hermano se esfume ante sus ojos.

—Tu hermano estuvo aquí —le dijo al verlo llegar.

La estrechó en sus brazos y la besó. Sintió un alivio que no habría podido expresar en palabras, no lo había encontrado, pero seguía con vida.

— ¿Cómo sabes que lo busco?

—Tú ya conoces mi origen.

—Lo siento. Tengo mis pensamientos posados sobre Wenai, tratando de entender su desaparición. ¿Dónde está ahora?

—Lejos de aquí. Llevaba demasiado tiempo sintiendo que era ajeno a tu gente. No quisiste o no pudiste verlo, pero no te culpes. No veo con claridad cuál es su destino, pero debes dejar que siga su camino. Al menos eso merece.

Capítulo 23

Capítulo XXII – Imprudentes

Había caído en manos de los Chará-wisúes. Tantos años habían pasado desde que había vagado por esas tierras y ahora había perdido el rumbo y vuelto a caer en aquellas tierras que él mismo había visto arder. Pero antes de ser capturado, había deambulado mucho tiempo, tratando de procurarse alimento, pasando días y noches en las cuevas abandonadas que antaño dieran cobijo a los Zapai del Sur.

Había hablado mucho con esa sirena que por las noches era una mujer más y logró comprender la elección de su hermano sintiendo la necesidad que esos labios desearan los suyos. Pero Nagatí no tenía más ojos que para Lahnen y así se lo había expuesto, tratando de convencerlo para que vuelva a su aldea. Pero él, frustrado una vez más y cansado de ver el esqueleto de aquel pueblo desaparecido y que la sirena jamás habría de verlo con otra expresión que no fuera la de lástima, retomó entonces su camino sin rumbo y vagó hambriento y sediento cuando la oscuridad ocultaba sus pasos. Pero la soledad y la falta de alimento y agua comenzaron a enloquecerlo, haciendo que perdiera el rumbo y comenzara a vagar peligrosamente cerca del territorio Chará-wisú, con demasiada imprudencia.

Primero había bordeado toda la costa occidental, ocultándose entre los largos líquenes, enredaderas y cortinas de uñas de gato que pendían de las escarpadas barrancas. Allí había pesca de sobra y, a pesar de sus rudimentarias dotes de pesca y caza, se había podido procurar alimento variado y nutritivo, pero el agua dulce escaseaba y pronto decidió alejarse de la costa y dirigirse hacia el Este. Pero un día se encontró deambulando en juncales y tierras yermas que no le ofrecían cobijo, alimento ni agua. Supo que andaba vagando en territorio Chará-wisú apenas entró en él. Habían pasado muchas estaciones de cosecha desde que hubo auxiliado a aldeanos y esclavos del incendio provocado por Lahnen y Ajachay, pero aún recordaba la desolación de aquellos campos, como un aviso del peligro latente en el cual se estaba adentrando.

Quizás la desazón lo llevó a seguir camino, en un intento de provocar que le quitasen la vida, porque comprendía que era demasiado cobarde como para hacerlo por sí mismo, o que la inanición y la sed acabaran con su fortaleza hasta abatirlo. No se había cruzado con ningún miembro de la aldea enemiga cuando ese deseo se hizo latente. Estaba famélico y sediento como nunca en su vida y su cuerpo no resistió más. Se desplomó y quedó tendido en el suelo, yaciendo como un cuerpo inerte a la espera

de las aves carroñeras.

Lo último que vio antes de perder la consciencia fue un cuerpo dorado acercándose hacia donde el yacía cuando el sol estaba comenzando a aparecer en el horizonte y luego la oscuridad lo abrazó como si hubiese vuelto a caer la noche repentinamente.

Fue arrastrado y llevado a Malpayne inconsciente, a las puertas de la muerte por el hambre y la sed que lo habían asediado al límite de sus fuerzas. Y todo eso era muy oportuno para Ogenwa. Cuando el sol estaba en su punto más alto, le tiraron agua por encima para hacerlo reaccionar. Debieron repetirlo varias veces, puesto que el Rumeraute estaba demasiado perdido en el reino de los sueños, debilitado por el esfuerzo físico y la falta de alimentos. Cuando logró despertar y sintió el agua corriendo por su rostro, su instinto más primitivo lo llevó a lamer las pequeñas gotas que se deslizaban rumbo a su boca.

— ¿Tienes sed, Rumeraute?

La voz profunda y cortante de Ogenwa sacó a Wenai del trance. Abrió sus ojos hundidos en su rostro demacrado y recién en ese momento notó que estaba atado a un poste de madera, al rayo del inclemente sol del mediodía. Recuerdos de su infancia no tan lejana acudieron a su mente. Aquella mole escalonada la había visto hacía más de ocho estaciones de cosecha, cuando siguió a Ajachay y Lahnen junto a Napayshi Y Equiro. El recuerdo despertó un gran dolor en su pecho. No había pasado demasiado tiempo y aquellos hombres y niños que eran familia le resultaban ahora extraños. Pero él tenía bien en claro que siempre había sobrado, no era ni tan adulto ni tan niño y su cercanía con Napayshi y Equiro había resultado tan endeble como una brizna de pasto tierno.

—Si —respondió con ansiedad.

Chowanoc le propinó una bofetada. Estaba de pie junto a Ogenwa, pero Wenai solo logró verlo cuando recibió su furia en un golpe.

— “Si, señor” debes responder, Rumeraute indigno. Son todos igual de nefastos, no merecen caminar estas tierras.

—Calma tus ánimos, Chowanoc, es tan solo un niño. Dale agua.

—Como ordenes, sakima.

Chowanoc se alejó, preso del odio, para acatar la orden de su señor. Por su parte, a Wenai le había dolido más oír que Ogenwa lo considerara un niño que la propia bofetada y el insulto de su subordinado.

—Para ser un niño tu cuerpo tiene demasiada impronta de adulto. ¿Has estado entrenando? —Ante la falta de respuesta, prosiguió—. Vamos, niño, no te sucederá nada si me respondes. Como podrás ver, no soy tan terrible como Ahdik o la gente de tu pueblo seguramente te han contado.

—He visto como tratan a su gente, son esclavistas y me tienen atado a un poste. ¿Me pides confianza? Perdóname si no puedo dártela.

—Debes agradecer que no soy el asesino que crees que soy, o ya estarías muerto por haber pronunciado esas palabras. Así que has visto como trato a mi gente y a la tuya... —Chowanoc se acercó con un cacharro en la mano, lleno de líquido cristalino e hizo ademán de acercarlo a los labios de Wenai. Ogenwa lo frenó—. Tu pueblo no debe tenerte demasiado aprecio, de todos modos. Vienes huyendo. Había Rumerautes deambulando demasiado cerca de mis fronteras, pero ya no. Demasiado rápido abandonan a su gente... o particularmente, a ti.

—No es a mí a quien buscaban...

Wenai tenía la sensación de tener arcilla en su boca y arena en la garganta. Estaba cansado, la cabeza le daba vueltas y le dolía, quería olvidar que era un Rumeraute, pero un deseo primitivo lo llevaba a proteger lo conocido.

—Sí, era a ti. No soy el rey de los Chará-wisúes por ser un idiota, mi linaje ha colaborado, pero tuve que ganarme mi lugar, ¿sabes? Apareces hecho una ruina y te metes en mi territorio para morir de sed y hambre. Puedes mentir hasta la muerte. De todos modos, no eres más que un Rumeraute. Aunque no eres cobarde. Veremos hasta dónde llega tu lealtad.

Ogenwa dio por concluidas sus palabras tomando el cacharro de las manos de Chowanoc para comenzar a verter lentamente el agua que contenía, agua que se derramó y fue absorbida por el suelo reseco por el sol inclemente mientras Wenai observaba con desesperación cómo el líquido vital desaparecía en la tierra.

Los días de Wenai se volvieron un infierno vívido y cruel. Su mente vagó por los oscuros pasillos de sus recuerdos, aquellos tiempos en que creyó ser feliz con su familia. Pensó con amargura cuánto extrañaba el pan tibio de su madre y el agua fresca que conseguía junto a Napayshi y Equiro incluso en los tiempos de sequía más dura.

Ahora, cuando el cautiverio se había convertido en su compañero de desventuras, cada día se acercaba una anciana con un cacharro que contenía unas pocas gotas de agua, él debía procurar no derramar ni una gota de ellas, porque sabía que no habría más hasta el otro día. Y la cantidad que le suministraban era la mínima vital. Su estómago vacío rugía fuertemente, se sentía muy débil y cuando no resistía más y se

desmayaba, desperdiciaban agua preciosa en hacerlo reaccionar, para mantenerlo consciente mientras el sol seguía abatiendo su cuerpo y su espíritu. No lo dejaban rendirse al sueño siquiera por las noches, siempre había un aldeano de pie a su lado, evitando su descanso.

La mente de Wenai se debatía entre la realidad, los recuerdos y las alucinaciones. Ya no podía discernir entre el infierno que estaba viviendo y el que estaba alucinando. La angustia y el anhelo por su gente pronto se convirtió en ira, sintiendo que había sido abandonado, traicionado por quienes creía que eran su familia. Sentía la frustración de comprender que lo habían olvidado demasiado rápido. Entonces se convenció que había hecho bien en irse de la aldea porque, como él había estado convencido desde hacía mucho tiempo, nadie lo valoraba como él merecía.

Sintió sus mejillas mojadas por lágrimas de odio y resentimiento. No le sorprendía viniendo de sus hermanos, pero se le hacía inverosímil creer que a su madre le diera igual no saber nada de él. No pensaba con claridad, sino hubiera pensado que quizás Nagatí era quien había calmado sus almas apesadumbradas, explicando que había ido en busca de su destino. Y era su destino algo que él no esperaba, pero si así debía ser, lo dejaría fluir. Con el paso de las horas, su gesto de dolor se volvió pétreo y su corazón se heló. Fue entonces que comenzó a pedir a gritos por el jefe de los Chará-wisúes.

Ogenwa se presentó ante él con un gesto de impaciencia. No quería demorarse parlamentando con un Rumeraute, pero imaginaba que, en algún momento, la tortura anímica y física surtiría sus efectos.

—Pediste por mí, Rumeraute, ahora habla.

—Mi nombre es Wenai. Responderé tus preguntas.

El rostro de Ogenwa se torció en un gesto de satisfacción. Habló a uno de sus hombres, que estaba parado a su lado.

—Suéltalo —Se dirigió a Wenai—. Tu nombre me es irrelevante, vales por tus palabras, no por tu nombre.

—No hablaré si no recibo antes agua y alimento.

—Me parece justo, Rumeraute. Has de beber y alimentarte, pero luego responderás todo lo que te pregunte o volverás a ese poste.

Y Wenai recibió lo que pedía y dio lo que se le exigía.

— ¿Pero qué carajos se creen esos inservibles de culo gordo?

—No lo sé, señor —respondió Everett Cline, aburrido. Quizás no fue demasiado convincente.

— ¿Que no fui convincente? Debería hacerte azotar por imprudente.

—Como quiera, señor. Solo trataba de responder a su inquietud. ¿Me puedo retirar?

— ¡Una mierda! —gritó el viejo.

Cline puso cara de resignación. Estaba cansado de ver a Lamarc cometiendo errores que luego se transformarían en un drama que él debería soportar. Se estaba cansando, pero aún lo necesitaba.

—Deberías pararte tú con tus fachas frente a ellos e intentar convencerlos —prosiguió Lamarc—, malditos libidinosos que intentan pasar por puritanos.

—Si me diera la oportunidad... —Lamarc largó una carcajada bastante grosera, sin preocuparse por mantener la cordialidad con su subordinado.

— ¿Tú? Eres un mugroso. Primero habría que desinfectarte antes que plantarte frente al arzobispado.

—Podríamos intentarlo.

Lamarc le respondió con un gesto de desinterés

— ¡Como sea, Cline! Aunque quisiera cometer ese error, y no quiero hacerlo, no van a volver a concedernos otra reunión ni en cien años. No tienen tiempo para hablar de expansión porque están muy ocupados seleccionando putas para sus lechos.

El rostro de Cline se iluminó como si acabara de recibir una revelación.

—Debemos conseguir que vuelvan a recibirnos.

— ¿Estás sordo o te has vuelto más necio de lo normal? Acabo de decir...

—Sé muy bien lo que acaba de decir, señor —respondió enérgico—. Se trabajó demasiado en esa expedición. ¿No le parece extraño que Trace no haya dado señales de vida en ocho años, pero tampoco haya regresado?

Lo creo lo suficientemente inteligente para comprender que eso es, cuando menos extraño y la muerte solo podría ser una de tantas explicaciones para su ausencia y silencio.

Lamarc lo miró sorprendido.

—Consiga que los arzobispos vuelvan a recibirnos... y mucho desinfectante, si le apetece. Yo he de convencerlos.

Como le había dicho antes, Lamarc podría haber mandado a azotar a Cline hasta la muerte por imprudente. Pero sabía que tenía razón con respecto a Trace. Y quizás, solo quizás, pudiera ser lo suficientemente convincente como para lograr que el arzobispado aceptara financiar su búsqueda. Como fuera, más valía una acción temeraria que la desidia.

—Lo haremos a tu modo, Cline...

Capítulo 24

Capítulo XXIII – Abismo

Lo habían doblegado. Todo lo que Wenai sabía sobre su gente, sobre su jefe tribal y sobre las pálidas iba a terminar en poder de Ogenwa. No había saciado su sed y su hambre correctamente por cuatro lunas desde que huyó de su aldea hasta que accedió a hablar. No habían permitido que descansara durante todo ese tiempo y, a pesar que su piel ya estaba curtida por el entrenamiento, el fuerte sol del verano había ampollado todo su cuerpo. Pero, sobre todas las cosas, sentía los huesos de sus brazos descoyuntados por la posición y la fuerza con que lo habían atado al poste.

Por eso aceptó que debía ceder ante el jefe de los Chará-wisúes. Había hecho un trato con el enemigo por agua y comida como solo un buen cobarde obraría y ahora debía responder todo lo que se le preguntaba. Pero, en un punto, sintió la ira recorriendo sus venas como un torrente de lava que lo estaba quemando por dentro. Y entonces, había expuesto sus condiciones.

—Tus condiciones... ¿Tus condiciones? No estás en posición de exigirme nada. Hasta hace unos momentos atrás estabas clamando por una gota de agua.

—Puede que lo que le pida, señor —aseguró en plena sumisión—, lo beneficie también —hablaba disminuido. Su antiguo orgullo Rumeraute había desaparecido con el paso de los días y el aumento de su ira.

—Voy a escucharte, pero no te aseguro que te sea concedido.

—Quiero servirle, ser un guerrero, uno de verdad.

Ogenwa permaneció en silencio durante unos segundos. La realidad era que necesitaba repoblar su ejército diezmado, pero no le hacía gracia tratar con Rumerautes al punto de confiar en ellos.

—Estás a punto de traicionar a la gente que te vio amanecer. Una vez traidor, traidor siempre.

—No voy a traicionar a un pueblo que pueda acogerme por propia elección y me valore como no lo ha hecho mi propia gente. Haré lo que me pidas.

—Creo que puedo convertirte en un gran guerrero —respondió Ogenwa,

pensativo—. Pero como me traiciones...

—No lo haré —aseguró con energía Wenai—. Estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario.

—Entonces así será, Rumeraute. Pero te advierto que el entrenamiento será duro, como nada que hayas vivido jamás en tu aldea.

—Lo acepto —respondió Wenai. Pero lo cierto es que creía que después de la muerte de su padre, nada sería más duro.

Chowanoc estaba en completo desacuerdo con su señor y se lo hizo saber, como en cada ocasión que tenía la sensación que algo podía llegar a salir mal. Ogenwa le permitía expresar su parecer, aunque no siempre tomaba en cuenta sus palabras. Esta era una de esas oportunidades en que no coincidían en pensamiento.

—Quizás podamos usarlo a nuestro antojo y desecharlo después. Como sea, vas a entrenarlo, al menos hasta que logre hacerlo vomitar todo lo que sabe. Presiento que la fortuna de los dioses está regresando a nosotros.

Por unos cuantos días, Ogenwa ofreció alimentos y bebidas a Wenai, y él comió y bebió hasta la saciedad. En su aldea, incluso ni en los mejores tiempos hubo una oportunidad en la que hubiera quedado tan satisfecho. También le ofrecieron mujeres para compartir su lecho, pero a él no le interesaban esos menesteres. Le dieron prendas para que vistiera como una Chará-wisú y un lugar en uno de los barracones, que estaban tan vacíos de guerreros que podrían albergar a todo el pueblo Rumeraute. No se sentía muy a gusto allí, observado con recelo por los pocos guerreros que lo acompañaban, pero al menos dormía al reparo de cualquier inclemencia. Cuando se encontró completamente recuperado física y mentalmente, comenzó a ser entrenado por Chowanoc y realmente supo de qué hablaba Ogenwa, no había exagerado cuando dijo que sería duro para él, comprendiendo por qué sus guerreros eran tan superiores a los de Ahdik o de cualquier otro jefe de aquellas tierras.

Transcurrió una luna hasta que finalmente estaba establecido como todo un Chará-wisú. Recién en ese momento fue llamado por Ogenwa y llevado a la gran mole escalonada desde donde el señor de aquella aldea y su concejo, ahora reducido a un tercio de lo que fuera, gobernaba sobre todas las gentes de Malpayne. La falta de costumbre de hacer ascensos tan extensos hizo que el camino hasta la cima a través de doscientos escalones fuera lento y cansado. Cuando llegó a la entrada de la sala del concejo, había perdido el aliento. Nadie le ofreció tomar asiento, así que permaneció de pie, flanqueado por un guardia personal de Ogenwa y por

Chowanoc.

—Prometiste darme respuestas, Rumeraute. Es tiempo de comenzar a demostrar tu lealtad y de devolver a mi pueblo y a mí todo cuanto te hemos dado sin miramientos.

Pasaron quizás unas cuantas horas mientras el rey y señor de los Chará-wisúes formulaba preguntas y esperaba recibir respuestas claras, sin rodeos. Cuando una respuesta no le parecía lo suficientemente honesta, era incompleta o Wenai se demoraba en muchos rodeos vagos, con un leve ademán daba orden a un guardia para que azotara la parte posterior de sus piernas con una vara flexible. La noche cayó afuera de la mole, pero ellos apenas lo notaron dentro, donde la luz escaseaba incluso en pleno día. Pero las piernas de Wenai flaqueaban por el esfuerzo de mantenerse en pie, quieto durante tantas horas y recibiendo algún eventual azote.

Cuando Ogenwa hubo saciado su sed de información, dio la orden para que le ofrecieran asiento, alimento y bebidas al interrogado en otra sala de la mole. Cuando lo retiraron, el rey sopesaba un curso de acción y Chowanoc permanecía expectante con la valiosa información del Rumeraute desertor. Transcurrieron varios minutos hasta que Ogenwa salió del trance en el que se encontraba.

—Me encargaré yo mismo.

—Si me permites, sakima...

—No, Chowanoc, lo haré yo mismo y tu vendrás conmigo.

Chowanoc ofreció una reverencia respetuosa a su señor y se retiró, debía preparar algunas cosas para la partida. Ogenwa quedó solo y en silencio, con una sonrisa de conformidad, desarmando su estoica imagen de rey inmutable.

Apenas el sol besó el cielo visible, dos figuras se deslizaban entre la vegetación renacida de Malpayne. Caminaban a paso tranquilo, aunque constante. Atravesaron el cañaveral y se detuvieron durante unas horas para alimentarse y descansar. Los Chará-wisúes retomaron entonces su camino a través de las pasturas ahora verdes del límite entre Malpayne y el territorio Rumeraute.

Siguieron avanzando y no dejaron que la noche los detuviera. Cuando volvía a amanecer, las nubes ocupaban el cielo y se había levantado un fuerte viento, pero ni eso los detuvo, hasta que finalmente se adentraron en tierra de Rumerautes. Se ocultaron en los bajos que rodeaban los cultivos de sus enemigos naturales y pasaron días observando los movimientos de aquel pueblo. Hasta que finalmente, habiendo aprendido

como se movían y como se organizaban, decidieron dirigirse hacia el Río Rumeraute que bordeaba hacia el sur la aldea de sus enemigos. Era una posición peligrosamente evidente para aguardar mientras espiaban a las gentes de Ahdik, por eso treparon y se ocultaron entre las hojas de un frondoso sauce milenario cuya copa se había vuelto más amplia y profunda gracias a las intensas lluvias y los calurosos y soleados días de los últimos años.

Allí permanecieron, solo aventurándose por las noches a bajar para juntar frutas y agua. Así transcurrieron unos cuantos días más, hasta que Ogenwa pudo ver lo que tanto había esperado ver en esos últimos ocho años. Caminando por la ribera, vestidas como dos Rumeroutes, se acercaban dos figuras pálidas, con bultos de telas debajo de los brazos.

Chowanoc miraba la escena con ojos desorbitados: debajo de ellos, estaban Elora y su cría. No le había creído una palabra a Wenai e, incluso, había intentado disuadir a Ogenwa que no podía confiar en un Rumeraute, pero ante sus ojos tenía las pruebas: no solo seguían con vida, sino que su presencia en aldea Rumeraute confirmaba que no habían sido los dioses los que habían hecho sucumbir a Malpayne entre las llamas, sino una escoria mundana lo suficientemente intrépida para atreverse a penetrar las filas de guerreros Chará-wisúes, aventurarse a la misma morada de Ogenwa y dejar pistas que indicaran que el ataque había venido del mar y no de campo adentro. Entonces, supieron que Mercier había dicho la verdad y había sido fiel a ellos, el ataque nunca vino de los barcos.

Estaban seguros que ese era el momento tan esperado de consumir la venganza que venían rumiando hacía muchos años tras. Entonces, hicieron el máximo de los silencios para no ser descubiertos hasta encontrar la oportunidad indicada.

—Shima —comenzó a hablar Magena—, ¿tú piensas que algún día alguien pueda amarme tanto como te ama ataa'?

—El amor es cosa extraña, pequeña. No sé si serás justamente amada, hija, pero procura valerte por ti misma. Nunca sabes cuándo pueden abandonarte.

—Lo dices por el hombre que aún amas.

—Si, por tu padre —insistió Elora como tenía por costumbre.

—Ajachay es mi ataa' —Magena nunca se daba por vencida cuando debía defender al dorado—. Pero también podría morir yo y quedaría solo quien me ama.

—Deja de llamar a la muerte, Magena. Demasiado de ella he visto cuando llegué aquí.

—Ahora ya no muere tanta gente.

Magena era aún pequeña y se notaba en su manera de interpretar las cosas. Pero eso también le otorgaba objetividad.

—Salvo los ancianos —insistió—, como esa que el otro día murió mirando el amanecer y luego...

—Basta de muerte he dicho, niña. No todo es muerte, hay cosas peores. Como cuando la muerte abraza a quienes amas. Incluso, cosas peores que eso.

Se dispusieron a lavar las ropas que habían cargado hasta allí, arrodillándose ante las caudalosas aguas que fluían hacia el noroeste.

—Entonces lo dices por Wenai, ¿verdad?

—No sé su nombre, lo digo por ese niño que desapareció.

—Algún día deberás aprender los nombres de todos, shima.

—Como sea. Yo tengo la certeza que tu padre ha muerto, pero la madre de ese niño...

—Tahanea...

—Si, ella —Elora acompañó sus palabras con un gesto de pena—. No quisiera estar en su lugar nunca. La incertidumbre puede ser más dolorosa. Si algo les sucediera a ti o a Keme...

Magena hizo una seña con la mano para que la dejara intervenir. Elora asintió, prefería que su hija hablara a gusto que pensar en cómo terminar la frase.

—Mi padre está vivo.

— ¿Nunca vas a dejar de insistir con eso?

—Él me crio, yo lo quiero, es mi padre. Keme es mi hermano —hablaba haciendo énfasis en las pausas con el fin de dar por terminado el asunto—. Somos una familia hermosa, ¿no lo crees?

—Si tú lo dices.

Fue en ese momento que Ogenwa y Chowanoc, que venían descendiendo de los árboles con cautela y en silencio, aprovechando la conversación de Elora y Magena, saltaron desde dos metros de altura, haciendo retumbar la tierra. Magena se sobresaltó, pero los miró debatiéndose por dentro si conocía a esos hombres de algún lugar, puesto que Ajachay la había llevado en ocasiones a conocer otras aldeas. No, no creía conocerlos. Sin embargo, Elora conocía demasiado bien aquellos rostros. A pesar del paso de los años no podía olvidarlos, especialmente el de Ogenwa que eventualmente visitaba sus sueños, convirtiéndolos en pesadillas, intentando violarla como aquel día en que había sido rescatada por Ajachay y Lahnen.

Ella supo que no era momento de recuerdos, sino de acción. Tomó a Magena del brazo y comenzó a intentar alejarse de allí, para dar aviso a algún Rumeraute que pudiera salvarlas o llamar a alguien más. Pero Chowanoc era veloz y dio un rodeo, encerrándolas entre él, Ogenwa y el río. Magena era la única que comprendía a duras penas lo que Ogenwa les decía.

—Te salvaron una vez. Ya no volverá a suceder.

Como ambas habían girado para mirar a Ogenwa mientras les hablaba, no advirtieron el movimiento de Chowanoc. Apuntó la cerbatana de caña y, antes que sintieran el piquete del dardo, el sedante en el que estaba empapada el extremo estaba recorriendo su caudal sanguíneo: una mezcla de lúpulo, valeriana y alcohol de maíz. Porque a Ogenwa no le interesaba asesinarlas, las necesitaba con vida y dóciles. Elora llegó a proferir un grito, pero no demasiado largo porque pronto Chowanoc tapó su boca con la fuerza de sus manos. Para entonces, el diminuto cuerpecito de Magena había absorbido todo el calmante y yacía inconsciente en la tierra del margen del río.

Desde el noroeste venía acercándose Ajachay, trayendo unos cueros para limpiar. Pero su vista era muy aguda y pudo ver en la lejanía que su mujer y su hija tenían compañía en condiciones que lo llenaron de terror. Comenzó a correr con desesperación cuando advirtió que los hombres vestían ropajes que solo podían pertenecer a los Chará-wisúes y su desesperación aumentó al vislumbrar a Magena tendida en el suelo y a Elora debatiéndose en los brazos de Chowanoc. Para cuando Ajachay llegó, ella también se había desmayado.

Podía recordar esos rostros iluminados por el fuego que él mismo había provocado hacía más de ocho años. Solo tenía un cuchillo para curtir cueros y no contaba con tiempo para pedir ayuda. Apuntó a Ogenwa con la hoja estilizada y corta.

—Estúpido Rumeraute, ¿crees que nos vas a matar a los dos con esa

ridícula daga?

— ¿Qué les hiciste?

—Ah, muy oportuno... Eres tú quien ha rescatado a esta pálida en mis tierras, ¿verdad? Ese estúpido de Wenai tenía razón, no las dejas ni a sol ni a sombra.

— ¿De qué estás hablando? —inquirió mientras intentaba comprender y giraba amenazando a los Chará-wisúes que cada vez se acercaban y lo rodeaban más.

—Del gusano que los traicionó.

—Mentiras. Tú lo tuviste cautivo todo este tiempo y lo torturaste para sacarle información. Seguro que luego lo mataste, como haces con todos aquellos que dejan de serte de utilidad.

—No, está vivo —aseguró Ogenwa con desdén—. Un gran guerrero ahora que lo hemos entrenado como es debido. Y vieras lo contento que estuvo de contarnos como incendiaste mi aldea, mataste a mi concejo y mis guerreros y dejaste huir al pueblo y los cautivos. Eres valiente para ser solo un fisgón, aunque sé que no lo hiciste solo.

—Por ellas —Señaló con su mano libre a Elora y Magena, que respiraban tranquilamente en sueños, mientras mantenía el cuchillo apuntando a Ogenwa— haría cualquier cosa.

— ¿Incluso morir? —interrogó el rey de los Chará-wisúes, sacando de su calzón un machete de extremo puntiagudo—. Hagamos los honores entonces, Chowanoc.

Su mano derecha atendió a la orden recibida, sacando un cuchillo de sus ropajes. Ajachay no sabía luchar, y menos contra dos dorados bien entrenados. Intentó evadir los ataques mientras Ogenwa miraba la escena con un gesto de aburrimiento. Esperó hasta que le dio la espalda para clavar el extremo del machete en su costado. Quizás por el terror de ver a Elora y Magena en peligro, quizás el odio que sentía por aquellos hombres, se mantuvo en pie, repeliendo los ataques de Chowanoc con su pequeño cuchillo. Pero la sangre manaba con mucha rapidez y la debilidad se apoderó de él. Cuando giró para intentar herir a Ogenwa, Chowanoc acertó un tajo en la parte posterior de su muslo y Ajachay cayó de rodillas, vencido, pero aún con vida.

Las lágrimas se apoderaron del joven Rumeraute. Su padre tenía razón, era un débil inservible, no era capaz de proteger siquiera a su familia. Su vista comenzó a fallar, nublándose frente a él todo lo que antes veía con claridad, y pronto cayó al suelo, tendido de costado. Apenas podía tragar

saliva, su garganta estaba reseca. Con sus últimas fuerzas vitales vio como Chowanoc y Ogenwa reían mientras cargaban a Elora y a Magena como un costal de nabos.

Estaba muriendo a causa del desangramiento, pero en su muerte había algo más urgente para él, sabía lo que le esperaba a las pálidas en manos de los Chará-wisúes: esclavitud. Sabía que no tendrían piedad con ellas y él ya no estaría para volver a salvarlas. En el último aliento de su vida, pensó amargamente en Keme, que estaba perdiendo a toda su familia siendo aún una cría de pecho. Maldijo a Wenai por su traición con el último soplo de su vida.

Se dejó ir y su cuerpo yació inerte junto a la ribera. Ya era muy tarde cuando Lahnen llegó a su lado, advertido por unas mujeres de la aldea. Ahdik perdió ese día a su hijo y la amargura lo embargó. Keme era aún muy pequeño para saber lo que sucedía, pero él había perdido más que ninguno. Fue puesto a cuidado de otra Rumeraute que había parido hacía pocos meses.

Todos imaginaban que Elora y Magena habían sido raptadas porque no encontraron más cuerpos que el de Ajachay, o al menos se habían desecho de ellas varias leguas hacia el sur. Lahnen pidió, suplicó, imploró recuperarlas, apeló a la memoria de su hermano, pero Ahdik negó el rescate. No quería perder a nadie más y Lahnen sabía que nadie iría a contradecir al jefe y que, menos aún, podría rescatarlas él solo de las manos de unos Chará-wisúes que ahora estarían más alerta que nunca.

Napayshi y Equiro también lloraron con amargura ante Ahdik, sin recibir lo que pedían. También comprendían que eran pequeños para hacer algo sin morir en el intento, y Tahanea no podía seguir sufriendo pérdidas. Ella también estaba de luto por la partida de Ajachay.

Había mucho dolor entre los ancianos del Círculo, quienes lloraron en silencio durante días por la muerte de Ajachay y la captura de Elora y Magena. Pero a pesar del vacío y el dolor, advirtieron que ellas aún no habían respirado el negro hálito de la muerte y que vivirían muchos años más, pero el momento de rescatarlas aún no había llegado. Pero Equiro y Napayshi supieron que era momento de entrenar para convertirse en guerreros, poniéndose bajo las órdenes de Ahdik.

Entonces, aquel crudo verano que llegó luego de ocho años de prosperidad, la tristeza se proyectó en el rostro de los Rumerautes y hasta la tierra, el agua y las cosechas parecieron notarlo. Volvió la miseria y la desazón a esas tierras que tantos frutos materiales e intangibles habían dado, y todo cuanto hubo sido alegría y fuerza en los corazones de los Rumerautes, se perdió en el velo de la oscuridad. Elora había cruzado un

abismo años atrás, ahora sabría que no era nada comparado al abismo que se había abierto entre ella y Ajachay.

Capítulo 25

Mapa del Mundo cruzando el Abismo

Capítulo 26

Glosario

Amá saní: Abuela

Analí: Abuelo

Ataa': Padre

Cuerear: Quitar la piel a algún animal.

Ghé: Hijo

Hora prima: 6 a.m.

Hora tercia: 9 a.m.

Keme: Trueno

Klehanoai: Portador de la luna

Magená: Luna creciente

Makate: Bebida caliente hecha con granos de café, cacao y pulpa de mango, típica del pueblo Zapai del Sur y adoptada por los Rumerautes, habitantes adyacentes de su territorio.

Mirahue: Pequeña lagartija

Nantai: Jefe

Nayati: Luchador

Sakima: Rey

Shi-ayoó'ni: Amor mío

Shima: Madre